

Guía histórica de las Bibliotecas de Madrid

María Angulo Egea
Joaquín Álvarez Barrientos

GUIAS CULTURALES

Biblioteca Madrileña de Bolsillo



**Guía histórica
de las Bibliotecas
de Madrid**

Cubierta:

« Biblioteca Nacional de España, Madrid

Foto: Archivo Oronoz

Guía histórica de las Bibliotecas de Madrid

MARÍA ANGULO EGEA
JOAQUÍN ÁLVAREZ BARRIENTOS



CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN

Comunidad de Madrid



Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid

Dirección editorial:

Agustín Izquierdo

Gestión administrativa:

Servicio de Publicaciones de la Consejería de Educación

Diseño gráfico:

Rafael Cansinos

Preimpresión:

Ilustración 10

Impresión:

BOCM

ISBN: 84-451-1971-0

Depósito Legal: M-7.081-2001

Tirada: 2.000 ejemplares

Coste unitario: 950 pesetas

Edición: febrero 2001

© Comunidad de Madrid

Consejería de Educación

Secretaría General Técnica, 2001

© María Angulo Egea

© Joaquín Álvarez Barrientos

Fotografías

Alberto Álvarez Barrientos y fuentes que se indican

Esta versión digital de la obra impresa forma parte de la Biblioteca Virtual de la Consejería de Educación de la Comunidad de Madrid y las condiciones de su distribución y difusión de encuentran amparadas por el marco legal de la misma.

www.madrid.org/edupubli

edupubli@madrid.org

P R E S E N T A C I Ó N

Por razones históricas, Madrid acoge una serie de instituciones de carácter y representación nacional que dibujan su perfil característico. Una de ellas sería la Biblioteca Nacional, cuya historia es un poco la historia de la cultura española desde su fundación como Biblioteca Real en 1711.

Sin embargo, Madrid reúne numerosas bibliotecas institucionales y privadas, cuya historia y fondos son muestra tanto del rico patrimonio nacional y regional, como de su historia local. Bibliotecas como la del Escorial o la Municipal, las del Ateneo, del Casino, del Centro del Ejército y de la Armada, de la Casa de Velázquez, de la Fundación Juan March, de la Casa del Pueblo o la de los Reales Estudios de San Isidro, cuentan por sí solas las vicisitudes por las que ha pasado el libro en la historia moderna y contemporánea de nuestra región.

Así pues, los autores de esta guía nos dan cuenta sucinta de las más señaladas bibliotecas madrileñas y, a la vez, relacionan, cuando es posible, la historia bibliotecaria con la de los movimientos políticos y culturales, pues esa vinculación explica, como en tantos otros aspectos de la realidad, este peculiar legado cultural –peculiar porque es a la vez bibliográfico, bibliofílico y arquitectónico, entre otros aspectos–.

La Comunidad de Madrid quiere, por tanto, contribuir con esta guía a la preservación y difusión de dicho patrimonio cultural.

GUSTAVO VILLAPALOS SALAS
Consejero de Educación

ÍNDICE

Presentación	7
Introducción	11
Acercamiento a la biblioteca	15
Las bibliotecas en la España de la Edad Media	17
LAS BIBLIOTECAS EN MADRID	21
-Biblioteca de la Universidad de Alcalá de Henares.	
Biblioteca de la Universidad Central	23
-Biblioteca del Monasterio del Escorial	26
-Biblioteca del Colegio Imperial, también llamado Reales Estudios de San Isidro. El Real Seminario de Nobles	39
-Real Biblioteca	45
-Biblioteca Nacional, antigua Biblioteca Real	48
-Bibliotecas de las Reales Academias	68
•Real Academia Española	69
•Real Academia de la Historia	73
•Real Academia de Bellas Artes de San Fernando	75
-Biblioteca de la Real Sociedad Económica Matritense	78
-Biblioteca del Real Jardín Botánico	81
-Biblioteca del Observatorio Astronómico	83
-Biblioteca del Museo Naval	86
-Biblioteca del Depósito Hidrográfico	89
-Biblioteca del Museo del Prado	91
-Biblioteca del Real Conservatorio Superior de Música	93
-Biblioteca de Cortes. Biblioteca del Congreso de los Diputados	96
-Biblioteca del Senado	101
-Biblioteca del Ateneo Científico, Artístico y Literario	103
-Biblioteca del Casino de Madrid	106
-Biblioteca de la Gran Peña	108
-Biblioteca del Museo Arqueológico Nacional	109
-Bibliotecas Populares	112

-Biblioteca del Casino Militar (Centro del Ejército y de la Armada) ...	115
-Biblioteca Histórica Municipal	117
-Biblioteca de Francisco de Zabálburu	125
-Biblioteca del Círculo de Bellas Artes	127
-Biblioteca de la Casa Ducal de Alba	129
-Biblioteca de la Universidad Pontificia de Comillas	131
-Biblioteca de la Sociedad General de Autores de España	134
-Bibliotecas del International Institute y de la Residencia de Señoritas	137
-Biblioteca de la Casa del Pueblo	139
-Biblioteca de la Casa de Velázquez	141
-Biblioteca del Instituto y Museo Valencia de Don Juan	143
-Biblioteca Musical del Ayuntamiento	144
-Biblioteca del Museo Cerralbo	146
-Biblioteca del Museo Romántico	148
-Bibliotecas del Consejo Superior de Inv. Científicas	149
•Biblioteca General	149
•Biblioteca de Humanidades	150
-Biblioteca Hispánica	151
-Biblioteca del Museo Lázaro Galdiano	153
-Biblioteca Islámica	155
-Biblioteca de la Fundación Universitaria Española	156
-Biblioteca de la Fundación Juan March	157
-Biblioteca de la Fundación Antonio Maura	159
-Biblioteca de la Fundación Pablo Iglesias	160
-Biblioteca de la Fundación José Ortega y Gasset	162
-Biblioteca de la Residencia de Estudiantes	165
-Biblioteca Regional de la Comunidad de Madrid	167
-Biblioteca de la Casa de América (Palacio de Linares)	168

Bibliografía escogida	173
---------------------------------------	------------

Índice alfabético de bibliotecas	177
--	------------

INTRODUCCIÓN

Esta Guía histórica retoma, en cierto sentido, una línea bibliográfica que, sobre Madrid, ha dado obras como las guías de viajeros y trabajos sobre la capital, ya clásicos, como los de Gil González de Ávila, Jerónimo de Quintana, León Pinelo, Alfonso Núñez de Castro, autor de aquel célebre Solo Madrid es Corte, José Antonio Álvarez y Baena, Ramón de Mesonero Romanos, Felipe Monlau y otros madrileñistas más recientes, cronistas de la ciudad, como Federico Carlos Sainz de Robles, José Simón Díaz o José del Corral. De todos ellos es esta guía deudora, así como de aquellos que dedicaron sus desvelos a historiar bibliotecas públicas y particulares.

Las siguientes páginas son una pequeña historia, una aproximación sintética, siguiendo un criterio cronológico, a las bibliotecas que, desaparecidas o no, han dado carácter a Madrid y han contribuido a su desarrollo cultural. En cierto sentido, esta guía puede entenderse también como una aproximación a la futura historia cultural de la ciudad, de sus instituciones.

A primera vista puede parecer que son pocas las que, desde el punto de vista histórico, tienen interés, habida cuenta del alto nivel de analfabetismo que consignan los estudiosos de la materia. Sin embargo, el recuento es alto, no sólo porque las distintas instituciones políticas, educativas, culturales, religiosas y de ocio que fueron surgiendo en la capital contaron con bibliotecas de mayor o menor envergadura, sino porque no es desdeñable el número de personas particulares —eruditos, políticos, artistas— que formaron valiosas bibliotecas, muchas de ellas perdidas, de las que sin embargo tenemos testimonios indirectos por la noticia de su venta y dispersión —algo frecuente cuando los herederos no comparten los gustos del heredado o la situación económica no es la mejor—.

Es cierto, por otro lado, que algunas buenas bibliotecas que se formaron en Madrid, como la de Marcelino Menéndez Pelayo, se trasladaron a los lugares de nacimiento de sus dueños, pero no lo es menos que otras, como las de Ramón de Mesonero Romanos, José Lázaro Galdiano y José Ortega y Gasset se quedaron aquí, integradas en fondos institucionales, como es el caso de la de El Curioso Parlante, que se encuentra en la Municipal, o formando cuerpo propio en fundaciones, como la de Lázaro Galdiano y la de Ortega.

A la vista de las ventas de periódicos, romances, pliegos de cordel, aleluyas, folletines, cuentos y otras piezas de la llamada literatura popular, quizá habría que relativizar el número de personas que no sabían leer. Aquí se traerán a colación algunas bibliotecas privadas de aristócratas y burgueses, pero también se encontrarán testimonios, ya en el siglo XVIII, de cómo criados, mozos de cuerda y otras figuras semejantes, acudían a la entonces llamada Biblioteca Real para leer y copiar comedias, y escribir cartas. En tiempos posteriores es posible considerar la existencia de pequeñas bibliotecas, sin ningún valor crematístico ni ornamental, en casas privadas, constituidas por misales, libros de religión, cuentos, novelas, pliegos, relaciones y otros papeles que fueron puntales de la cultura urbana.

La lectura, en grupo o en solitario; el interés creciente por las noticias; el tamaño de los libros, cada vez más cómodo por reducido, facilitarían su tenencia, ya fueran comprados o prestados. Los cafés, los gabinetes de lectura, las tertulias, las bibliotecas públicas, propiciaban también esa familiaridad con el libro.

Sólo se quiere decir con estas reflexiones a vuela pluma y sin constatación científica que, comparativamente, el número de bibliotecas en Madrid resulta sorprendente por alto (quizá a diferencia del número de librerías, mucho más bajo).

Las bibliotecas públicas y privadas de las que tratamos se presentan por orden cronológico, lo que permite tener una idea de la evolución

de las instituciones culturales en el Madrid de la época moderna y contemporánea, y comprobar de qué manera se relacionaban, superponían o daban la espalda la iniciativa pública y la privada, y conocer quiénes eran los “estancieros” de la cultura en Madrid — como se denominaba en el siglo XVIII a los que dirigían la República de las Letras—, pues, según las épocas, suelen ser siempre los mismos nombres los que se repiten una y otra vez y pertenecen a las distintas entidades culturales.

A pesar de los esfuerzos realizados, no siempre ha sido posible dar información sobre las bibliotecas, en unas ocasiones por falta de noticias y en otras por no poder acceder a sus datos. Otro caso frecuente es el de aquellas bibliotecas, cuya historia es la historia de la institución a la que pertenecen, lo cual sucede con más frecuencia en las de museos, algunas de las cuales se han recogido por pertenecer a centros que desempeñaron un papel destacado en la historia de la ciudad.

En todo caso, este recorrido por las bibliotecas madrileñas es un viaje por la historia de la capital y de sus vicisitudes, una historia que se acerca a veces a los conflictos bélicos, que de forma muy significativa han marcado el nacimiento o la marcha de las bibliotecas, pero es un itinerario que más a menudo tiene que ver con el urbanismo (urbanismo también del libro), la construcción de la ciudad, la elaboración de su política cultural y con la concreción de la cultura como valor y del libro como elemento de distinción social. Este aspecto queda, a su vez, sugerido por las ilustraciones, que tratan de complementar la visión meramente libresco del texto.

Hay nombres que asisten periódicamente en estas páginas, y no es por casualidad o capricho: se comprueba que fueron algunos de los que contribuyeron a dar a la ciudad su peculiar fisonomía.

Pero no debe olvidarse que este libro sólo es una guía y que no aspira a nada más que a dar la información, desigual dependiendo de las fuentes, sobre las bibliotecas elegidas. Por ser una guía histórica no se da información práctica, si no es como dato pintoresco, sobre

horarios, y tampoco se hace referencia, si no es incidental, a las instituciones que gobiernan el mundo bibliotecario.

Dado el tono de la guía, se ha preferido sintetizar las noticias y no poner notas ni dar referencias bibliográficas, que, por otra parte, se encuentran al final del libro.

Para terminar, queremos agradecer la ayuda que nos han prestado en la elaboración de esta Guía histórica de las bibliotecas de Madrid Alberto Álvarez Barrientos, que facilitó las fotografías que la ilustran, y Beatriz Fernández Suzor (de la Biblioteca General de Humanidades del Consejo Superior de Investigaciones Científicas), por su valiosa colaboración en la localización y acopio de la bibliografía necesaria para escribir estas páginas, de la que sólo una mínima parte, la considerada esencial, se relaciona al final de ellas.

Madrid, diciembre 1999

La historia de las bibliotecas camina en paralelo a la historia del libro. De la necesidad de recoger los escritos que generaba la administración del gobierno surgieron las primeras bibliotecas y archivos. Tablas, papiros, pergaminos, testimonios de gobierno y cultura, se recogían, dando lugar a bibliotecas en Mesopotamia, Egipto y Oriente. En Grecia se formaron también importantes bibliotecas mientras se desarrollaban las escuelas, academias y liceos. Una de las mejores parece haber sido la de Aristóteles, que en parte pasó a la de Alejandría, aunque sobre este extremo hay bastante confusión. Según Estrabón, habría sido el Estagirita quien primero coleccionó libros y quien enseñó a los egipcios a organizar sus librerías.

La cultura griega se desarrollaba en papiro y pergamino y se recogió en famosas bibliotecas, como la de Alejandría y la de Pérgamo. Ellas fueron, sobre todo la primera, los centros donde se inició en el mundo occidental un trabajo de recogida, catalogación y restauración de obras, sirviendo además a intereses de orden religioso y político. Como se sabe, el papiro era a su vez, en tanto que material, una significativa fuente de ingresos, por lo que los egipcios, a pesar de las presiones, consiguieron mantener el monopolio de su venta durante mucho tiempo.

Pero las bibliotecas eran también expresiones del poder de los pueblos, de ahí que, cuando apareció en el horizonte cultural la biblioteca de Pérgamo, los egipcios la vieran como una amenaza a su estatus privilegiado y de dominio. La amenaza llevó incluso a encarcelar a su director, que había recibido la invitación de pasar a comandar la de Pérgamo.

Las bibliotecas, a menudo dirigidas por hombres de religión que llevaban adelante una labor intelectual, contribuyeron durante muchos siglos a la unión y a la cohesión de los pueblos, y esa misma función continuaron teniendo cuando en la Edad Media los monasterios se convirtieron en centros de saber. La Biblioteca de Alejandría cumplió estos requisitos de forma ejemplar. Ptolomeo I y después su hijo facilitaron un espacio de investigación y docencia, llamado Museo, donde poetas y estudiosos pudieran dedicarse a su labor sin tener que preocuparse de asuntos materiales, que siempre ha sido la espada de Damocles de los hombres de letras. Al lado de ese Museo existía la biblioteca, necesaria para desarrollar los estudios de los miembros del Museo, pero también reclamo para atraer a los letrados de otros reinos y ciudades, y fortalecer así la imagen de Egipto.

A pesar del tiempo transcurrido desde su destrucción a causa de un incendio en el siglo IV, ordenado por el emperador Teodosio, que llevó a cabo el arzobispo Teófilo de Antioquía, su modelo ha servido para otras posteriores.

BIBLIOTECAS EN LA ESPAÑA DE LA EDAD MEDIA

Hasta ahora se tienen más noticias de las bibliotecas paganas que de las cristinas. En los primeros tiempos del cristianismo, Constantino y Constancio crearon dos grandes centros en Constantinopla y se tiene información sobre otras en Jerusalén, Roma e Hipona, donde trabajó San Agustín. Es a lo largo de la Edad Media cuando comienzan a proliferar los depósitos bibliotecarios cristianos, al ser los monasterios europeos centros culturales, pero también se tiene información, en esa época, de las bibliotecas particulares de algunos reyes visigodos, como Wamba y Chindasvinto, y, posteriormente, de bibliotecas universitarias y catedrales.

En las primeras bibliotecas los libros se guardaban enrollados, ya fueran papiros o pergaminos, en nichos, arcas, jarras y cestas; no estaban colocados en estantes. Durante la Edad Media, cuando el formato del libro varió, pasando a tener el que ahora conocemos, se colocaban en atriles y facistoles, permaneciendo encadenados para evitar su robo. Testimonios posteriores indican que ya se guardaban en armarios. Fue en la biblioteca de El Escorial donde por primera vez se



Códice Amiatinus (s. IV)

empleó, como sistema de colocación, una gran sala, en cuyos armarios y estantes, a lo largo de las paredes, se encontraban los volúmenes.

Hasta entonces los libros no tenían un espacio determinado ni se guardaban en depósitos; permanecían en pasillos, claustros, corredores, en las iglesias, etc., y tampoco existía sala de lectura. Cuando los libros se podían transportar, por no ser demasiado grandes y pesados, los monjes los leían en sus celdas o en otros lugares, como podían ser los jardines del monasterio. Si estaban encadenados, los consultaban allí donde se hallaran. Fueron los monjes cistercienses, en el siglo XII, quienes destinaron lugares específicos para guardarlos. Para consultarlos, y según sus tamaños, se colocaban en pupitres, en atriles giratorios (lo que permitía comparar varios a la vez), etc.

Poco a poco, a medida que el comercio del libro aumentaba, y que la cultura se convertía en un bien mercantil, se hizo necesario poner orden en ese mundo y en las bibliotecas, solucionándose problemas relativos a su colocación, catalogación y facilidad de lectura: horarios, iluminación (durante mucho tiempo sólo a la luz del día para evitar posibles incendios), etc. El amor y el respeto por la palabra escrita, fuera impresa o en manuscrito, el poder que descifrar sentidos otorgaba al que conocía cómo hacerlo, está detrás de esa regularización.

Por lo que respecta a las bibliotecas de catedrales españolas, éstas no fueron demasiado importantes. Si las de Córdoba y Toledo tuvieron cierto nombre, el



Noria para libros, Ramelli (1588)

avance de los musulmanes por las tierras de la Península hizo que fueran las del norte del país las que lograran cierta fama, que posteriormente pasaría a la de Toledo, distinción que se explica también por acoger en la ciudad la Escuela de Traductores.

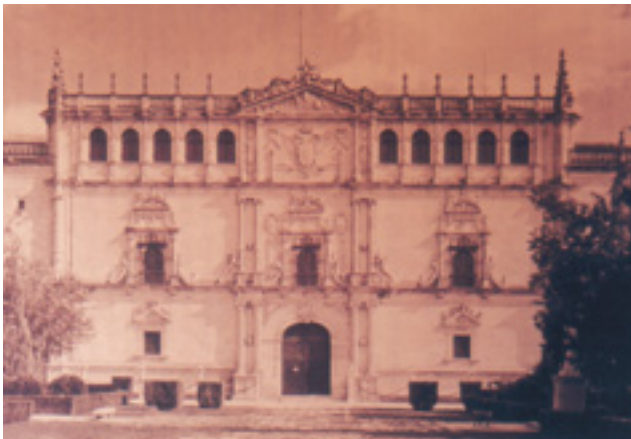
No parecen haber sido importantes las bibliotecas de las universidades españolas. De la de Salamanca sabemos que era poco voluminosa, aunque fue recibiendo las donaciones de eruditos y profesores. Su horario se reducía a dos horas por la mañana y dos por la tarde. En el ámbito regional madrileño, la biblioteca universitaria más importante y antigua fue la de la Universidad de Alcalá de Henares, entonces llamada Universidad Complutense.

**LAS BIBLIOTECAS
EN MADRID**

Noticias de bibliotecas de madrileños o en Madrid se tienen desde épocas relativamente tempranas. Es evidente que profesores, escritores, abogados, médicos, hombres de letras y ciencia en el sentido más amplio del término, tenían sus bibliotecas privadas, más o menos numerosas y especializadas en las materias a las que se dedicaran. También algunos nobles y miembros de la familia real poseían librerías de cierta importancia. Han llegado hasta nosotros noticias de la que formó Juana Manrique, camarera mayor de la infanta Ana de Austria, que fue vendida a la Compañía de Jesús cuando murió su propietaria a comienzos del siglo XVII, así como de otros propietarios que desempeñaban cargos en la administración del reino en los siglos XVI y XVII. Por ejemplo, del protonotario Agustín de Villanueva, de la condesa de Puñonrostro; de mercaderes de libros, impresores y librerías, como Francisco González del Mazo, Rodrigo de Lara y otros. Pero empezaremos este recorrido histórico por las bibliotecas madrileñas con la de la Universidad de Alcalá de Henares.

Biblioteca de la Universidad de Alcalá de Henares. Biblioteca Central

La biblioteca, junto con la Universidad, la creó a comienzos del siglo XVI el arzobispo de Toledo, cardenal Francisco Jiménez de Cisneros, mecenas de la Biblia Políglota Complutense y de otros empeños literarios. Contaba con numerosos manuscritos en latín, griego y hebreo, así como árabes, requisados durante la conquista de Granada. Cisneros era hombre de gran amor a los libros,



Fachada de la Universidad de Alcalá

aunque este amor queda oscurecido por hechos como la quema de unos cinco mil volúmenes árabes que ordenó en la misma ciudad de Granada, como forma de presión para conseguir la conversión masiva de musulmanes. En su descargo, los historiadores han señalado que de la quema salvó aquéllos de carácter histórico, filosófico y médico y que estos fueron los que entregó al Colegio de San Ildefonso, origen de la biblioteca universitaria.

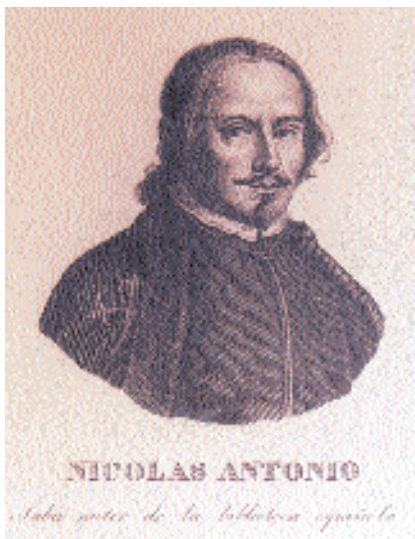
Esta Universidad, en la que enseñó Antonio de Nebrija, fue organizada como una institución colegial, teniendo como base el citado Colegio Mayor de San Ildefonso, donde se impartían todas las enseñanzas universitarias del momento y se concedían todos los grados universitarios. A su alrededor se crearon centros de estudios y numerosas residencias, los Colegios Menores, que fueron engrandeciendo la Universidad Complutense, hasta constituir una verdadera Ciudad Universitaria.

Según Hipolito Escolar, el crecimiento de la biblioteca fue constante, superando los seis mil volúmenes en el siglo XVII, y en el XVIII creció mucho más, en especial cuando se le agregaron los fondos provenientes de la Compañía de Jesús, expulsada en 1767. Ese aumento continuó en el XIX, gracias a donaciones y a la suma de las bibliotecas de los colegios universitarios.

A mediados de siglo pasó a Madrid, abriéndose en 1849, con unos veinte mil volúmenes, como biblioteca de Teología y Derecho de la Universidad; a esos volúmenes se unieron los fondos que se encontraban en el Colegio Imperial de Madrid, que habían dirigido los jesuitas, y que pasó por diferentes etapas desde que éstos abandonaron el país.

La biblioteca estuvo primero, y hasta 1933, en la calle de Toledo, de donde pasó al edificio de la Ciudad Universitaria, y allí, en la línea del frente del Cuartel de la Montaña, pronto sus libros sirvieron de parapeto durante la Guerra de 1936-39.

La que fue biblioteca de la Universidad de Alcalá, antigua Complutense, se encuentra ahora repartida en varias bibliotecas de facultades de la actual Universidad Complutense de Madrid. Entre sus fondos hay más de seiscientos incunables, códices bíblicos y ejemplares raros.



Nicolás Antonio
(Retratos de españoles ilustres)

Como se ha visto, en el siglo XIX la Universidad Complutense se trasladó de Alcalá a Madrid y se le dio como alojamiento el Colegio Imperial de la Compañía de Jesús —más conocido entonces con el nombre de Estudios de San Isidro—. La Universidad Central fue inaugurada con un discurso de Manuel José Quintana que, por aquellas fechas, llevaba la Dirección General de los Estudios del Reino.

El primer rector de la Universidad fue Pedro Gómez de la Serna, en cuyo equipo de trabajo figuraban Carlos María Coronado, Vicente Santiago de Masarnáu, Francisco Navarro y Cotilla, y, por último, el ya bibliotecario de la Universidad, Mariano de la Bodega y Meríodo.

El segundo rector fue Francisco Gómez Cortina (1841-1842), amigo de Mesonero Romanos y autor, en colaboración con el latinista Raimundo de Miguel, de un *Nuevo Diccionario Latino Español Etimológico*. Gómez de la Cortina adquirió los libros de la Biblioteca del Colegio Menor de Santa Catalina, lo que mejoró los fondos de la constantemente desvalijada Biblioteca Central. Estas pérdidas de volúmenes se acentuaron en el rectorado de Pedro Sabáu y Larroya. Bajo sus respectivos mandatos se gestionó la venta de los Colegios Menores de la Universidad Complutense, muchos de ellos vacíos por los continuos cambios y traslados de materiales. Fue así como sus bibliotecas y enseres fueron pasando a la Universidad Central.

En los rectorados sucesivos de Rodríguez Vaamonde (1845-1846) y Nicomedes Pastor Díaz (1846-1850) se vendieron los edificios fundamentales de la institución, aunque finalmente fueron recuperados por la Sociedad de Condueños de la Universidad de Alcalá, quien los cedió de nuevo a la Universidad (Sociedad que terminó donando también en 1947 el Colegio Trilingüe y el Parainfo). Asimismo se restauró el Colegio de San Ildefonso, donde se instaló más tarde la Escuela Nacional de Administración Pública. Durante los siguientes años, la Universidad fue un reflejo de los altibajos políticos que sucedían a su alrededor.

En la larga trayectoria de esta institución cabe destacar el período que comprendió el reinado de Alfonso XIII y la Segunda República, en el que se restauró y desarrolló la ya Nueva Universidad de Madrid, que fue dotada con una Ciudad Universitaria (1929), proyecto similar al de Cisneros en Alcalá de Henares (Para completar la historia de esta biblioteca, véase la Biblioteca del Colegio Imperial).

Biblioteca del Monasterio del Escorial

Si la más antigua de las bibliotecas de la región es la que fue de la antigua Universidad de Alcalá, la del monasterio del Escorial es la más importante por sus fondos, por su significado histórico y el del monasterio, y por la labor de investigación que en ella se desarrolló en diferentes épocas.

Los primeros proyectos

La idea de Felipe II era que la biblioteca, teniendo por modelo el Templo de Jerusalén, superase a las más importantes del momento, que eran la Vaticana, la del rey de Francia y la Medicea. El erudito y cronista de Carlos V, Páez de Castro, el obispo Cardona y el historiador Ambrosio de Morales le presentaron diversos informes, de los que se deduce bien cómo entendían en la época lo que debía ser una biblioteca. En ella, además de libros y manuscritos, habían de estar representados los responsables de la sabiduría universal, en forma de bustos, cuadros y retratos, para poder dialogar con ellos mediante sus obras pero también para que su espíritu inspirase a los que acudieran al recinto.

Juan Páez de Castro pensó que la biblioteca debía estar dividida en tres salas. La primera dedicada a los libros sagrados, de derecho, medicina y filosofía, y adornada con retratos de teólogos. También debía existir una pintura que representara el momento en que Jesucristo enseñaba a los doctores del templo.

La segunda era de carácter científico: había de contener aparatos e ingenios para el estudio de la astrología y las matemáticas, mapas y objetos extraños y maravillosos; en lenguaje de la época: “cosas muy peregrinas”. Las pinturas propuestas para esta



**San Lorenzo de El Escorial, h. 1853. Charles Clifford
(Victoria and Albert Museum, Londres)**

cámara iban en sintonía con su contenido y aludían a la creación del mundo y a su conquista, mientras que los retratos eran de los antecesores del rey, de Arquímedes, Ptolomeo, Aristóteles, Hernán Cortés, Colón y Magallanes descubriendo el Nuevo Mundo.

En la tercera sala se recogería la documentación que generara el gobierno, pero el rey desechó este designio porque ya se centralizaba esa documentación en el Archivo de Simancas en Valladolid.

Por otro lado, la biblioteca se concebía como un instrumento fundamental para desempeñar correctamente el trabajo, por lo cual en ella se habían de encontrar los libros necesarios para solucionar dudas y problemas. En su escrito, Ambrosio de Morales insistía en esta misma dirección, aconsejando que se compraran cuantos manuscritos se pudiera, pues eso es lo que daba prestigio a las bibliotecas, sin interesarse tanto por los aspectos decorativos, que, sin embargo, no deben desdeñarse a la hora de estudiar esta biblioteca, pues no son un mero ornamento, ya que muestran una idea de la cultura y de la ordenación de los saberes en aquella época.

Juan Páez de Castro, pensando que existía una institución supranacional que unía a los hombres de letras, consideraba en su informe que las bibliotecas eran beneficiosas porque facilitaban la relación entre los profesores y, por tanto, entre las naciones, y que además ofrecían puestos de trabajo, pues para hacerlas funcionar se necesitaban bibliotecarios, escritores, impresores, fábricas de papel, etc.



Patio de los Evangelistas del Monasterio de El Escorial (*La Esfera*, 1915)

Desde otro punto de vista, la biblioteca debía acoger y ser memoria de todo cuanto se produjera en España y fuera de ella, para que los eruditos y estudiosos interesados no abandonaran el país a la búsqueda de las novedades científicas, con el subsiguiente gasto económico, y para que se convirtiera a su vez en un centro de peregrinación. Pero, también, siguiendo la idea de que las bibliotecas y los museos eran pequeños cosmos que reproducían el orden del universo, la de Felipe II debía contener todo cuanto fuera necesario para hacer realidad ese pensamiento. Y así, la biblioteca debía ser jardín botánico, laboratorio, centro de coleccionismo.

Páez de Castro consideraba después que su ubicación había de estar en Valladolid, y se detenía en consideraciones sobre la seguridad del centro, sobre la iluminación, que no debía producir sombras, así como sobre la estructura de las salas y ordenación de los libros. Como se ha dicho ya, cada sala estaría destinada a unas materias y en sus paredes habría retratos de personajes y hechos alusivos a la materia de cada una de ellas.

Fue el obispo Cardona quien después escribió a Felipe II ofreciéndole sus reflexiones, que tienen que ver más directamente con los fondos que deben integrarse en la biblioteca que con otras cuestiones, aunque insiste en la idea de una biblioteca-museo, según la visión renacentista. El obispo considera que debe haber sobre todo manuscritos y textos de los Santos Padres. El interés que muestra en poseer manus-



Salón-Biblioteca del Monasterio de El Escorial (*La Esfera*, 1915)

critos tiene que ver tanto con su valor, que hará que la biblioteca sea más rica, como con la importancia que la filología tenía entonces y con la necesidad de fijar correctamente los textos. Pero también presta atención a los restos arqueológicos, “piedras grandes y pedazos de epitafios”, que hay esparcidos por España. Se extiende además sobre la ordenación y catalogación de los libros, así como en señalar que deberá haber espacio para los talleres de restauración, copia y cotejo de manuscritos, para los objetos astronómicos, matemáticos y de laboratorio, para el medallero y para los libros prohibidos. Repara así mismo en los castigos para aquellos que roben libros o les causen desperfectos.

Las reflexiones del obispo Cardona, como se ve, se dirigían a facilitar los medios de funcionamiento y regulación de la biblioteca, pues exponía además cómo debían ser los índices, “aranceles”, que se ofrecerían a los lectores, al tiempo que consideraba la conveniencia de imprimir un catálogo de los fondos de la biblioteca, que debería publicitarse en el extranjero para que se vieran las grandezas que poseía España. Se detenía también sobre el cargo de director, y pensaba que debía ser algún erudito prestigioso, amante de las letras y entendido en la materia. Al prestigio del cargo contribuiría también la buena dotación económica del puesto.



Madrid. Anónimo del siglo XVII (Museo Municipal de Madrid)

No veía Cardona, sin embargo, la necesidad de que el bibliotecario asistiese a la biblioteca sino sólo algunas veces al año, permaneciendo el resto del tiempo junto al rey, como su consejero, por lo que daba especial relieve a los oficiales, que debían tener conocimientos en lenguas antiguas y, éstos sí, vivir cerca de su centro de trabajo, que tendría un horario al público de tres horas por la mañana.

La biblioteca en el Monasterio. Razón y fe

Estas memorias se pensaban para una biblioteca exenta, es decir, no integrada en ningún otro edificio, pero Felipe II quiso integrarla en el monasterio que había decidido erigir, en 1563, para conmemorar su victoria sobre los franceses en la batalla de San Quintín, que coincidió con el 10 de agosto de 1557, día de San Lorenzo. Aunque no se levantó en Valladolid, ni como edificio exento, en el proyecto se recogieron prácticamente todas las ideas relacionadas en las memorias.

Los estudiosos del Monasterio han puesto de relieve el valor simbólico, ideal y ocultista que muestra su arquitectura, y, respecto de la biblioteca, también se ha insistido en la importancia simbólica e iconológica que tenía para el rey y su equipo, pues se la sitúa



El accitero
(*Los gritos de Madrid*, 1798)

en el eje central del edificio, ocupando el segundo puesto en importancia, tras la iglesia. Biblioteca e iglesia, lo que significan en cuanto formas de conocer, se oponen y completan en la estructura, como sucederá también en los frescos que decoran la primera, en los que los “enfrentamientos” entre materias son significativos (filosofía frente a teología, por ejemplo), revelando la condición dual, humana y divina, profana y religiosa, del edificio.

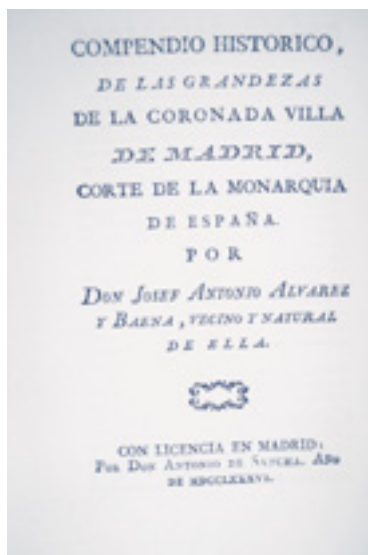
Al colocar la biblioteca en el eje central, como se ha dicho, se comunica el convento con el colegio, uniendo los mundos de la oración y el estudio, idea que se subraya mediante las alegorías de la Filosofía y la Teología, situadas en las partes que dan al colegio y al convento, respectivamente.

Razón y fe.

Las pinturas y decoraciones de la biblioteca

Este proyecto está patente también en las pinturas de la primera sala, que son la alegoría de las Siete Artes Liberales, obra de Peregrino Tibaldi y Carducho, realizadas entre 1590 y 1593. Se propone una visión alegórica de la Filosofía, como matrona a la que acompañan sus representantes más destacados: Sócrates, Platón, Aristóteles, Séneca. Frente a ella, en la parte del convento, la alegoría de la Teología, dentro de un templo, mientras de su cabeza salen los rayos divinos de la revelación. Está acompañada por San Jerónimo, San Agustín y San Gregorio, doctores de la Iglesia.

Junto a estos dos grupos hay varias figuras históricas y mitológicas. Entre las primeras, personajes que han destacado en las diversas prácticas científicas, pero hay otras



Álvarez y Baena, *Compendio de las grandezas de Madrid* (1786)

que no parecen tener una directa relación con la alegoría de las Siete Artes Liberales y sí representar estudios olvidados durante la Edad Media que fueron retomados en el Renacimiento: la historia natural (representada por Plinio y Tito Livio), la épica (por Homero y Virgilio), la lírica (con Píndaro y Horacio), la geografía (por Dicearco). En este sentido, hay que destacar la nueva ordenación científica y de los conocimientos que supone esta valoración de la modernidad renacentista frente a otros estudios ya menos útiles para los objetivos expansionistas del hombre del Renacimiento (y del rey de España).

Se da también, en las representaciones iconográficas, mucha importancia a la música —lo que hay que poner en relación con la idea de la perfección y armonía musical del mundo, tópicos teóricos de la arquitectura de la época, que asumía el arquitecto del edificio, Juan de Herrera—, a la astronomía y astrología —y a todo el ámbito científico cercano a ellas, por eso aparecen Arquímedes, Euclides y otros— y a la literatura, representada por diversas figuras: Virgilio, Homero, Nebrija, etc.

El estudio de las representaciones plásticas pone de relieve el interés por aunar los saberes antiguos y los modernos, científicos, humanos y divinos, sin olvidar en ese proyecto la vertiente humanística y erasmista, que se ha relacionado con el bibliotecario del monasterio, Arias Montano.

El proyecto pictórico que decora la primera sala muestra de qué manera se cristianizó el saber clásico; la transformación en la ordenación de los conocimientos desde la escuela



Trajes de Madrid, h. 1785 (*Costumes de diverses pays*. Museo Municipal de Madrid)

de Atenas (representada bajo la Filosofía) al concilio de Nicea (bajo la Teología). Las pinturas ofrecen una historia de la ciencia. La relación de estas pinturas con las de la biblioteca del Vaticano es clara, ya que en ésta también se pone de relieve la cristianización de las culturas.

En la segunda estancia de la biblioteca está la galería de hombres ilustres, que Alfonso Chacón, dominico que vivía en Roma, envió al rey desde 1587. Es la plasmación de la idea expuesta por Páez de Castro, pero común a los hombres del Renacimiento, según la cual, junto a las obras debían estar representados los autores de ellas. San Pedro, Duns Scoto, Boccaccio, Alciato, Aretino, Dante, etc., además de militares, santos, reyes, pintores y artistas famosos, integran esa galería, en cuyos retratos se tuvo interés por el parecido de los representados. Asunto éste que preocupó a los artistas, eruditos, impresores y hombres de letras en general a lo largo de los siglos.

En la tercera estaba el monetario y en otra el laboratorio dedicado a la alquimia, a la que era muy aficionado el rey.

Acopio de fondos

En la formación de la biblioteca, expresión del poder real y de su modernidad, participaron los más importantes estudiosos del momento. Bibliotecarios del Escorial fueron Juan Páez de Castro,



Madrid en 1830. León Gil de Palacio (Museo Municipal de Madrid)

Arias Montano y el padre Sigüenza, autor de la interpretación de los frescos y discípulo de Arias Montano.

Los primeros fondos los proporcionó el propio rey y después se añadieron los procedentes de las bibliotecas de Gonzalo Pérez, padre del famoso secretario del rey, Antonio Pérez, Pedro Ponce de León, Diego Hurtado de Mendoza, Antonio Agustín y del bibliotecario Benito Arias Montano. También pasaron a ella las obras confiscadas a Ramírez de Prado. Por otro lado, en consonancia con la idea renacentista que aunaba biblioteca y museo, el rey compró o donó objetos como astrolabios, globos terrestres, relojes, planisferios, así como antigüedades, muchas procedentes de la colección del erudito Antonio Agustín. Esta concepción doble de la biblioteca pervivirá hasta comienzos del siglo XIX y la encontraremos en las bibliotecas más importantes, tanto de reyes como privadas y públicas.

La biblioteca de Gonzalo Pérez, secretario de Carlos V y después de Felipe II, tenía importantes manuscritos griegos, comprados en Italia, que pasaron, a su muerte, a formar parte de los fondos del Escorial. Parte de la librería de Pérez de Castro también ingresó en el monasterio, tras su muerte, mientras que Pedro Ponce de León, Inquisidor General, donó la suya, que fue escogida por Ambrosio de Morales. Entre los ejemplares elegidos estaba el *Códice Emilianense*, procedente del monasterio de San Millán de la Cogolla.

Otras bibliotecas fueron pasando a la del Escorial, pero también se juntaron libros mediante compra y comisionando a librerías extranjeras. La compra se encargó a distintos embajadores, en Roma, Venecia y París. También en Flandes, donde estaba Arias Montano, se compraron manuscritos y ejemplares valiosos.



Vendedor de ruedas
(*Los gritos de Madrid*, 1798)

Los investigadores están de acuerdo en que la biblioteca más importante que ingresó en El Escorial fue la de Diego Hurtado de Mendoza, más conocido entonces por su dominio del latín y el griego que por sus obras de creación, que permanecieron inéditas en vida. Hurtado de Mendoza consiguió muchos ejemplares importantes mientras estuvo en Venecia como embajador. La ciudad era un importante centro comercial y allí el mercado del libro, por su comunicación con Oriente, prosperaba. El embajador compró alrededor de trescientos manuscritos griegos, procedentes de Turquía y Grecia. Según la práctica más extendida, para sus compras se valía de varios agentes que buscaban y compraban libros para él. Entre ellos destacan Nicolás Sofiano, griego, y su bibliotecario Arnoldo Arlenio, que también se ocupaba del rigor de las copias que se hacían, de originales que se encontraban en Venecia, destinados a la biblioteca del embajador.



Oraciones para la confesión (1775)

Al monasterio pasaron mil seiscientos noventa documentos, de los cuales ochocientos treinta y siete eran impresos, doscientos setenta manuscritos latinos, doscientos cincuenta y seis griegos, y otros árabes, hebreos, castellanos, etc. Algunos desaparecieron en el incendio de 1671.

La biblioteca del erudito Antonio Agustín también pasó a El Escorial. Antonio Agustín fue uno de los más importantes teólogos, numismatas y jurisconsultos del momento. Se inició en la bibliofilia en Italia pero también le interesaban las novedades bibliográficas, que procuraba conocer en seguida, de manera que su biblioteca aunaba el doble interés de poseer fondos de valor histórico y bibliófilo junto a obras modernas. En 1586, año de su muerte, se imprimió el catálogo, que contenía novecientos setenta y cinco impresos, doscientos setenta y dos códices griegos y quinientos sesenta y uno latinos, pero no todos pasaron al monasterio y bastantes de los que sí lo hicieron ardieron en el ya aludido incendio de 1671.

Tras la muerte de Felipe II disminuyó el interés por dotar a la biblioteca de fondos, aunque se siguieron algunas donaciones importantes, como la ya referida de Arias Montano, o la casual de los cuatro mil manuscritos árabes que durante el reinado de Felipe III se consiguieron al apresar un buque francés en el que iba la biblioteca de Muley Zaidán, rey de Marruecos. Fue precisamente Felipe III en 1619 quien otorgó al monasterio el privilegio de recibir un ejemplar de cada obra que se imprimiera, anticipo de lo que más tarde se conocería como Depósito Legal, del que se beneficia la Biblioteca Nacional.

A la de El Escorial pasaron también algunos manuscritos de la del conde duque de Olivares, cedidos por uno de sus herederos.

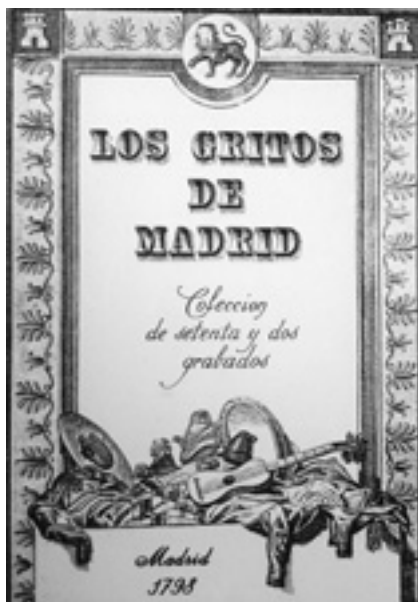
La biblioteca después de los Austrias

La biblioteca del monasterio siguió recibiendo fondos, si bien ya no tenían la importancia de los reseñados, y estos dejaron de ser significativos cuando los Borbones establecieron la Real Biblioteca en Madrid.

Svend Dahl ha señalado que la primera vez que se construyó una biblioteca como una gran sala fue en El Escorial, y que ese modelo se convirtió en el exclusivo hasta el siglo XIX. La distribución y colocación de los libros era también una novedad, ya que se guardaban en armarios corridos a lo largo de las paredes, no perpendiculares a ellas, idea, al parecer, del arquitecto Juan de Herrera. Estos armarios con estanterías se cerraron, coincidiendo con el reinado de Fernando VI, con unas puertas de rejilla metálica.

Con los Borbones no parece haberse acrecentado notablemente la biblioteca, pero sí se dio difusión a lo que contenía, redactándose catálogos de sus manuscritos árabes y hebreos, aunque esta fuera labor ordenada desde la Biblioteca Real. A Miguel Casiri se le debe el de los árabes, titulado *Bibliotheca Arabico-Hispana Escorialensis*, publicado entre 1760 y 1770. Al hebraísta Francisco Pérez Bayer se le encargó la redacción de otro catálogo de los fondos griegos, hebreos y latinos, que quedó manuscrito. Durante el siglo XX se ha sucedido la publicación de catálogos de sus fondos manuscritos, que es lo más valioso de esta biblioteca, muchos de ellos adornados con miniaturas.

Como se sabe, el monasterio lo dirigía la orden Jerónima, que permaneció en él hasta 1837 (después pasó a los agustinos), conociendo momentos de esplendor y otros de decadencia y problemas, como cuando el incendio de 1671, que duró tres días y destruyó parte de los fondos allí conservados, o cuando en 1808 se decidió que pasaran a integrar los de la Biblioteca Real. Per-



Los gritos de Madrid (1798)

manecieron en Madrid hasta 1815 y en sus traslados se perdieron importantes ejemplares, entre ellos el *Cancionero de Baena*.

La idea de mantenerlos todos agrupados en la Biblioteca Real no era mala, y correspondía a la tendencia a aunar los materiales en grandes centros de investigación. Era además una forma de dar más uso y publicidad a unos fondos poco consultados dada la lateralidad del monasterio del Escorial, pero pudo más el peso de la tradición y el deseo de Fernando VII, cuando gobernó, de volver las cosas al estado de absolutismo anterior a la Guerra. Por otra parte, si el proyecto era bueno, las condiciones en que se pensaba llevarlo a cabo dejaban mucho que desear.

En la actualidad, la biblioteca puede ser consultada por investigadores y sigue poseyendo sus importantes fondos, aunque para la mayoría de los visitantes sean más llamativas otras zonas del monasterio.

Biblioteca del Colegio Imperial, también llamado de los Reales Estudios de San Isidro.

El Real Seminario de Nobles

Quizá sea ésta la más antigua de las bibliotecas que se encuentran en el casco urbano de Madrid. Hacer la historia de los Reales Estudios de San Isidro es hacer la historia de la enseñanza media en Madrid. Este centro se ha llamado de diferentes formas a lo largo de los tiempos, como consigna su historiador moderno, José Simón Díaz.

Primera etapa

Fundado por la Compañía de Jesús en la calle de Toledo en 1560, fue su colegio entre 1572 y 1602. Desde el año siguiente y hasta su expulsión en 1767 se llamó Colegio Imperial de la Compañía de Jesús, denominación que recuperó entre 1816-1820 y 1823-1834. De 1770 a 1816, durante el Trienio Liberal y entre 1835 y 1845, su rótulo era Reales Estudios de San Isidro, y después Instituto de San Isidro.

Por este centro de enseñanza pasaron personas de gran importancia en la cultura nacional y madrileña, como Lope, Calderón o Quevedo, y en él enseñaron también destacados profesores.

Desde su fundación tuvo biblioteca el Colegio, siguiendo el mandato de Ignacio de Loyola: que hubiera “librería” en todos sus centros. El presupuesto era relativamente alto para el siglo XVI y a él se sumaron, ya en el XVII, los ingresos producidos por la venta del catecismo de Ripalda y de las obras de padres como Nieremberg y Aguado.

Como en otras ocasiones, las donaciones vinieron a engrosar sus fondos, que desde hace años se encuentran en la biblioteca de la Facultad de Filología de la Universidad Complutense, en la de Medicina y en la de la Real Academia de la Historia.

En esos primeros años, la biblioteca era pequeña pero tendría alrededor de veinte mil volúmenes. En 1647 sufrió un incendio, con la consiguiente pérdida, a pesar de lo cual, el padre Burriel podía afirmar a mediados del siglo XVIII que era la mejor y mayor librería de Madrid.

En el siglo XVIII

Expulsada la Compañía de Jesús en 1767, sus centros y bienes se ocuparon y dedicaron a diversos fines. El Colegio siguió desempeñando su labor educativa, aunque bajo la denominación de Reales Estudios. Permaneció cerrado al público hasta 1770, tiempo en el que se hizo inventario, se ordenaron el archivo y la biblioteca y se nombraron escribientes, bibliotecarios y demás personal, que trabajó en ella hasta que en 1785 se eligió bibliotecario primero a Francisco Messeguer y Arrufat, que hasta entonces había



El afilador
(Los gritos de Madrid, 1798)

sido catedrático de Filosofía Moral en la misma institución. A Messeguer le habían encargado vender los libros duplicados y estudiar cuál debía ser la colocación de la biblioteca pública.

Como señala el historiador de este centro, con Messeguer el puesto de bibliotecario alcanzó una relevancia que antes no tenía, por encima de los catedráticos, con vivienda en los propios Estudios y como vocal nato en la Junta directiva, llamada de Hacienda.

Cuando murió en 1787, fue nombrado como sucesor suyo el abogado, académico de la Historia y figura relevante Miguel de Manuel, de entre veinte solicitantes,

puesto que era un cargo apetecible. Como bibliotecario segundo fue elegido, por concurso, otro erudito destacado: Cándido M.^a Trigueros, que consiguió la plaza en competencia con Leandro Fernández de Moratín. Quedó completa la plantilla y, a pesar de ello y de lo mucho que se esperaba de la capacidad de sus miembros, las discordias y envidias dieron al traste con los proyectos, pues Manuel y Trigueros se enemistaron, al tiempo que el primero se enfrentaba a la Junta de Hacienda.

Fue una situación que se mantuvo hasta el final de siglo, pues los siguientes bibliotecarios intriguaron entre sí —criticando el estado de la biblioteca— y contra la dirección de los Reales Estudios, haciendo inviable el trabajo. A esta situación hay que añadir el efecto que la Guerra produjo sobre la institución, ya que su



**Juan Antonio Llorente. Goya
(Museo de Arte de Sao Paulo)**

bibliotecario primero entonces, Pedro Estala, se unió al rey José, siguiendo la suerte de los afrancesados cuando éste abandonó Madrid.

García de Arrieta y Sánchez Barbero, conocidos profesores y autores de sendas obras de preceptiva literaria, reemplazaron a los antiguos bibliotecarios y permanecieron en sus puestos hasta que en 1816 el centro pasó de nuevo a los jesuitas, volviendo a desempeñarlos cuando en 1820 fueron nuevamente expulsados. Ese mismo año la Universidad de Alcalá de Henares se trasladó al edificio de los Reales

Estudios en la calle Toledo, fundiéndose ambas bibliotecas, por lo que Arrieta pasó a ser bibliotecario de la Universidad Central.

Cuando regresaron los jesuitas, la biblioteca de la Universidad permaneció allí, siendo ya de la Facultad de Filosofía y Letras, que más tarde pasaría a la Ciudad Universitaria, como se señaló.

Tras la expulsión primera en 1767, se reunieron en la biblioteca de los Reales Estudios los fondos de los otros colegios jesuítas, colocándose en diversas estancias, como el refectorio y la bóveda, y otras zonas del edificio, ordenados por materias. Como las condiciones no siempre eran buenas, pues estaban en pasillos y lugares sin luz, se encargó a Ventura Rodríguez la construcción de una nueva biblioteca. El arquitecto hizo dos proyectos pero sus buenas ideas no obtuvieron vía libre, por lo que finalmente todas las obras en el edificio se redujeron a unas adaptaciones de los viejos locales, abriéndose al público en 1786.



Feijoo, *Ilustración apologetica* (1765)

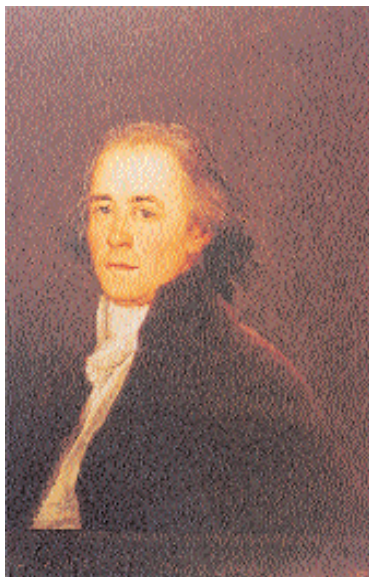
Debido a la falta de espacio, los manuscritos se encontraban lejos de la biblioteca, y el monetario en una casa particular. A finales de siglo, la situación era insostenible y el local amenazaba ruina. Además, por la ya mencionada falta de espacio, los libros prohibidos se mezclaban con los otros, pudiendo ser leídos sin dificultad por todo el que lo deseara, con gran escándalo de algunos.

La marcha de la biblioteca fue desigual y a veces contradictoria, deshaciendo unos bibliotecarios lo que hicieron los anteriores en materia de catalogación y ordenación. Sin embargo, la asistencia de público era

notable, incluso excesiva, al decir de uno de sus directores. Así, en 1799 se pedía más personal y la fijación de unas normas que regularan la estancia de los lectores, que robaban libros, leían novelas y no se conducían con la educación y el civismo que sería de esperar. La biblioteca tenía un horario de nueve a una en días laborables, salvo los quince primeros de noviembre y mayo dedicados a esterar y desesterar, y los de vacaciones en Carnaval, Navidad y Semana Santa.

Siglos XIX y XX

Ya se indicó que el Colegio fue cambiando de nombre. Cuando en 1820 se instaló la Universidad de Alcalá se unieron las dos bibliotecas. Más tarde, entre 1836 y 1837, con el nuevo período constitucional, se trató de restablecer la Biblioteca de las Cortes, para lo cual Bartolomé José Gallardo, bibliotecario de ésta, sacó de la de los jesuitas más de dos mil manuscritos y libros prohibidos. Cuando poste-



**Juan Meléndez Valdés. Goya
(Banco Español de Crédito)**

riormente se disolvió la Biblioteca Nacional de Cortes, el bibliotecario de los Reales Estudios solicitó la devolución de ese material que, finalmente, pasó en 1850 a la Academia de la Historia.

En 1822 se creaba la Universidad Central y en ella se integraban los Reales Estudios. Su biblioteca aumentó la de dicha Universidad, junto con las de la Universidad de Alcalá, Colegio de San Carlos, de medicina, y de San Fernando, de farmacia, aunque tenían vida independiente, dado que no se encontraban en el mismo local. Cuando se creó el Cuerpo de Facultativos, éstos dirigieron la biblioteca. Los fondos del antiguo Colegio Imperial seguían en el edificio de la calle de Toledo, y la biblioteca se llamaba entonces de Filosofía y Letras. Allí permaneció, como se ha dicho ya, hasta su paso a la Ciudad Universitaria, en 1933.

Al terminar la Guerra de 1936, y como consecuencia de ese traslado, en el edificio de la calle de Toledo sólo quedaban los reducidos fondos de la llamada “Biblioteca de profesores”, formada por alrededor de mil libros. A partir de entonces, el desarrollo de la biblioteca fue el propio del de una biblioteca de instituto de enseñanza media.

Relacionado con este centro de enseñanza está el Real Seminario de Nobles, cuya dirección también fue encargada a los jesuitas. Como sus demás bienes, sufrió las alternancias de las sucesivas entradas y salidas de la Compañía en el país. Al volver en 1816, el local se había convertido en cuartel y, aunque se les devolvió, permaneció en él el ejército. En 1823, se instaló el Seminario en la sede



Tomás de Iriarte. Parnaso español, de López de Sedano

del Colegio Imperial, alojándose los alumnos, que estaban en régimen interno, en una casa aledaña comunicada por un pasadizo. En 1828 pasaron a sus locales originarios, al abandonarlos el ejército. En este centro, que tuvo su sede en las calles del duque de Alba y de la Princesa, estudiaron escritores y militares, como José Cadalso y José Zorrilla. Los alumnos, a los que se hacían pruebas de nobleza para aceptarlos, recibían una esmerada educación, insistiendo en materias como esgrima, danza y otras similares. Tanto el autor de las *Cartas marruecas* como el de *Don Juan Tenorio* han dejado sabrosas páginas recordando su paso por dicha institución.

Real Biblioteca, también llamada de Palacio

Desde la proclamación de la República en 1931 la biblioteca privada de los reyes se llamó Biblioteca de Palacio, tomando en años recientes el de Real Biblioteca. Esta biblioteca está formada inicialmente por aquellos libros que Felipe V no cedió a la que se llamó durante mucho tiempo Biblioteca Real, y por los que compraron los reyes para su uso o que les fueron regalados. A ella pasaron las bibliotecas particulares, o parte de ellas, del Oidor de Sevilla, Francisco de Bruna, y de Mayans, entre otras.

No estaban en salas especiales sino en las habitaciones privadas de la familia real, alcanzando en tiempos de Carlos III los dos mil volúmenes, que se aumentaron considerablemente durante los reinados de Carlos IV y Fernando VII. En tiempos de Carlos III



Felipe V. Jean Ranc (Museo del Prado)

el librero Francisco Manuel de Mena, que proveía también a la Real Academia Española, hizo el primer catálogo y otro posterior se confeccionó en 1782.

Antonio Ponz, en la descripción que hace del Palacio Real en el tomo VI de su *Viaje de España*, publicado en 1776, no menciona la biblioteca, y esto es así porque en esas fechas aún no existía un espacio especialmente destinado a ella. Fue Carlos IV quien acomodó los libros en una sala noble del Palacio Nuevo, con pinturas de Maella y Bayeu, en lo que se llamó “el aumento de San Gil”, proyectado por el arquitecto Sabatini.

Bibliotecarios de ella fueron Fernando Scio, los bibliógrafos Salvá y Zarco del Valle; el conde de las Navas, que también fue bibliotecario del Ateneo, y otros. En la actualidad, la dirección desempeña una política de difusión de sus fondos y actividades.

La importancia de esta biblioteca deviene del hecho, entre otras cosas, de que es un testimonio más de la representación real. Sus fondos no tienen porqué corresponder a los gustos de los reyes, sino más bien a la necesidad de mostrar que se conocían las novedades ideológicas y tecnológicas de la época. En los primeros momentos, la biblioteca estuvo formada, además de por los regalos que se hacía a la real familia, por las compras que encargaban los preceptores de los infantes y los bibliotecarios.

Los reyes dieron mucha importancia a la encuadernación de libros, de manera que en esta biblioteca se encuentran ejemplares bellamente encuadernados al estilo inglés, junto a ejemplares únicos del siglo XVI y una importante sección dedicada a grabados, fotografías y dibujos.



Grabado de Juan Pérez sobre el dibujo de José Alonso de Arce, incluido en *Dificultades vencidas* (Madrid, 1735)

Existían diversos cargos relacionados con la Biblioteca, y pertenecer a ella era un signo de distinción y encumbramiento, al formar parte de la clase o grupo social que eran los sirvientes de Palacio o los criados del rey, como lo eran también todos aquellos que pertenecían a las instituciones culturales directamente relacionadas con el monarca y con el proyecto cultural dirigido por sus gobernantes: las academias, la Biblioteca Real.

Las salas de la biblioteca privada estaban también decoradas con pinturas alusivas al mundo de las letras, siguiendo la tradición comentada al tratar de la biblioteca del Escorial.

Tras morir Fernando VII, María Cristina desmontó la biblioteca, y dio un uso privado a los salones. Por el *Inventario* que entonces se hizo, conocemos los fondos que la componían. Permaneció desmontada hasta que en 1841 la reina Isabel II la rescató del sótano en que se encontraba y nombró como bibliotecario a Miguel Salvá, como sustituto del obispo de Tarazona, que era su confesor. Salvá redactó el reglamento de la biblioteca y la mejoró notablemente.

A éste le sucedió Manuel Carnicero Weber, hijo del pintor Antonio Carnicero. Manuel Ramón Zarco del Valle fue quien, a su vez, sustituyó a Carnicero, ya en los tiempos de la Restauración, consiguiendo que la biblioteca estuviera a la altura de las mejores europeas. Como ya se señaló, el conde de las Navas se hizo cargo de la dirección después de Zarco y realizó la primera catalogación moderna, catálogos que se publicaron.

Con la llegada de la República, su director fue un miembro del Cuerpo de Facultativos, se realizó una nueva catalogación y varias exposiciones sobre el mundo del libro. Contaba por entonces con más de doscientos cin-



Vendedor de carbón
(*Los gritos de Madrid*, 1798)

cuenta mil volúmenes, cinco mil manuscritos, dos mil partituras, mil quinientos mapas, doscientos cincuenta incunables, dibujos, grabados, medallero y monetario. El Palacio Real, entonces, tomó el nombre de Palacio Nacional.

Al terminar la Guerra de 1936, el recién creado Patrimonio Nacional se hizo cargo de la biblioteca, cuyos fondos son de gran riqueza en libros de los siglos XV a XVII, y muy útiles para estudiar la evolución y ornamentación del libro a partir del XVIII. Además de estos fondos, tiene importantes secciones de música (descrita por José Subirá) y manuscritos, una colección de libros de horas minios y otra muy rica de encuadernaciones. Siguiendo la tradición iniciada en los tiempos de la República, la biblioteca organiza exposiciones que muestran sus fondos y, mediante su boletín, difunde además las nuevas adquisiciones y cuantas noticias de carácter bibliográfico con ella relacionadas tienen interés.



Feijoo, *Justa repulsa de iniquas acusaciones* (1765)

Biblioteca Nacional

Si la del Escorial fue una biblioteca que respondía a los empeños e intereses políticos y culturales de Felipe II, la Biblioteca Nacional, entonces llamada Real Biblioteca, respondía a los de comienzos del siglo XVIII, cuando los Borbones empezaron a dirigir España y los criterios centralistas se adueñaban de los gobiernos europeos, a la par que la cultura se convertía en un instrumento de relevancia e influencia política.

Páez de Castro pensó situar la gran biblioteca en Valladolid, Corte del imperio español; del mismo modo, cuando Felipe V fundó en



Vista del Palacio Real

1711 la Real Biblioteca la colocó en Palacio, en la Corte madrileña. Fue una biblioteca, propuesta por Melchor de Macanaz, que se “benefició” de los decomisos e incautaciones de las librerías de los nobles que perdieron su apuesta en la Guerra de Sucesión al alistarse en el bando de la casa de Austria. Algunas eran tan importantes como la del arzobispo de Valencia Antonio Folc de Cardona.

Felipe V aprobó la idea de Macanaz y cedió dos mil volúmenes de los que formaban la biblioteca del Palacio Real y otros seis mil traídos de Francia. Siguiendo la tradición ya señalada al hablar de la biblioteca del Escorial, se añadieron otros elementos, como instrumentos matemáticos, monedas, medallas, mapas, etc. que, en 1867, pasaron al recién creado Museo Arqueológico Nacional en cantidad de unas cien mil piezas.

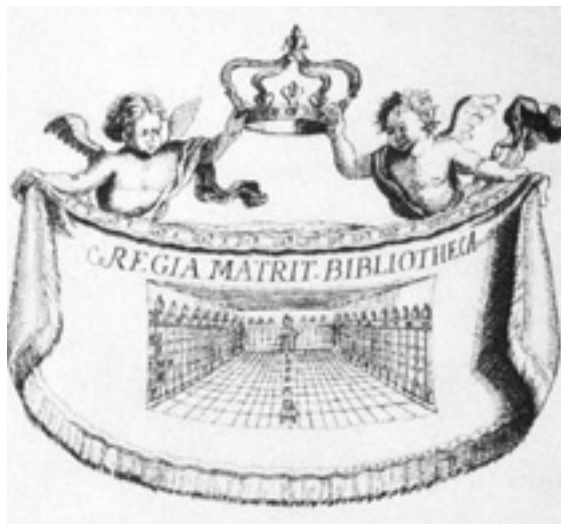
Constitución de la Real Biblioteca

Durante todo el siglo XVIII la Biblioteca permaneció en Palacio, en un pasadizo que lo comunicaba con el convento de la Encarnación. Las quejas de los directores de la institución eran frecuentes

porque el lugar no era adecuado para sus fines y porque, entre otras razones, estaba expuesto a incendios, dada la cercanía de las cocinas; además, pronto se quedó pequeño. Por otra parte, desde 1753 el edificio amenazó ruina.

Justo García Morales ha dedicado a su estudio algunos trabajos. Por ellos sabemos que la Biblioteca se abrió al público en 1712 para que estuvieran a disposición de “todo género de profesores” los bienes que allí se guardaban. Sin embargo, aunque se puso pronto a disposición del público (tres horas por la mañana y otras tres por la tarde), esta biblioteca no contó con unas normas y estatutos de regulación hasta 1716. En ellos se hacía depender su presupuesto de la Renta de Tabacos y Naipes, como casi todos los presupuestos que durante el siglo tuvieron que ver con la cultura, y se le otorgaban ocho mil pesos anuales, que incluían el pago de honorarios, la compra de libros y otros gastos. Ese mismo año se expedía una Real Orden para que se entregara a la Biblioteca un ejemplar de cada obra publicada y por la que podía ejercer su derecho de tanteo en compras y subastas.

Desde el principio el cargo de director de la Biblioteca estuvo reservado al confesor del rey, que hasta casi la expulsión de la Com-

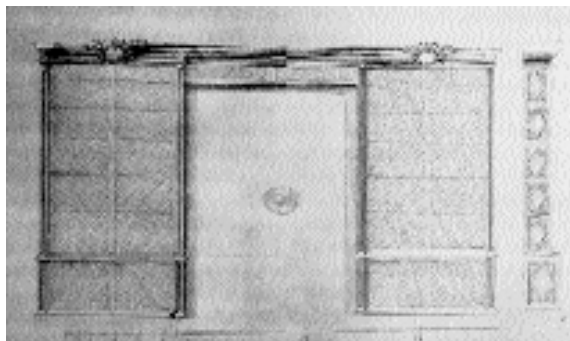


Sala de lectura de la Biblioteca Real en 1729, en Juan Iriarte, *Regia Matritensis Bibliotheca*, fol. 79

pañía era jesuita. El primero fue Guillermo Daubenton, y como bibliotecario mayor se nombró a Juan Ferreras, que era co-fundador de la Real Academia Española. La primera plantilla del centro la completaban un portero y su ayudante, cuatro bibliotecarios y un administrador. Que por estatutos se regulara que el director fuese el confesor del rey da razón del control que desde el poder se quiso ejercer sobre la institución y de lo que ésta significaba para la Corona en sus planes de desarrollo de una política cultural nacional, dirigida desde Madrid. Sin embargo, el apoyo financiero no estuvo a la altura de los objetivos, de modo que las partidas presupuestarias para comprar obras o financiar proyectos fueron escasas e irregulares, aunque la Biblioteca siguió creciendo gracias al depósito legal y a las donaciones y compras de librerías particulares.

Estos estatutos estuvieron vigentes hasta que en 1761, a los pocos años de llegar a España Carlos III, cuyos gobiernos tantas cosas renovaron, se redactaron otros, más amplios, que querían responder a los problemas con los que la institución se había encontrado a lo largo de casi cincuenta años de funcionamiento. Los concibió su nuevo bibliotecario, Juan de Santander, que consiguió para el personal de la Biblioteca algunos privilegios, como el de ser criados del rey, cosa que ya eran los miembros de las reales academias y que suponía entre otras cosas cierto alivio económico.

En esos mismos estatutos o constituciones se regulaban las normas y los requisitos necesarios para entrar a formar parte de la institución. Se aumentó el número de escribientes (pasaron a doce) y



**Estanterías
de la Biblioteca Real
(Biblioteca Nacional
de Madrid)**

de bibliotecarios, escala a la que se accedía desde la categoría previa de escribiente. Para llegar a serlo era necesario conocer el latín, saber teología, leyes y cánones, griego, árabe, historia, filosofía, etc. Por su parte, los escribientes debían acreditar su solvencia en el latín, en paleografía y lenguas modernas, y escribir bien. Juan de Santander se extendía también sobre el mantenimiento del edificio, sobre su administración, adquisición y catalogación de fondos.

No se permitía el acceso de las mujeres, si no era en los días de fiesta y sólo para visitar el edificio, costumbre que perduró a lo largo del siglo siguiente, y tampoco podían entrar aquellas personas de aspecto sospechoso o que vistieran ropas en las que se pudieran esconder libros y otros objetos. Como ya se ha dicho, en días laborables permanecía abierta seis horas, variando el horario según se tratase del invierno o el verano, puesto que no había iluminación artificial por el miedo a los incendios. También permanecía cerrada aquellos días de primavera y otoño en que se quitaban y volvían a poner las esteras, comúnmente llamados días de San Estero y San Desestero.



Bernardo de Iriarte.
Goya (Museo de Bellas Artes
de Estrasburgo)

Al decir de los viajeros, la Real Biblioteca era una de las mejores cosas que había en Madrid a mediados de siglo, lo cual, si pensamos en las quejas que por su estado lamentable reiteraban sus directores, quizá no sea un gran elogio. Para el marqués de la Villa de San Andrés, canario, volteriano y libertino, lo era, sin embargo,

y no porque de cinco salones se componga, y de ciento cincuenta y tres pasos cada salón, porque como ella (y puede ser que mayor) los he visto en otras partes, sino por lo singular de sus bibliotecarios, los que, en mesas que cogen todo el medio de los salones, están en todo el día dando a los curiosos los libros que les piden para copiar de ellos, con papel y tinta que hay siempre sobre dichas mesas, las autoridades, citas y cosas que necesitan: cuya franqueza y liberalidad en ninguna parte hay.

El mismo marqués, que se refiere a su paso por Madrid en los años de 1745, recuerda que dicha liberalidad con el papel la suprimió el rey, “por un decreto justo”, porque muchos iban allí a escribir sus cartas. También cuenta San Andrés que se prohibió “el dar libros de comedias: porque a solamente leerlas entraban en la biblioteca pajes, mozos de soldada, zapateros, sastres, etc.”, lo que da cuenta, de ser verdad estas palabras, de la afición grande que se tenía al teatro y de que, quizá, sabían leer y escribir más personas de las que pensamos.

La Biblioteca no sólo tenía comedias, sus manuscritos e impresos se guardaban en armarios cerrados con llave, con puertas con alambres similares a las que se pusieron en la biblioteca del Escorial. Como recuerda el marqués de la Villa de San Andrés, eran los mismos escribientes que



Cubié, *Las mujeres vindicadas de las calumnias de los hombres* (1768)

nes entregaban los libros a los lectores, que además estaban encargados de redactar las fichas de los catálogos.

En teoría los bibliotecarios tenían alojamiento en las dependencias de la Biblioteca, pero no siempre fue así, y menos en la segunda mitad del siglo, como se verá después. El erudito valenciano Gregorio Mayans, por ejemplo, no pudo disfrutar de este privilegio en los años treinta, cuando fue nombrado bibliotecario, y Juan de Iriarte tampoco, aunque en su caso las razones fueran otras. Trabajaba más en su casa, en la cama, que en la Biblioteca, según comentaban algunos críticos de la institución.

Actividad cultural de la Biblioteca Real. Bibliotecarios importantes

Aunque pertenecieron a ella algunas de las figuras más señaladas de nuestra cultura, la labor que se desarrollaba no era muy estimulante, y tampoco se recibían buenos sueldos. No será hasta muy entrado el siglo cuando comiencen a encontrarse empeños culturales de algún vuelo.

Si bien en los años treinta y cuarenta se publicaron algunas obras bajo el patrocinio de la Biblioteca, éstas fueron las menos y trabajos sin demasiada importancia. De hecho, la inactividad de los bibliotecarios era una de las críticas que la institución recibía más a menudo por parte de los intelectuales españoles y de los envidiosos de su situación. Para explicar esta inactividad hay que pensar en la poca preparación de muchos de ellos, en que estaban además ocupados en otras tareas que no les dejaban tiempo necesario para producir obras de importancia, algo de lo que ellos mismos se quejaban, y

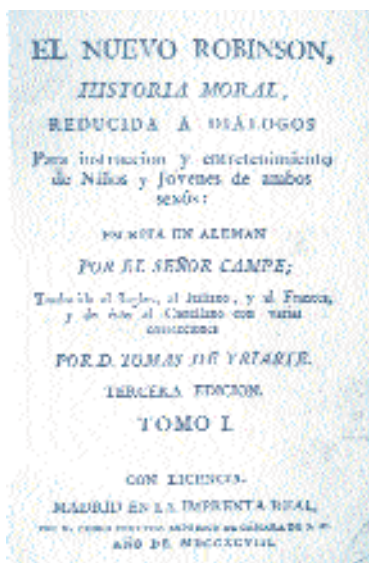


Alberto Lista
(Biblioteca Nacional de Madrid)

en las zancadillas y celos que a menudo dificultaban su labor. De este modo es posible explicar el retraso de muchos proyectos, cuyos resultados se vieron en los años setenta y después, habiendo tenido su origen en las décadas anteriores.

De entre las publicaciones de esos años, la mayoría catálogos y ediciones de obras de erudición que quedaron manuscritas en siglos precedentes, hay que destacar la *Biblioteca Universal de la Poligrafía Española* (1738), de Cristóbal Rodríguez; los dos volúmenes de Miguel Casiri sobre los manuscritos árabes del Escorial, de 1760 el primero, y el segundo de 1770; varias obras de Pedro Mexía y Melchor Cano, traducciones de Virgilio, los *Regiae Bibliothecae Matritensis Codices Graeci* (1769), de Juan de Iriarte; los importantes catálogos de Nicolás Antonio, con añadidos y correcciones, de 1783 y 1788, y otras.

Gracias al celo de García Morales y de García Ejarque conocemos la nómina de los empleados en la Biblioteca, y así comprobamos que por ella pasaron muchos de los mejores escritores del siglo XVIII y del XIX, aunque no siempre llegaran a desempeñar un puesto directivo. En ella trabajaron los ya citados Juan de Iriarte y Gregorio Mayans, que redactó la primera biografía de Cervantes; Francisco Pérez Bayer, que fue su director entre 1783 y 1793, figura de innegable importancia en la cultura y la política de la época, que participó en la reforma de las universidades y de los Colegios Mayores; Tomás Antonio Sánchez, que editó por primera vez el *Poema del Cid* y las obras de Berceo; Martínez Pingarrón, García de la Huerta y el traductor de la poética de Aristóteles, José Goya Muniaín, famoso usurpador de obras ajenas.



Tomás de Iriarte traduce
El nuevo Robinson (1798)

Los años finales del siglo, cuando fue su bibliotecario mayor Francisco Pérez Bayer, dan muestra de lo convulsa que era la situación en la España de entonces. Había sido Pérez Bayer profesor de hebreo en Valencia y Salamanca, preceptor de los infantes y colaborado en diversos proyectos de la Monarquía. Tenía fama de culto, pero muchos eran los que le consideraban un “erudito a la violeta” y su fama inmerecida o exagerada. Entonces estaban en la Biblioteca Pellicer y Tomás Antonio Sánchez, entre otros, que eran eruditos de prestigio y que dejaron obras de peso —al primero se debe entre otras una buena edición del *Quijote*—. Pérez Bayer hizo por frenar los trabajos de sus compañeros, para que no hicieran sombra a su prestigio. Parece que su gestión como administrador también dejó mucho que desear, a juzgar por los papeles que, anónimos, se escribieron en su contra.

Sin embargo, en líneas generales, hay que considerar su trabajo como bueno, pues se elaboraron índices, se reeditaron las obras de Nicolás Antonio (con los añadidos del propio Pérez Bayer), organizó el archivo de la Biblioteca y aumentó el monetario. Al mismo tiempo, en 1787, presentó unas nuevas constituciones, fijando el número de los empleados, sus funciones, sueldos y horarios, que fueron ratificadas por el ministro Floridablanca en 1789. Según éstas, los escribientes pasaron a llamarse oficiales, y los escribientes primeros se redujeron de cuatro a tres; los segundos, de tres a dos, y los terceros, de cuatro a dos. También se redujo el número de días festivos, que era considerablemente alto, y se aumentó el sueldo a los miembros de la institución.

Si en la primera mitad del siglo, tener un puesto en la Biblioteca había sido una aspiración de muchos, para estas fechas sig-



Conde de Floridablanca.
Grabado por Selma
(Museo Municipal de Madrid)

nificaba poco, entre otras cosas por la falta de estipendio correspondiente a la labor que se debía desarrollar. El hecho es que, cuando Pérez Bayer se hace cargo de ella, la mitad de los puestos de escribiente y otros de bibliotecario estaban vacantes.

La labor del valenciano Pérez Bayer es todavía hoy mal conocida, pero aunque llevara a cabo toda una serie de acciones dirigidas a su encumbramiento y aprovechamiento personal, también trabajó por mejorar la Biblioteca, en su aspecto físico, la situación de los bibliotecarios y se ocupó de comprar y encuadernar fondos. Pero nada de eso era suficiente para solucionar los problemas de una institución que arrastraba casi desde sus orígenes una existencia débil, debido a la falta de financiación, al intrusismo de los gobiernos y al constante torpedeo de los que la dirigían, que procuraron más su propia proyección que el florecimiento de la casa que les albergaba.

Murió Pérez Bayer en 1794 y le sustituyó Pedro Luis Blanco. Este sacerdote, que llegaría a ser nombrado obispo de León, también propuso un nuevo plan de arreglo de la Real Biblioteca que sólo en parte se tuvo en cuenta. Su gestión económica ha sido calificada como de calamitosa y vergonzosa, pues no llevó libros de cuenta, el dinero corría según su capricho y dejó una deuda que aún no había pagado en 1805.

Fue durante su dirección cuando los bibliotecarios que vivían en los locales del centro los abandonaron, pues sus habitaciones se necesitaron para acondicionar los fondos, cada vez más numerosos. Parece que existía un proyecto, desde 1794, de trasladar la Biblioteca a un nuevo edificio, lo que seguía siendo aspiración del director en 1797. Al año



Vendedor de pavos
(Los gritos de Madrid, 1798)

siguiente se desplomó la fachada, pero no se tomó la decisión de trasladar los fondos. Fue entonces también, en 1797, cuando Blanco pidió aumento de presupuesto o que se hiciera una lotería extraordinaria, cuyo producto se aplicaría a la compra de obras extranjeras y a la construcción de la nueva sede. No consiguió su objetivo, ni tampoco que, de las loterías habituales, se le diera una cantidad. Aquellos años no eran buenos para la Hacienda española.

La gestión de Antonio de Vargas y Laguna, sucesor de Blanco, se centró sobre todo en mejorar la sede de la Biblioteca y en hacer que se cumplieran, sobre todo en el plano económico, las constituciones que regulaban la marcha de la institución. En varios informes de 1799 y 1800 se constata el estado ruinoso de la casa, el peligro que se corría de hundimientos y la vergüenza que causaba tener tan excelentes fondos (bibliográficos, del monetario y del archivo) en semejante lugar. Vargas pedía que se habilitase para sede de la Biblioteca alguno de los colegios abandonados por los jesuitas.

Gracias a los informes de Pedro de Silva y Sarmiento, que sustituyó a Vargas, sabemos que se anunciaba el fin de la jornada, para los lectores, tocando una campanilla, que éstos protestaban



Convento de la Encarnación y Biblioteca Nacional (siglo XIX)

ante el ministerio por la falta de puntualidad con que los empleados desempeñaban sus funciones, y que se reguló de nuevo el número del personal, sus sueldos y pensiones.

Durante los años anteriores a la Guerra de la Independencia, Silva insistió en la necesidad de cambiar o arreglar el local, que tenía humedades que debilitaban los bajos del edificio, goteras y demás percances. Godoy pensó que se podría remediar la situación ruinoso en que se encontraba trasladándolo al actual Museo del Prado, entonces en construcción, y el 7 de marzo de 1808 se comunicaba a los bibliotecarios que pasarían a ese edificio, teniendo entrada por San Jerónimo, pero esto no llegó a suceder.

La Guerra de la Independencia y sus consecuencias para la Real Biblioteca

Tras el abandono de España por parte de la familia real y la renuncia de los monarcas a la corona, José Napoleón llegaba a Madrid, como rey, el 20 de julio. En abril de ese año había sido nombrado bibliotecario mayor Crisóstomo Ramírez Alamanzón que, como señala García Ejarque, se vio obligado a abandonar su puesto en dos ocasiones, al vaivén de la guerra. En esos períodos de ausencia, fueron Leandro Fernández de Moratín y Paulino Bonifaz quienes le sustituyeron, el primero entre noviembre de 1811 y agosto de 1812, y el segundo entre diciembre de ese año y mayo del siguiente. En contra de lo que puedan hacer pensar estas salidas de Madrid del bibliotecario, Ramírez Alamanzón colaboró, como muchos otros, con José I, como demuestra el que en 1809 le pidiera al rey “de nuevo” su cargo en la Biblioteca, a lo que éste se negó, pues era para Moratín. Sin embargo, se le ofrecían al bibliotecario otras compensaciones.



Pedro Estala traduce
***El viajero universal* (1795)**

Moratín, que había deseado con fuerza y desde tiempo atrás el puesto de bibliotecario, lo fue por poco tiempo, pues tuvo que abandonar Madrid tras perder los franceses la batalla de los Arapiles en Salamanca. Entonces la capital proclamó la Constitución de Cádiz y Ramírez Alamanzón volvió a ocupar su cargo, que dejó cuando de nuevo regresó el rey José. El mandato de este bibliotecario, como se ve, fue bastante accidentado. Tras su segundo regreso a Madrid, ya a mediados de 1813, continuó como bibliotecario mayor hasta que las Cortes de Cádiz aprobaron en noviembre de ese año el reglamento por el que la Real Biblioteca se convertía en Biblioteca Nacional Española de Cortes, cuyo director sería Bartolomé José Gallardo. Ramírez volvió a ser bibliotecario mayor cuando Fernando VII anuló el estado constitucional.

La gestión breve de José I como rey no dejó que muchos de sus proyectos fueran adelante. Es el caso de algunas reformas que se pensaron para la Biblioteca, de las que quedan decretos manuscritos, cartas y consultas. Las Cortes, a su vez, redactaron el reglamento ya citado para formar la Biblioteca Nacional con los fondos de la Real, que desde agosto de 1809, y gracias a la orden de José I, se depositaron en la calle de Atocha, en el convento de la Trinidad Calzada (donde ahora está el teatro Calderón). El convento se encontraba sin tejados, sin rejas ni ventanas, no había armarios y en él estaban ya los fondos de otras bibliotecas, como los de la del Escorial. No era el lugar más adecuado para acoger los libros de la Biblioteca, puesto que además en la lonja del convento había tiendas, que se procuró llevar a otro sitio ya en 1813.

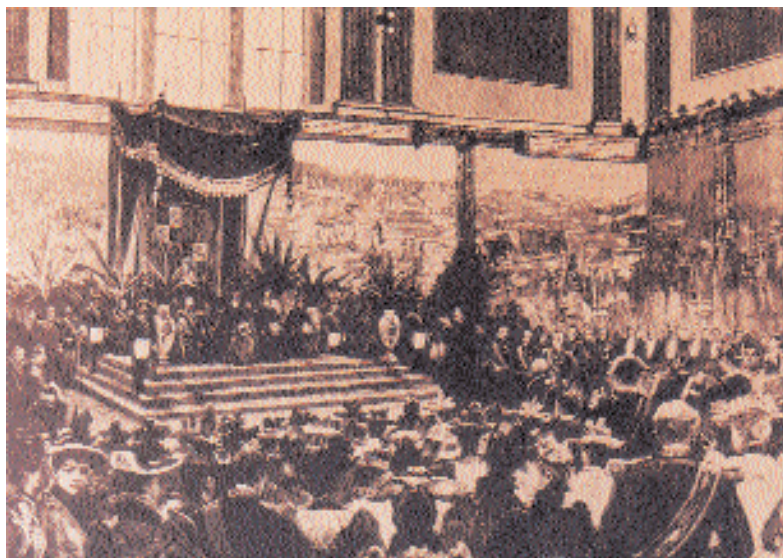


Colocación de la primera piedra de la Biblioteca Nacional. G. Langa (Universidad de Navarra)

Al año siguiente, en esa idea de volver al tiempo anterior a la Guerra, Fernando VII ordenaba entregar el convento a los trinitarios. Como no se había destinado un local a la Biblioteca, durante algunos años, bibliotecarios y trinitarios convivieron en el edificio, junto con las tiendas, que también regresaron. Las relaciones entre los frailes y los individuos de la Real Biblioteca tuvieron que regularse mediante unas “Reglas de convivencia” para evitar motivos de altercados, disgustos o desavenencias entre ellos. Para entonces, era su director Juan de Escóiquiz.

Durante los años de la Guerra, los bibliotecarios continuaron trabajando en la ordenación de los materiales, creando diversas secciones, como la de Varios, y unas normas de catalogación nuevas, actividad que continuó en la década siguiente, preparando la sala de manuscritos, de cuyo estado hay un documento de 1817.

La biblioteca permaneció en el convento hasta que en 1819 se pasó a la casa que había sido del Consejo del Almirantazgo, cerca del actual edificio del Senado en la plaza de la Marina. Allí continuó hasta que en 1826 pasó a la casa del marqués de Alcañices, que había



Inauguración de la Exposición de 1892

comprado Fernando VII, cerca de la plaza de Oriente y de donde estuvo originariamente, pues daba a la que se llamó plaza de la Biblioteca, frente al convento de la Encarnación. Sobre el solar que entonces ocupó la Biblioteca se levanta ahora la Real Academia de Medicina. Se inauguró con la presencia de los reyes el 26 de julio, habiendo podido visitarla antes, durante diez días, el público.

Se conserva de la inauguración el epigrama que entonces recitó el poeta Juan Bautista de Arriaza, que estaba en la comitiva como mayordomo de semana, y merece ser reproducido:

Epigrama

¡Tanto libro en un momento,
a la voz del Soberano,
volar por el aire vano
a ocupar nuevo aposento!
¿Son de Vayalarde enredos?
No, que el milagro nos viene
de uno que los libros tiene
en las puntas de los dedos.
Pero, al cabo, no me admira
el tal prodigio, pensando
que el buen monarca Fernando
es el numen que le inspira,
pues sola, con prontitud,
sabe su munificencia
dar palacios a la ciencia
y templos a la virtud.

Fue Francisco Antonio González, que llevaba mucho tiempo, ya como bibliotecario mayor interino, ya titular, quien dio “domicilio, propio, fijo y estable” a la Biblioteca. Le sucedió el erudito Diego Clemencín, que consiguió el puesto en pugna con importantes candidatos, como eran el bibliómano Gallardo, el poeta Nicasio Gallego, de las academias Española y de San Fernando, López Pelegrín, Francisco de Estrada y otros que habrían de tener papel destacado en la vida política del siglo XIX.



Fachada de la Biblioteca Nacional

Durante ese tiempo entraron a formar parte de sus fondos los de la Inquisición, una vez desaparecida, los del embajador de Carlos IV en París, Ignacio Muzquiz, y los de los conventos suprimidos tras la desamortización de Mendizábal. Para albergar estos casi setenta mil volúmenes se construyó un depósito en los jardines de la Biblioteca.

Según la descripción que de ella hizo en 1834 Basilio Sebastián Castellanos de Losada, existía una “Sala de selectos”, que contenía los fondos relativos a religión, legislación, política, medicina, historia natural, arte, música, geografía, historia, poesía, literatura y miscelánea, más estampas. En la sala



**Manuel Bretón de los Herreros.
Gómez Cros (Museo Romántico)**

principal de las tres dedicadas a lectura había fondos de medicina, jurisprudencia, mística, poesía, filología, novelas, artes, ciencias naturales y filosofía. En la tercera, periódicos, geografía, historia y novelas históricas.

Desde esta sala se pasaba a la del Índice, por autores y materias, general antiguo, general moderno, cuya puerta era famosa por las columnas de orden jónico y el escudo de las armas reales sostenido por dos ángeles. Allí mismo había veintiún retratos de personajes españoles, como el padre Mariana, Velázquez, Lope, Colón, Calderón y otros, continuando la ya tradicional configuración de las grandes bibliotecas, que albergaban tanto las obras como las efigies, los “espíritus”, de sus autores y de aquellos personajes de peso en la Historia nacional.

A estas salas hay que añadir otras que también guardaban fondos. La casa tenía planta baja, primera y segunda con buhardillas.

De Real Biblioteca a Biblioteca Nacional

Fue el 25 de noviembre de 1836 cuando la Biblioteca pasó a depender del Ministerio de la Gobernación y se comenzó a llamar Nacional (tras el paréntesis de la Constitución de 1812). El bibliotecario mayor por entonces era Joaquín María Patiño, que lo fue hasta su cese en 1840, y se trata del único bibliotecario de carrera de todos cuantos pasaron por la Institución, habiendo dirigido desde 1812 la biblioteca de la Universidad de Santiago de Compostela.

Patiño sometió a la Biblioteca a una reforma importante. Se hizo recuento de sus fondos, estimados en doscientos sesenta mil volúmenes, de los que resultó faltaban la mitad, muchos otros estaban mal colocados y los



**Manuel Tamayo y Baus. Balaca
(Biblioteca Nacional de Madrid)**

índices quedaban obsoletos. No había libros importantes, por lo que denunciaba la política de adquisiciones, y pedía, como sucedió en los tiempos de José I, que se le uniera la del Escorial; también solicitaba nueva sede, ya que no había espacio para almacenar los fondos, parte de los cuales se encontraban en el convento de la Encarnación. Solicitaba además estanterías, las procedentes de los conventos desamortizados, dado el aumento de libros provenientes de esas casas. Por supuesto, Patiño pedía dinero, mostrando cómo la Biblioteca, desde 1802, había ido recibiendo cada vez menos cantidades.

A Patiño le sucedió Martín de los Heros, y a éste Eugenio de Tapia. Los directores de la Biblioteca Nacional eran elegidos por razones políticas, ya se trataba de políticos, ya de literatos como Bretón de los Herreros, Hartzenbusch, Cayetano Rosell, Tamayo y Baus, Agustín Durán o Menéndez Pelayo, a los que había que premiar. Aunque a mediados de siglo se creó el Cuerpo Facultativo de Archiveros y Bibliotecarios y otra serie de juntas e instituciones que trataban de regular la profesión y de dar coherencia a la actividad bibliotecaria, rara vez un miembro de ese Cuerpo de Facultativos ha sido director de la Biblioteca Nacional.



Marqués de Valmar
(Real Academia de la Lengua)

Durante el siglo XIX la Biblioteca consiguió, ya fuera por venta, ya por donación, algunos de sus más importantes fondos. Los de Böhl de Faber y su amigo Durán, la colección de dibujos de Carderera, la colección de La Barrera y Leirado, la de Estébanez Calderón, la de Gayangos y la del duque de Osuna, así

como las de Usoz y Barbieri, pasaron a enriquecer la colección de la Nacional, por lo que pronto tuvo que pensarse en nuevo traslado. Se puso la primera piedra en el solar del paseo de Recoletos el 21 de abril de 1866, pero las obras no avanzaron, en parte por la falta de fondos, en parte por la cambiante situación política. Lo que decidió la reanudación de las obras fue la necesidad de tener un local adecuado para celebrar la exposición con que se conmemoró el IV Centenario del descubrimiento de América, que se inauguró en el edificio en octubre de 1892. La Biblioteca, sin embargo, no se abrió al público hasta 1896, y pronto comenzaron las quejas, ya que el arquitecto utilizó demasiadas claraboyas, que originaban goteras, y que no defendían del frío en invierno ni del calor en verano. Sus altos techos agravaban el problema.

Era entonces director Tamayo y Baus, que murió dos años después, siendo nombrado entonces Menéndez Pelayo como sucesor suyo. Coincidiendo con sus años como director, se llevaron a cabo varias reformas de orden cultural y político en el ámbito de las bibliotecas. Así, entre 1901 y 1902 se promulgaron los reglamentos para el servicio de las bibliotecas públicas del Estado y las instrucciones para redactar sus catálogos.

En ellas se regulaba la relación del usuario con la biblioteca, las funciones de los bibliotecarios, las normas de catalogación y otros extremos relativos a la marcha de cualquier biblioteca. Fueron muy discutidos y criticados, pues los criterios que se seguían eran más bien museísticos y tendían, a la larga, a dificultar el trabajo de los



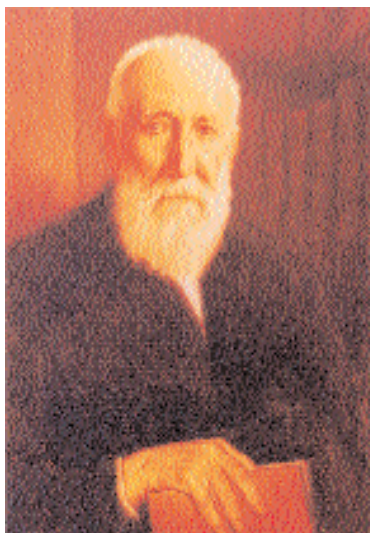
Marcelino Menéndez Pelayo. Moreno Carbonero (Real Academia de la Historia)

usuarios. Cuando en 1910 el periodista y ministro de Instrucción Pública, Julio Burell, visitó la Biblioteca Nacional la polémica se disparó, pues fue consciente de lo que muchos periódicos denunciaban. Su visión más abierta chocó con la de Menéndez Pelayo, para quien la biblioteca debía ofrecer sus riquezas sólo a los investigadores. Ramón Gómez de la Serna la llamó entonces la “catedral vacía”, porque contrastaba su grandiosidad con el poco servicio que prestaba.

El que fuera director de la misma, Hipólito Escolar, señala que el nombramiento de Menéndez Pelayo como director fue un giro en la política seguida hasta entonces, pues la dirección pasaba de un literato, cuyos servicios se premiaban, a un investigador, que conocía sus fondos y que podría utilizarlos en su propio beneficio y en el de la nación, al facilitar la difusión de la cultura.

Marcelino Menéndez Pelayo fue director desde 1898 hasta 1912, año de su muerte. Por entonces el cargo llevaba aneja la jefatura del Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, y sobre sus miembros tuvo importante influencia su personalidad al difundir la noción de que la Biblioteca debía ocuparse más del pasado que de lo actual. Si Don Marcelino fue un buen investigador y supo sacar provecho a los fondos de la institución que dirigió, fue un mal administrador, y tampoco sintonizó su idea de lo que había de ser una biblioteca como la Nacional con lo que demandaban los nuevos tiempos.

A Menéndez Pelayo le sucedió su discípulo Francisco Rodríguez Marín, iniciando una línea de continuidad con las ideas que



Francisco Rodríguez Marín
(Real Academia Española)

había representado el erudito montañés, pues al abogado y cervantista le sustituyó en 1930, esta vez elegido por concurso, Miguel Artigas, que era director de la Biblioteca de Menéndez Pelayo en Santander. Con él, sin embargo, se produjeron algunas reformas decisivas en la configuración de la Biblioteca, y así, por ejemplo, se dio entrada a libros actuales, se separó a los lectores según la clase de sus consultas, situándolos en salas concretas: General, Raros, Bellas Artes, y se llevaron a cabo diversas mejoras. En 1955, el que se había llamado Palacio de Archivos, Bibliotecas y Museos, se amplió triplicando su capacidad. También dirigió la Biblioteca Luis Morales Oliver.

Desde entonces ahora ha pasado por momentos diversos; desde ser a la vez biblioteca de uso popular y para investigadores, a lo que es en la actualidad, exclusivamente al servicio de la comunidad científica. Los últimos gobiernos han apostado por hacer de la Biblioteca Nacional un instrumento que esté a la altura de las necesidades y exigencias que requieren los tiempos modernos, y así se está llevando a cabo un esfuerzo por mejorar infraestructuras, servicios y medios de trabajo.

Bibliotecas de Reales Academias

Las Reales Academias son instituciones que aparecen en España durante el siglo XVIII. Su creación es contemporánea de la de la Biblioteca Real, y su función era también centralizar la política cultural. Por tanto, estas instituciones fueron los órganos destinados a dirigir los proyectos de investigación, edición, escritura de la historia de España, conocimiento de su arte y desarrollo de la investigación, aunque su existencia fue casi siempre difícil y su producción intelectual menor de la esperada. Las bibliotecas de las reales academias destacan por algunas de sus “joyas” y por las cesiones que a ellas hicieron algunos de sus miembros. Quizá la más rica de todas sea la de la Historia, por la cantidad de manuscritos, muchos de ellos árabes, que cedió Gayangos. Son bibliotecas especializadas, y sólo se tratará de las más antiguas.



Estanterías de la biblioteca de la Real Academia Española

Real Academia Española

La primera academia real que se fundó fue la Española, de la lengua, en 1713, gracias al empuje de varios nobles, entre ellos el marqués de Villena, en cuya casa se hicieron las primeras reuniones. De su palacio de la plaza de las Descalzas, la Academia pasó en 1754 a la Casa del Tesoro, en 1794 a la calle de Valverde, donde hoy se encuentra la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, y en 1894 a su actual sede, edificio que se construyó para albergarla.

Durante los primeros años no tuvo biblioteca propia, sirviéndose de la del marqués. Hacia 1754 se planteó la necesidad de contar con instrumentos de trabajo propios y no prestados, por lo que se empezó a comprar libros. Fue a partir de la compra de las bibliotecas de varios de sus académicos, muy significativa por el volumen

la de su primer secretario, Vicente Squarzafigo, cuando la Corporación pensó en formar una biblioteca y destinó parte de su presupuesto a la adquisición de libros, redactándose así mismo los primeros reglamentos. Hasta el asentamiento en la calle de Valverde había sido el secretario quien se encargaba de la biblioteca; desde ese momento se nombró un bibliotecario, que fue Ramírez Alamanzón, que también lo fue de la Biblioteca Real. Le sucedió Joaquín Lorenzo Villanueva, que vio truncada su labor por la inminencia de la Guerra y su posterior destierro.



**Marqués de Villena,
fundador de la Real Academia Española
(Real Academia Española)**

Fue Martín Fernández de Navarrete quien desarrolló una importante labor consolidando la marcha de la biblioteca, al redactar su primer catálogo, completar series, incorporar fondos de otras bibliotecas, etc. El marino y erudito Fernández de Navarrete fue bibliotecario desde 1817 hasta 1844. Entre los bibliotecarios posteriores destacan por sus aportaciones a la cultura española Antonio Ferrer del Río, Fernández Guerra, Cotarelo y Mori, Vicente García de Diego, José García Nieto y Gregorio Salvador. En la actualidad trabajan varios bibliotecarios pertenecientes al Cuerpo de Bibliotecas, Archivos y Museos junto al académico bibliotecario, Emilio Lledó. Alonso Zamora Vicente, en su reciente historia de la Real Academia, relata las sucesivas ampliaciones y mejoras de la seguridad de que ha sido objeto la biblioteca en su actual emplazamiento de la calle de Felipe IV.

La biblioteca posee libros antiguos en número relativo, manuscritos e incunables, como las *Partidas* de Alfonso X el Sabio. El aumen-



**Emblemas utilizados
por la Real Academia Española**

to de sus fondos fue desigual, debiéndose gran parte de ellos a las donaciones de algunos de sus miembros, como ya se ha dicho, pero desde mediados del siglo XIX su crecimiento es constante, ya por donación, ya por compra. Entre las donaciones hay que destacar las del controvertido Adolfo de Castro, que regaló el manuscrito con la obra de Góngora, papeles del historiador Floranes y otras piezas destacadas. A ésta deben añadirse por su importancia las bibliotecas de Severo Catalina, Tamayo y Baus, Rico y Sino-bas, el duque de Arcos y Antonio Tovar. De 1995 es la donación del legado de Antonio

Rodríguez-Moñino: unos doscientos manuscritos desde el siglo XV a nuestros días, cuatrocientos cincuenta impresos del XVI y del XVII, estampas, papeles sueltos, pliegos y otros impresos de valor de los Siglos de Oro; de 1996, el de la Fundación Mapfre de libros sobre América publicados con motivo del V Centenario, y de 1998 el de Dámaso Alonso. Su biblioteca alcanza los cuarenta mil volúmenes, contiene manuscritos de Vicente Aleixandre y otros poetas de la Generación del 27, junto a obras de los siglos XVI a XVIII francesas, italianas, gallegas, portuguesas y catalanas.

Aunque la Academia no poseyó biblioteca propia hasta mediados del siglo XVIII, en su archivo se encuentran testimonios del cuidado que algunos académicos tenían por conseguir aquellos libros que consideraban útiles para sus trabajos gramáticos, ortográficos y en el diccionario de la lengua, llamado *Diccionario de Autoridades*, cuyo primer tomo se publicó en 1726. Así, pues, en aquellos primeros

años, al margen de las bibliotecas privadas que se pudieron comprar y las donaciones, las adquisiciones que se llevaron a cabo iban dirigidas a dotarse de instrumentos para llevar adelante los empeños de la Academia: gramáticas, diccionarios, ortografías y todas aquellas obras de autores que se consideraban “autoridades” dignas de formar parte del diccionario.

En la actualidad, la biblioteca puede ser utilizada por cualquier investigador, en horario de mañana. Su fondo ronda los ciento ochenta mil volúmenes, entre ellos cuarenta y dos incunables y más de cuatrocientos manuscritos.



Juan de Ferreras
(Biblioteca Nacional de Madrid)



Reunión de académicos en 1956: Gerardo Diego, Luca de Tena, Julio Casares, Ramón Menéndez Pidal, Gregorio Marañón, Vicente García de Diego y el obispo Eijo Garay. Foto de Portillo

Real Academia de la Historia

Felipe V aprobó los estatutos de la Real Academia de la Historia en 1738, aunque sus fundadores se venían reuniendo desde 1735. La primera sede estuvo en la biblioteca de Palacio, cuyos fondos puso el rey a su disposición.

La biblioteca de esta Academia se creó en 1751 con los duplicados de la del rey, aunque continuaba estando en Palacio, donde permaneció hasta su traslado a la Casa de la Panadería en 1773, en la Plaza Mayor, que había sido anterior sede de la Academia de Bellas Artes. El siguiente traslado de la Academia, hasta hoy el último, a su sede definitiva comenzó en 1852, a la casa conocida como del Nuevo Rezado, en la calle del León. La biblioteca era de uso exclusivo de los académicos hasta que Cánovas del Castillo, siendo director, la abrió al público, a cambio de que el Estado proporcionase personal bibliotecario perteneciente al Cuerpo de Facultativos.

Esta Real Academia tiene importantes fondos cedidos por algunas de las más renombradas figuras de la cultura española de los siglos XVIII y XIX. Gran parte

de su significativa colección de manuscritos perteneció antes a Boturini, Floranes, Garibay, Gusseme, a los jesuitas, al que fuera su director, Martínez Marina, al padre Martín Sarmiento, al peculiar erudito gaditano José de Vargas Ponce y al malagueño Luis José Velázquez, marqués de Valdeflores, que inició una serie de viajes por Espa-



Conde de Torrepalma
(Real Academia de la Historia)

ña, comisionado por la Academia y el gobierno, para hacer inventario de las antigüedades nacionales. A estos hay que añadir la colección Salazar y Castro.

Junto a esos importantes manuscritos, posee la Academia objetos artísticos y arqueológicos de gran valor, que forman su Gabinete de Antigüedades, destacando el Disco de Teodosio. Posee también un notable monetario, institución necesaria en la Europa dieciochesca al considerarse las monedas como una fuente importante de conocimiento histórico, además del valor que pudieran tener en sí mismas. La base de ese monetario está en la cesión que Felipe V hizo del suyo. La Academia cuenta también con cinco cuadros de Goya (varios de ellos de académicos).

En la Academia de la Historia vivió Marcelino Menéndez Pelayo mientras fue su director, en las temporadas que pasaba en Madrid. Allí escribió algunas de sus obras y, desde la casa de la calle del León, se dirigía a la Biblioteca Nacional, que también dirigía.

Es una biblioteca especializada en paleografía, genealogía, diplomática, epigrafía e historia. Puesto en cifras, su fondo es de unos trescientos mil libros, más once mil manuscritos, además de numerosos planos, mapas, grabados y dibujos.



Duque de Almodóvar
(Real Academia de la Historia)



Francisco Martínez Marina
(Real Academia de la Historia)

Real Academia de Bellas Artes de San Fernando

A diferencia de las instituciones precedentes, esta Real Academia, fundada en 1752, tuvo especial interés desde el principio de su existencia, y dada su orientación didáctica, en tener “buenos libros para el estudio fundamental de las Artes, para la lectura de obras trabajadas por hombres insignes y para la condición con que los profesores deben adornarse para el buen desempeño de sus obras”.

La biblioteca se abrió al público en enero de 1794, al año de haber redactado su bibliotecario, Juan Pascual Colomer, que además era su archivero, el segundo catálogo de los fondos. El primero, de 1762, se debe a Diego de Villanueva, que también diseñó la fachada del palacio de la Academia cuando se instaló en la calle Alcalá. El bibliotecario, cargo creado en 1793, debía cuidar de los libros y controlar los préstamos, pues había casos de académicos que tenían libros por espacio de más de cinco años, de manera que se endureció la política de préstamos. Los fondos podían consultarse por el público los martes, miércoles y viernes no festivos, de nueve a una, como informó la *Gaceta de Madrid*.

Colomer fue bibliotecario hasta su muerte, cuando le sucedió José Franco. Los hijos del primero continuaron vinculados a la biblioteca y el archivo de la Academia. Académicos bibliotecarios fueron Pedro de Madrazo y Kuntz, Juan Facundo Riaño, Ángel Avilés

Merino, Ovejero Bustamante y José Subirá. En 1933 se hizo cargo de la biblioteca un miembro del Cuerpo de Facultativos.

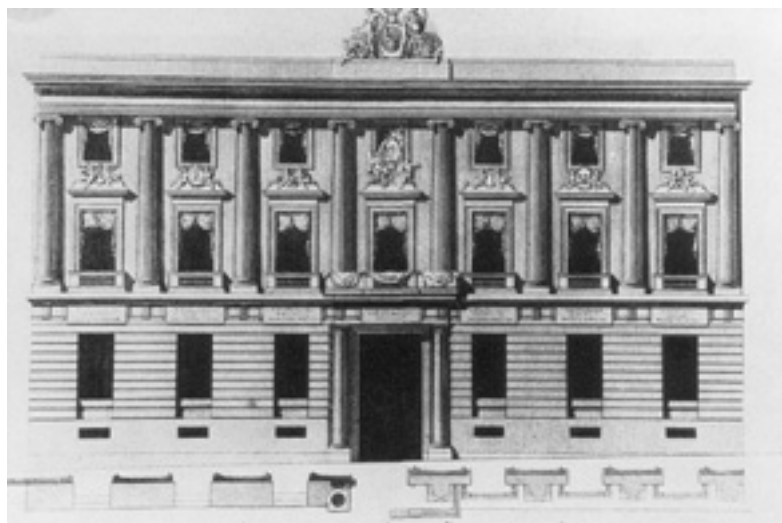
Para conseguir esos libros tan especializados se comisionó a diferentes personas, como al embajador de Nápoles, que era pro-



Agustín de Montiano y Luyando
(Real Academia de Bellas Artes)

lector de la Academia, y al impresor y encuadernador Antonio Sancha, que desde 1757 suministró libros franceses. Además, la biblioteca de esta Academia, que tuvo un papel muy importante en la introducción de los cánones artísticos y arquitectónicos, se formó primero por donaciones del rey, de su protector, el marqués de Grimaldi, que compró y regaló libros, y de su viceprotector, Bernardo de Iriarte. Después, por las de las bibliotecas de algunos de sus miembros, al fallecer. Es el caso del escultor Felipe de Castro y de Diego Antonio Rejón de Silva que, además, escribió y tradujo algunas obras de interés. Así se formó una escogida biblioteca que también tenía un buen número de grabados, dibujos y estampas. Otros legados valiosos son los de Carderera, Juan Allende-Salazar, Román y Jimeno, Pérez Casas, el barón de Forna, Subirá, Enrique Franco, Querol, Lafuente Ferrari y Valparaiso.

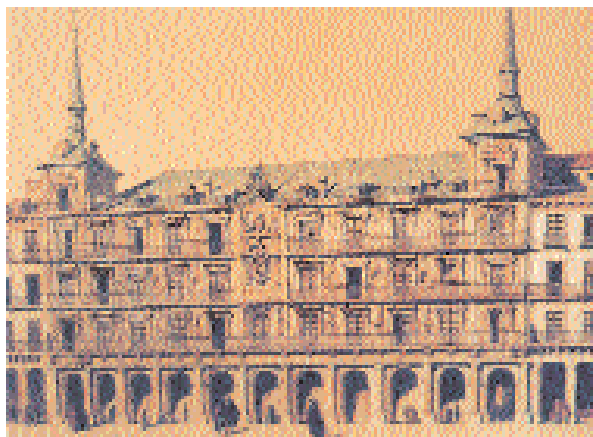
El sistema de compra era bastante abierto, porque los académicos y los comisionados tanto podían adquirir una obra como proponer a la Junta su compra. Bastantes llegaron también desde Italia, al tener la Academia pensionados en la de Roma.



**Proyecto de la fachada de la Real Academia de Bellas Artes.
Diego Villanueva (Real Academia de Bellas Artes)**

Sus fondos abundan en libros franceses e italianos, y, como es lógico, en materias relacionadas con las Bellas Artes: matemáticas, la mayoría franceses, pedidos por Benito Bails; arquitectura, pintura, escultura, grabado, dibujo, geometría, perspectiva, anatomía. La Academia estaba al día de las novedades bibliográficas, francesas sobre todo, como demuestra que se compraran casi al tiempo de ponerse a la venta en París. A medida que se abrían nuevas cátedras, de matemáticas, anatomía, arquitectura, perspectiva, la biblioteca ampliaba sus fondos mediante compra de libros necesarios para desempeñar la docencia. También creció en fondos en 1835, gracias al decreto de exclaustración de las comunidades religiosas y después por la desamortización. Fue Valentín Carderera el encargado de recoger los fondos de los conventos suprimidos.

La Academia se instaló en principio en la Casa de la Panadería, en la Plaza Mayor de Madrid, donde permaneció hasta que en 1773 pasó a su actual emplazamiento en la calle de Alcalá, llamado palacio de Goyeneche, local ocupado entonces por la Dirección de Tabacos. Fue el arquitecto Diego de Villanueva quien diseñó la portada del edificio, tras comprarse el inmueble y vencer las resistencias de algunos consejeros que preferían tener la sede en el centro de Madrid y por ello querían comprar y mejorar las casas contiguas a la Casa de la Panadería. El diseño de Villanueva muestra cómo, desde las instituciones, se



**Real Casa
de la Panadería
en la Plaza Mayor**

apoyaba e introducía el estilo neoclásico. En sus diseños de la portada suprime los adornos, “perversos y delirantes” en opinión del contemporáneo y académico Antonio Ponz, que figuraban en la portada original, obra de José de Churriguera. De modo que, desde su implantación en la calle de Alcalá, los académicos, y el gobierno, hacían una apuesta pública por el gusto neoclásico frente al anterior estilo barroco. La sala de lectura de la biblioteca está ornamentada con un busto de Fernando VI y otro de Bárbara de Braganza, y los muebles son estilo Carlos IV.



Juan de Villanueva. Goya
(Real Academia de Bellas Artes)

Como en otros casos, a ella pertenecieron destacados arquitectos, grabadores, pintores, escultores y estudiosos: Goya, Villanueva, Manuel Salvador Carmona, Céan Bermúdez, Ventura Rodríguez y Mengs, Querol, Lafuente Ferrari, Vázquez Díaz, Benjamín Palencia, Luis García Berlanga y, como honorarios, los músicos Strawinsky, Rubinstein y Messiaen.

Sus fondos alcanzan los veintiocho mil volúmenes, ochocientos quince manuscritos, más de tres mil estampas, dos mil quinientos de fondo antiguo y numerosísimos folletos y fotografías.

Biblioteca de la Real Sociedad Económica Matritense

Esta biblioteca nació en 1775 y creció al amparo de la Sociedad Económica Matritense, surgida siguiendo el ejemplo de la Vascongada, que fue la primera de este tipo de sociedades. Carlos III

otorgó a la nueva institución tres mil reales para premios anuales, al tiempo que convertía en socios a los Infantes Gabriel y Antonio, así como al Príncipe de Asturias, lo que provocó inevitablemente una avalancha de socios pertenecientes a lo más selecto de la nobleza cortesana.

Al amparo de la Sociedad nació la Junta de Damas, sección femenina de la Sociedad, que se ocupó principalmente de la reforma y mejora de la Enseñanza y de las escuelas. La Junta se constituyó definitivamente en 1787, después de largas polémicas, en parte gracias a los esfuerzos de Jovellanos, que defendía el papel de estas mujeres dentro de la Sociedad; papel que estuvo durante algún tiempo en entredicho ante la resistencia de muchos socios a integrar mujeres en la Económica. El representante más destacado de esta facción era el conde de Cabarrús.

La biblioteca de la Sociedad peregrinó de un lugar a otro hasta que se estableció la plaza de la Villa, número 2. En los primeros años, siendo bibliotecario Baltasar Pedro de Moncada, los libros estuvieron en las Salas Consistoriales, hasta que, en 1804, el bibliotecario Manuel de Vaca y Pinilla consiguió la Casa de Sordomudos, en la calle de las Rejas (hoy calle Guillermo Roldán), como sede para la biblioteca. Pero poco tiempo se ocupó esta casa.



**Conde de Campomanes.
E. Boix (Museo Municipal
de Madrid)**



**Gaspar Melchor de Jovellanos.
Goya (Museo del Prado)**

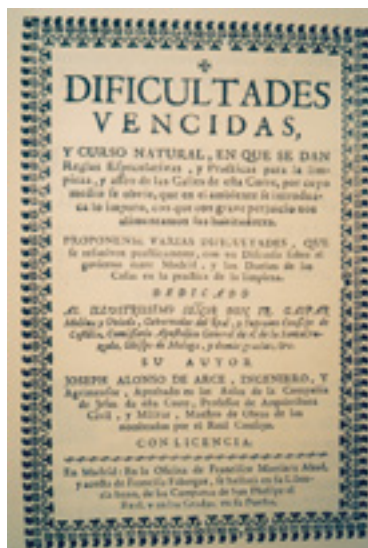
Con la invasión francesa, los libros pasaron al palacio del conde de Cabarrús, después al Corralón de los Desamparados, y, por último, a la calle del Turco, actual del marqués de Cubas. Un último desplazamiento, en 1866, llevaría a la biblioteca hasta la plaza del Ayuntamiento, 2, en la llamada Torre de los Lujares.

Desde 1819, gracias a una Real Orden, se le entregó un ejemplar de todo lo que se publicaba, y así los fondos aumentaron y se enriquecieron de manera notable. Más tarde, se realizó un informe sobre el estado en el que se hallaba la biblioteca, y se creó un reglamento, que sería ampliado y mejorado por Juan Catalina García en 1878, con un Inventario de los fondos.

El trabajo de Catalina García daba cuenta de casi siete mil volúmenes y cerca de seis mil folletos, dedicados fundamentalmente a agricultura, artes “útiles”, industria y comercio, además de las publicaciones de la Sociedad Económica. Entre los títulos destacan la *Bibliotheca Vetus et Nova* de Nicolás Antonio (edición de 1788), la *Historia Civil... de Cuba* de La Sagra, la *España Sagrada* de Flórez, la *Enciclopedia* francesa, y el libro sobre agricultura de Herrera, entre otros.

En 1895 la biblioteca se incorporó al Cuerpo de Archiveros y Bibliotecarios y fue declarada un año más tarde de servicio público por el Ministerio de Fomento. A principios del nuevo siglo, el bibliotecario Juan Pío Catalina dejó terminados los Catálogos de Materias con unas cinco mil obras, y publicó la *Introducción a los Apuntes para el Catálogo del Archivo de la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País*.

A partir de los años treinta se perdió todo rastro de la biblioteca, que pasó a ser un almacén de libros amontonados, hasta que



José Alonso de Arce,
Dificultades vencidas (1735)

con el bicentenario de la Sociedad Económica, en 1975, se encargó la elaboración de un nuevo Catálogo de todo lo amontonado y abandonado a la bibliotecaria María del Pilar Mur Rengifo.

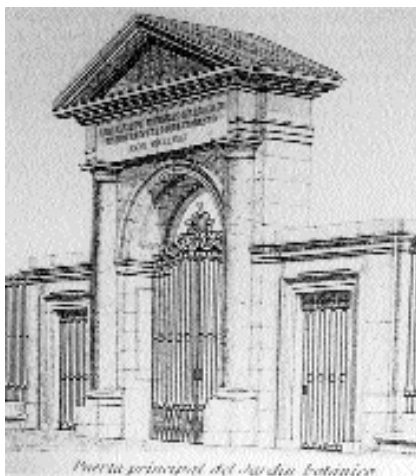
Hoy la biblioteca ha aumentado su espacio y los libros están fichados y catalogados. Su mayor riqueza está en las colecciones legislativas y en las de agricultura, donde destaca la obra de Herrera, cuya primera edición ha sido restaurada. En cuanto a la Historia de España sobresalen los libros de los siglos XVIII y XIX.

Biblioteca del Real Jardín Botánico

El Real Jardín Botánico, en su actual emplazamiento del paseo del Prado, fue inaugurado por Carlos III en 1781. Antes, desde 1755, Fernando VI estableció en el Soto de Migas Calientes, cerca del Palacio de la Moncloa, el primer Jardín Botánico. Este fue una donación de Luis de Riqueur a la Corona; en él se cultivaban diversas plantas y estudiosos como José Quer impartían clases de botánica.

Fue en 1774 cuando, considerando lo alejado del emplazamiento y que debía ser un instrumento útil, se decidió trasladarlo al paseo del Prado, cerca del Gabinete de Historia Natural, que se encontraba en el segundo piso del palacio ocupado por la Real Academia de Bellas Artes, y de otros centros culturales. Por entonces se pensaba trasladar el Gabinete al futuro Museo del Prado y acercar así varias instituciones culturales.

Los planos del Real Jardín Botánico corrieron a cargo de los arquitectos Sabatini, Antonio Berete y Villanueva, y su primer director



Puerta principal del Jardín Botánico



Paseo frente al Jardín Botánico. Paret y Alcázar (Museo del Prado)

fue Casimiro Gómez Ortega, experto botánico. Otros científicos que trabajaron en el Jardín fueron Cavanilles, Zea y Lagasca. Aunque se inauguró en 1781, como se ha señalado, las obras y el cierre de la verja del Jardín continuaron hasta finales de siglo.

Los fondos de su biblioteca y el aumento del número de plantas se beneficiaron de las expediciones que se hicieron a América a lo largo de los siglos XVIII y XIX, teniendo un crecimiento especial durante los años en que fue su director Cavanilles.

Como para otras instituciones, en esta accidentada historia de los centros culturales madrileños, la Guerra de la Independencia supuso un freno en las actividades del Jardín Botánico; freno que perduró hasta bien entrado el siglo XIX. Fue en su segunda mitad cuando, gracias a una serie de inversiones, se pudieron adquirir sistemas de calefacción y riego, se construyó un nuevo invernadero y se hicieron diversas reformas. Entre ellas, la instalación de un zoológico que, finalmente, fue trasladado al Retiro.

La extensión del Real Jardín Botánico era mucho mayor de la que tiene hoy: incluía los terrenos hasta el Ministerio de Agricultura, que se cedieron a finales del XIX para la construcción del que entonces fue Ministerio de Fomento. Como señalan los his-



Permiso de entrada en el Real Jardín Botánico. 1831

toridores del centro, las desgracias se han acumulado sobre esta institución, que, además de perder terreno y materiales, por el efecto devastador de ciclones y talas para construir la Cuesta de Mollano, padeció también los desastres de la última Guerra Civil.

El Real Jardín Botánico pertenece al Consejo Superior de Investigaciones Científicas desde la creación de éste en 1939. Su biblioteca tiene un fondo de más de veintitrés mil volúmenes, casi seiscientos libros de fondo antiguo, alrededor de dos mil publicaciones periódicas, tres incunables, más de tres mil quinientos mapas y planos y un alto número de folletos y microfichas. Posee además algunos fondos especiales, como el formado por las cinco mil láminas de José Celestino Mutis y otros que son resultado de distintas expediciones científicas.

Biblioteca del Observatorio Astronómico

El Observatorio Astronómico de Madrid fue construido en el siglo XVIII por el arquitecto Juan de Villanueva —el mismo que diseñó el Museo del Prado y el Jardín Botánico, entre otros des-



El Observatorio convertido en polvorín durante la Guerra de 1808.
Tomado de los *Souvenirs pittoresques. Campagne d'Espagne*, de Bacler d'Albe

tacados edificios de Madrid—. El Observatorio se encuentra enclavado en un promontorio natural que remata el Parque del Retiro por su flanco sur. A toda aquella zona, durante un tiempo, se la llamó “colina de las ciencias”.

Carlos III, a instancias del marino y científico Jorge Juan, mandó construir el Observatorio, para dedicarlo al estudio de las estrellas; en la Corte española se echaba en falta una institución como aquella, que ya existía en otras naciones europeas y en Cádiz. El edificio, de reducidas dimensiones pero robusto, posee una planta de cruz griega, con su fachada principal orientada al sur, en la que se diseñó una puerta de estilo neoclásico y una escalera, ambas enterradas desde la Guerra Civil, y que se han recuperado.

Tras la escalera, está el acceso al pórtico del Observatorio, con diez columnas de piedra con capiteles corintios de piedra caliza, más cuatro pilastras igualmente ornamentadas. Encima se encuentra un templete de estilo jónico, coronado por una cúpula. Por problemas económicos el proyecto de Villanueva no se terminó hasta 1790, pero las obras continuaban aún en 1802, sufriendo nuevos retrasos des-



El Real Observatorio. Isidro González Velázquez



El Real Observatorio desde el Olivar de Atocha. J. Laurent

pués, esta vez a causa de la ocupación napoleónica, que se dejó notar de forma excepcional en los edificios que existían en el Retiro. Las obras terminaron en 1846, cuando Gutiérrez Arintero y Pascual i Colomer culminaron la edificación.

En su interior se encuentran un péndulo de Foucault, que cuelga de la bóveda central, un gran número de aparatos astronómicos, el telescopio de Herschell, uno de los más antiguos del mundo, y la biblioteca.

La biblioteca, cuyos estantes y escaleras de caracol fueron labrados en maderas nobles en el XVIII, cuenta con diez mil volúmenes y es uno de los pilares del Instituto Geográfico, del que depende para reactivar la actividad investigadora del centro, organizando seminarios, conferencias, exploraciones e iniciativas de impulso cultural.

Biblioteca del Museo Naval

Los orígenes de este museo se remontan a los años de 1792, cuando Antonio de Valdés, Secretario de Marina de Carlos IV, que había llevado a cabo numerosas mejoras en la Armada, consiguió el Real Decreto de su fundación. En éste, desde las primeras líneas, se hacía referencia a la biblioteca:

El Rey tiene resuelto hacer en la nueva población de San Carlos un Museo de Marina que, a más de la Biblioteca general, reúna todas las ciencias naturales que son necesarias para la completa instrucción del Cuerpo de la Armada y consiguiente utilidad de ella.

Se destinaba una importante partida para comprar libros, mapas y otros materiales necesarios para la biblioteca especializada. Para adquirir lo más nuevo en ese campo



Antonio Gil de Zárate, Primer Comisario Regio del Observatorio (Legrand y Bachiller)



El Observatorio. *Historia de la Villa y Corte de Madrid*, Amador de los Ríos

en Inglaterra y Francia se comisionó al capitán de navío Mendoza y Ríos; para recoger los manuscritos referidos a la historia de la Marina, que se encontraban en los archivos españoles, los enviados fueron Fernández de Navarrete, José de Vargas Ponce y Sanz de Barutell, destacados eruditos.

La guerra de 1808 abortó el proyecto, pasando todos los libros adquiridos hasta el estallido de la contienda al Depósito Hidrográfico, y los instrumentos científicos al Observatorio de la Marina, sito en Cádiz. No fue hasta 1842 cuando se recuperó la idea del Museo, pero la biblioteca de Marina siguió en el Depósito Hidrográfico, del que era director Fernández de Navarrete. El Museo se inauguró en 1843 en el Palacio de los Consejos, pasó luego a la ahora desaparecida Casa del Platero en la plaza de la Armería del Palacio Real, en 1850 se instaló en el Palacio de los Ministerios, junto al actual Senado, y en 1932 en su actual emplazamiento en el edificio del paseo de Recoletos, donde está el Cuartel General de la Marina.

La biblioteca alcanza los doce mil volúmenes, posee más de dos mil quinientos manuscritos, seis incunables, cinco mil mapas y planos e importantes documentos que pertenecieron a los marinos Vargas Pon-



Biblioteca del Observatorio

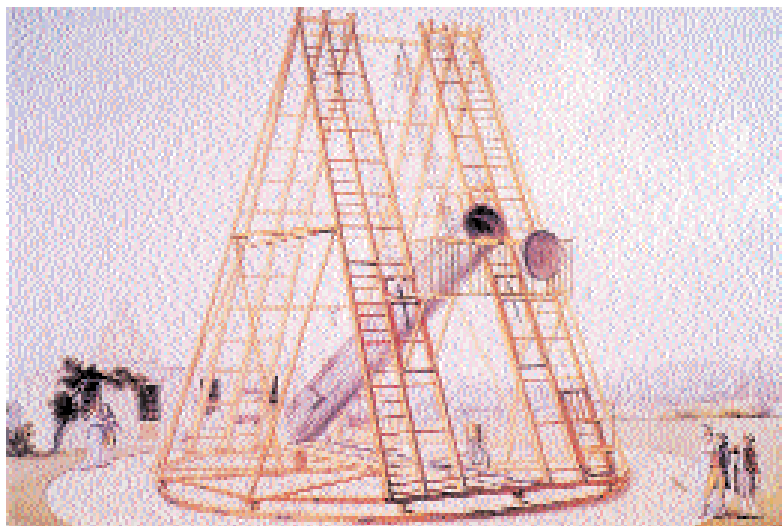


**Panorámica de Atocha desde el Observatorio, 1857.
J.M. Sánchez (Biblioteca Nacional de Madrid)**

ce, Fernández de Navarrete, Sanz de Barutell y Zalvide y Vázquez Figueroa, además de otros testimonios imprescindibles para conocer y estudiar la historia de la Marina española. Junto a ellos hay también instrumentos de navegación y objetos propios del mundo mariner. Posee libros de Juan Hispalense, Ptolomeo y Sacrobosco, impresos en Venecia a finales del siglo XV, un ejemplar del *Astronomicum Caesarum* de Pedro Apiano, de 1540, tablas astronómicas de los siglos XIII en adelante, itinerarios de navegación como el de Escalante de Mendoza, cartas náuticas como la de Juan de la Cosa y otros valiosos testimonios que dan luz sobre la evolución del arte de navegar.

Biblioteca del Depósito Hidrográfico

Su existencia estuvo vinculada a la del Museo Naval. La necesidad de tener fiables cartas de navegación y adecuados instrumentos para describir los caracteres físicos del mar volvió a ponerse de relieve durante el siglo XVIII, cuando se realizaron importantes



**Telescopio Herschel de 25 pies de longitud focal
construido para el Observatorio de Madrid por W. Herschel**

viajes científicos. Jorge Juan, Tofiño, Malaspina, Churruca, Espinosa y Tello, Alcalá Galiano hicieron valiosas aportaciones, apoyados por la Corona, que veía el desarrollo de la Hidrografía como un arma política y militar. Como en el caso del Museo Naval, fue el ministro de Marina Antonio Valdés quien apoyó la creación de un centro en el que se almacenaran las cartas y las nuevas descripciones náuticas. Ese centro se fundó en 1788 en la calle de la Ballesta, donde se centralizó el trabajo para realizar y editar el Atlas Marítimo de España, en el que colaboraron Vargas Ponce, Tofiño, Fernández de Navarrete y Espinosa y Tello. Los dos últimos llegarían a ser directores del Depósito, que se fundó con tal nombre en 1797 y se trasladó en 1804 a la calle de Alcalá.

El Depósito Hidrográfico contaba con presupuesto propio. Hasta el estallido de la Guerra de la Independencia fue una institución ejemplar, con buenos colaboradores, publicaciones propias, relacionada con centros similares extranjeros y con una biblioteca especializada. En 1809 su fondo bibliográfico superaba los seis mil volúmenes, además de poseer manuscritos y casi dos mil mapas y cartas de navegación.

Durante el reinado de José I, su director, Espinosa y Tello, pasó a Cádiz al no querer colaborar con el gobierno afrancesado. Acabada la guerra, como en otros casos, se normalizó la marcha de la institución. A Espinosa le sucedieron Felipe Bauzá, Navarrete y otros. Fernández de Navarrete había sido uno de sus fundadores y sustituyó a Bauzá en 1823, cuando éste hubo de exiliarse como consecuencia de la represión fernandina.



Telescopio de Rodríguez y Fernández (1790), en el Observatorio

Martín Fernández de Navarrete, que había estado desde los tiempos del ministro Valdés en la dirección y organización del Ministerio de Marina y de sus instituciones culturales, dirigió el Depósito Hidrográfico hasta su muerte en 1844. Desde ese centro, pero también desde la Academia de la Historia y desde la Española (de la que era bibliotecario al morir y en cuya sede de la calle de Valverde falleció), llevó a cabo su ingente e importante labor de erudición e historia de la Marina española.

La biblioteca del Depósito continuó creciendo, sobre todo en mapas y cartas de navegación. Sus fondos bibliográficos pasaron al Museo Naval en 1932, cuando desapareció el Depósito.



**Instrumento de F. Lorenzo (1804),
en el Observatorio**

Biblioteca del Museo del Prado

La historia de esta biblioteca, como en otros casos, es la de la institución a la que sirve. Las obras para construir este palacio,



**Real Museo de Pintura
y Escultura**

que en principio iba a acoger la Academia de Ciencias y más tarde la misma Biblioteca Real, para acabar siendo sede del museo de pinturas, comenzaron a finales del siglo XVIII.

En principio, el edificio tendría capacidad para que en él se instalaran el Jardín Botánico, el Gabinete de Historia Natural, los Laboratorios de Química, la Real Escuela de Mineralogía, el Real Gabinete de Máquinas y el Observatorio Astronómico.

Fue el ministro Urquijo quien planteó la iniciativa de crear una pinacoteca en Madrid utilizando el palacio que se construía en el paseo de Recoletos; iniciativa que reiteró mientras estuvo al servicio del rey José. Tras el regreso de Fernando VII, y una vez restaurados los desperfectos que sufrió durante la guerra, se volvió a pensar en utilizar el edificio como centro de Ciencias y Artes, pero se adoptó como museo de pinturas.

De su biblioteca, sin embargo, no se tienen noticias concretas hasta 1868, aunque parece que un núcleo bibliográfico venía existiendo desde antes. En la actualidad, la biblioteca es un centro de trabajo especializado en libros de arte, iconografía, dibujo y catálogos de exposiciones. El número de publicaciones supera los cuarenta y cinco mil volúmenes, de los cuales más de mil son fondo antiguo de los siglos XVI a XVIII. Las publicaciones aumentan gracias a la compra y el intercambio con otras instituciones. La sede de la biblioteca está en el edificio que el Museo tiene en la calle de Ruiz de Alarcón, 23.



**Copiando en el Museo del Prado
(Universidad de Navarra)**

Biblioteca del Real Conservatorio Superior de Música

El Real Conservatorio, llamado entonces de María Cristina, se funda en 1830. Los historiadores suelen comentar que fue una iniciativa de la reina María Cristina, del mismo modo que Fernando VII, para emularla, creó en Sevilla la Escuela de Tauromaquia.

Su primer director fue Francesco Piermarini, siguiendo la tradición europea que colocaba la música italiana por encima de las otras, aunque aquí se vio como un rechazo de la música nacional, lo que habría que encuadrar en el panorama romántico nacionalista de la época. Del mismo modo que otras instituciones, como el Liceo Artístico y Musical (con el que compitió en las clases de música) tenía un cuerpo directivo formado por lo más destacado de la sociedad, el Real Conservatorio tuvo lo que se llamó “socios protectores”, que pertenecían a la aristocracia, a la milicia y a los cuerpos políticos. Se daba así distinción al Conservatorio que, durante muchos años, no consiguió ser un centro



Museo del Prado, 1857. Charles Clifford

educativo y sí social. Se ponía así de relieve, además, su fuerte vinculación con la Corte, que festejaba en él, con composiciones a propósito, los natalicios y demás celebraciones de la familia real.

Según el Reglamento del Conservatorio, con su fundación se quería dar un empuje a la enseñanza musical española y dejar de depender de centros extranjeros. Los alumnos estaban en régimen externo e interno y pronto se amplió la enseñanza a la Declamación teatral. Por las aulas del Conservatorio pasaron como profesores los más destacados músicos de cada momento: desde Joaquín Virués, Ramón Carnicer, Baltasar Saldoni, hasta Pedro Albéniz y otros, ya adentrado el siglo XX.

La marcha del centro fue accidentada, como la de casi todas las instituciones culturales. Pero las guerras y los problemas presupuestarios se dejaban sentir más en este lugar que en otros: por ejemplo, no llegaban los sueldos, y en 1852 debieron abandonar su sede en el Teatro Real y no sería la primera vez que el Conservatorio peregrinara por Madrid: en los años veinte, con el Teatro Real amenazando ruina, volvieron a deambular por la capital —teatro María Guerrero, edificio de los Luises en la calle de Zorrilla, bajos de la Biblioteca Nacional durante la última guerra— hasta que en los cuarenta se compró el palacio de los Bauer en la calle de San Bernardo. Al salir la primera vez del Teatro Real, el centro consiguió independizarse de la Corte.

Desde sus comienzos, se quiso que la biblioteca fuera el archivo nacional de la música, pero la idea se frustró por falta de continuidad, lo mismo que el proyectado museo de



**Infanta Isabel de Borbón, "La Chata", 1884.
F. Debas (Col. Beltrán de Heredia)**

instrumentos. Sin embargo, algunas aportaciones importantes recibió a lo largo de su historia: donaciones de la viuda de Inzenga, de Jesús de Monasterio, de Pedrel y de Mitjana, de Tomás Bretón, de diferentes editores, de la Sociedad General de Autores, de la Academia de San Fernando, de Turina, de Antonio Romero, Casimiro Martín, Peña y Goñi, Mariano Soriano y otros. En 1884 se compró la biblioteca Masarnau. Quien más impulso dio a la biblioteca fue Tomás Bretón, mientras ejerció como director. En ese tiempo, y durante muchos años desde 1915 hasta su jubilación en 1956, el bibliotecario fue Domingo Julio Gómez, del Cuerpo de Facultativos. Entonces se recibieron donaciones de músicos y de editores de música, como Zimmermann y Scuff y de la casa Noël de París. El primer nombramiento de bibliotecario recayó sobre el compositor Eusebio Ruiz, que redactó el catálogo; en 1885 lo fue Pedro Fontanilla.

La vida del Real Conservatorio ha sido mucho más accidentada que la de otras instituciones, y no sólo porque haya cambiado de sede a menudo: el hecho de ser una institución dedicada a la música, algo improductivo y caro, la convertía en el primer chivo expiatorio de los recortes presupuestarios.



Puerta de San Vicente, h. 1816. Anónimo (Museo Municipal de Madrid)

El Real Conservatorio, que estuvo en el edificio del Teatro Real, pasó a su actual emplazamiento en la calle del doctor Mata, junto al Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía. Guarda unos doce mil manuscritos, treinta mil libros, ciento cincuenta mil partituras y veinte mil registros sonoros. Autógrafos de Albéniz, Rossini, Boccherini y otros.

Biblioteca de Cortes.

Biblioteca del Congreso de los Diputados

La biblioteca del Congreso de los Diputados tiene su origen en la Biblioteca de Cortes, nacida en enero de 1811, durante las Cortes de Cádiz. La Biblioteca de Cortes desapareció en 1838, en parte por razones económicas, pero sobre todo como represalia contra su bibliotecario, Bartolomé José Gallardo. Fue en 1841 cuando surgió la del Congreso, y en 1846, la del Senado, ambas derivadas de la de Cortes.



Oratorio y convento del Espíritu Santo (Museo Municipal de Madrid)

Ésta, que en principio se formó con fondos de las bibliotecas de los reales colegios de Marina, Medicina y Cirugía, tuvo las características de su director, antes bibliófilo que bibliotecario. Como ya se ha señalado al hablar de la Biblioteca Nacional, Gallardo añadió a esta biblioteca los libros de franceses y de afrancesados, de los conventos y librerías privadas destruidos o confiscados, de la Biblioteca Real, etc., teniendo que devolver casi todos al terminar la Guerra en 1814 (y lo mismo sucederá en 1823, al término del Trienio Liberal).

Como las Cortes no tenían espacio para la biblioteca, ésta se encontraba repartida por diversos edificios, más bien almacenada que catalogada. Gallardo, que redactó un Reglamento de uso de la Biblioteca y perseguía el logro de una red de bibliotecas públicas (que sólo se alcanzaría tras la revolución de 1868), se encontraba solo, sin ayudante de ningún tipo, lo que en parte explicaría, además de por su bibliomanía, el que se entretuviera más en anotar textos que en hacer su catálogo. Por otro lado, hubo bastantes dificultades para recoger todos los libros que se deseaban y para dotarla de presupuesto y sueldos.

Cuando llegó el año 1813, las Cortes y su biblioteca pasaron a Madrid, reanundándose las sesiones en enero del año siguiente en el teatro de los Caños del Peral. Gallardo pensaba, y lo consiguió temporalmente, ser director de la Biblioteca, asimilando además los fondos de la Real, que debía desaparecer. Pero entonces, asentadas ya las Cortes en el convento de doña María de Aragón, Fernando VII volvía a España y al absolutismo, arrestaba a los diputados que no habían podido escapar y Gallardo huía a Inglaterra, junto con otros liberales.

La Biblioteca de Cortes volvió a existir durante el Trienio Liberal y entre 1834-1838, en esos años retornó Gallardo a la dirección de la biblioteca.

En 1820 se acumuló cuanta bibliografía legislativa se pudo con vistas a redactar los nuevos códigos y se recibió una donación significativa, la del diputado Fernando Navarro, que era presidente de la Comisión de la Biblioteca. Se aumentaron sus fondos con colecciones importantes, que en 1823 fueron saqueadas y dispersas. Esta vez, Gallardo permaneció en España, padeciendo persecución. Pero en 1833 moría Fernando VII y al año siguiente se abría una nueva etapa constitucional, convocándose Cortes. Gallardo volvía a ser nombrado bibliotecario.



**Estamento de Procuradores, antiguo convento del Espíritu Santo
(Museo Municipal de Madrid)**

Fue entonces, en 1837, cuando el extremeño estuvo a punto de anular la Biblioteca Real, para subsumirla en la Nacional de Cortes, pero durante ese año y el siguiente Gallardo recibió una serie de ataques, dirigidos por su viejo enemigo Javier de Burgos, que darían como resultado la supresión de la Biblioteca de Cortes. Se argumentaba entre otras cosas, por algunos diputados, que lo que se necesitaba era un archivo y no una biblioteca, y que había que hacer economías. Por otra parte, si se querían libros, allí estaban la Biblioteca Nacional, la de San Isidro y otras. A la vez, aunque desde 1811 la de Cortes era biblioteca pública, se objetaba que esta condición no se cumplía; lo cual era lógico, si se piensa que ni había personal para ordenarla y catalogarla, ni local a ella destinado.

El debate sobre la supresión de la Biblioteca fue duro y los argumentos se agruparon en torno a dos posturas: la de los partidarios de mantener la Nacional y mejorarla con los fondos de la de Cortes, con el consiguiente ahorro; y la contraria, favorable a mantenerla, entendida como instrumento de trabajo.

Finalmente venció la primera postura, decidiéndose la supresión en marzo de 1838. Sus fondos, procedentes de Cádiz, de los jesuitas, la colección Salazar, los de los conventos, los de la biblioteca del infante don Carlos, pasaron a la Nacional, a la Academia de la Historia y al palacio de doña María de Aragón, donde se reunía el Estamento de Próceres (especie de “Cámara Alta”).

Es entonces, desaparecido Gallardo, cuando se da el proceso inverso, valorando la existencia de bibliotecas en corporaciones, pues se concluye que es imposible ser escritor ni político sin tener los libros cerca. El senador Diego Medrano llevó adelante una campaña en favor de esta idea, con la intención de que el Senado tuviera su propia biblioteca. Por su parte, los diputados, que ya se encontraban en 1850 en el nuevo edificio de la Carrera de San Jerónimo, tras derribarse la antigua iglesia del Espíritu Santo, convenían también en la necesidad de tener una biblioteca.

Las obras habían comenzado en 1842, dirigidas por el arquitecto Narciso Pascual i Colomer. De manera que en 1850 se puso en marcha la Biblioteca del Congreso de los Diputados, publicándose en 1857 el primer catálogo. A partir de ese momento, la biblioteca fue creciendo. Si en 1857 tenía unas setecientas cincuenta entradas, en 1862 alcanzaba las mil trescientas, para superar las mil quinientas en 1867. Manuel Fernández Martín publicaba en 1877 un nuevo catálogo, en el que los fondos llegaban a los cinco mil títulos en casi doce mil volúmenes.

La biblioteca recibió algunas donaciones de valor, como parte de las librerías de Andrés Borrego y de Fernández de los Ríos. Estas donaciones hicieron que el espacio fuese insuficiente y en



Bartolomé José Gallardo

1885 se llevó a cabo la reforma y ampliación dirigida por el arquitecto Arturo Mélida. En los años sucesivos, nuevos catálogos y duplicación del crecimiento.

Durante esta etapa la Biblioteca y el Archivo habían estado juntos, pero en 1905 se separaron ambas dependencias. El paso de un siglo a otro parece haber sido una época de poca actividad bibliotecaria, de la que se sale hacia 1914, en que se redacta un nuevo catálogo. Aprovechando la separación de biblioteca y archivo, se hicieron algunas reformas y se pintó el techo de la sala. Por

entonces fueron bibliotecarios Manuel Sánchez de las Matas, Manuel Núñez de Arenas y José Ortiz de Burgos, que reorganizó la biblioteca y dio un impulso a su adormecida existencia.

A comienzos de la década de 1930, en 1933 y siendo Presidente del Congreso Julián Besteiro, se cedió a la Hemeroteca Municipal de Madrid la completa colección de periódicos, nacionales y extranjeros, que se había formado. Durante la Guerra Civil y la subsiguiente postguerra, la biblioteca no sufrió traslados ni pérdidas, aunque, como era obligado, interrumpió sus actividades. En 1971 se operó otra significativa reforma.

En la actualidad la Biblioteca no alcanza los ciento cincuenta mil volúmenes, teniendo, como se desprende del relato de su historia, especial peso lo producido durante el siglo XIX, aunque algunas obras de los siglos XV y XVI aumentan el valor de sus colecciones.



El Congreso en 1864.
Historia de la Villa y Corte de Madrid.
Amador de los Ríos

Biblioteca del Senado

Esta Biblioteca es un derivación, como la del Congreso, de la de Cortes. Al suprimirse ésta en 1838, parte de sus fondos, en concreto la biblioteca del infante don Carlos, exiliado en Portugal desde 1833, permaneció en el edificio donde habían sido depositados, el palacio del Senado, y esos son los fondos más antiguos de la Biblioteca.

En 1836 se terminaron las obras de habilitación del convento de doña María de Aragón, y en 1840 se hicieron los arreglos para instalar la biblioteca, siendo presidente el marqués de Viluma, que encargó al senador Diego Medrano que llevara a cabo el plan de reformas, adorno y ordenación. Se colocaron bustos de españoles célebres, decorando las salas como en la Nacional, y siguiendo la tradición reseñada al historiar la biblioteca del Escorial. La del Senado creció a buen ritmo, ampliándose sus locales en 1857 y en 1882, reforma que dirigió el marqués de Barzanallana, construyendo una biblioteca en el piso bajo de la casa, cuando ya existía otra en el alto. La biblioteca tuvo para los senadores gran importancia, como demuestra el cuidado en su decoración, ampliación y acumulación de fondos.



Carrera de San Jerónimo, 1853. Ch. Clifford (Biblioteca Nacional de Madrid)

En 1851 se publicó el primer catálogo y de esas fechas es el primer reglamento de la biblioteca. Se abría durante las sesiones y todos los días no festivos de once a tres en invierno, y de diez a dos en verano. Los libros no se podían sacar del Palacio sin una orden explícita. El crecimiento de sus fondos hizo que parte se depositara en diversos almacenes. Importantes fueron algunas donaciones, como la de Ángel Fernández de los Ríos, que dejó parte de su biblioteca al Senado, pero también al Congreso, como se ha tenido oportunidad de ver. En 1881 pasaron cuatrocientos setenta y nueve volúmenes, trescientas cuarenta y siete obras de interés político y literario.

En 1883 se ponía a la venta la biblioteca del duque de Osuna y una comisión formada entre otros por Pascual de Gayangos, Víctor Balaguer y Menéndez Pelayo informó de su valor —comprendía obras del marqués de Santillana y otras raras, además de mil quinientos manuscritos—. La operación se saldó en 1884 con un coste de novecientas mil pesetas, incluidas las estanterías. En 1906 pasó la biblioteca del general Gómez Arce al Senado, más tarde la del senador y académico de la Historia Eduardo de Hinojosa. Otras fueron la de José Gómez de la Cortina y Pascual Gayangos, ésta solo parcialmente, pues el grueso se encuentra en la Biblioteca Nacional.



Plaza de las Cortes

De todos estos fondos se han ido haciendo catálogos, el último en 1974. La biblioteca del Senado ha sufrido las vicisitudes de la institución a la que pertenece. Así, al establecerse la Dictadura de Primo de Rivera, se cerró, como también estuvo cerrada después de la Guerra de 1936-39. En 1977, Senado y biblioteca volvieron a abrirse, colocándose y ordenando los libros, que habían quedado amontonados, tras las obras que se realizaron en 1960. Desde 1939 la biblioteca estuvo custodiada por el Instituto de Estudios Políticos, instalado en el edificio de la plaza de la Marina.

Biblioteca del Ateneo Científico, Artístico y Literario

El Ateneo de Madrid lo creó en 1835, con el apoyo de la reina M^a Cristina, un grupo de intelectuales, entre los que figuraban Mesonero Romanos, Salustiano de Olózaga, Roca de Togores y Martínez de la Rosa, fundándose la biblioteca en 1837. Su primer bibliotecario fue *El Curioso Parlante*, que redactó el catálogo, con comentarios suyos. El segundo, de 1873, es obra de Moreno Nieto. En el momento de su fundación el gobierno ordenó que pasaran a la biblioteca del Ateneo todas las publicaciones de la Imprenta Nacional y los ejemplares duplicados tras fundirse la Biblioteca de las Cortes, la Nacional y las de los conventos suprimidos.

En la actualidad, y desde 1884, se encuentra en la calle del Prado, aunque pasó antes por otras sedes como la de la calle de la Montera, si bien su lugar de nacimiento fue precisamente en la primera de ellas, aunque en un palacio que se encontraba más abajo, haciendo esquina con la calle de San Agustín.



Biblioteca del Congreso de los Diputados, h. 1890. J. Lacoste (Archivo Espasa-Calpe)

Desde el punto de vista bibliotecario, es importante el material que guarda del siglo XIX. Desde el punto de vista de la Historia, hay que destacar que el Ateneo y su biblioteca aunaron durante generaciones y hasta la Guerra de 1936 a intelectuales, políticos y escritores, siendo un crisol donde se han fraguado reformas políticas e importantes obras literarias. Por él pasaron Juan Valera, Menéndez Pelayo, Manuel Cañete, Pérez Galdós, Azaña y muchos otros que figuran en su galería de retratos.

Nació la institución como un centro de enseñanza, de ahí la creación de sus cátedras, pero también como lugar de tertulia y sociabilidad, por lo que la herencia dieciochesca de las Sociedades de Amigos del País fue señalada por sus primeros historiadores. Su biblioteca, en la que se recibían periódicos de distintos países y novedades bibliográficas extranjeras, fue una de las mejor surtidas en libros modernos, necesidad muy sentida pues era falta grande de la Biblioteca Nacional. Su dirección liberal y su apertura a debates de carácter político lo convertían en centro de difusión de novedades ideológicas y religiosas, que conoció sus peores días durante el franquismo.



Biblioteca del Congreso. Sala de lectura

Además de las dieciochescas Sociedades de Amigos del País y de las Sociedades Patrióticas, el Ateneo Científico, Literario y Artístico es descendiente del llamado Ateneo Español, creado en Madrid en mayo de 1820. No se sabe si este Ateneo liberal tenía biblioteca, aunque cabe pensar que sí, pues en 1835, al crearse el Científico, Literario y Artístico, a él pasaron libros y enseres del desaparecido, por liberal, Ateneo.

Su biblioteca fue creciendo a medida que el centro se cambiaba de domicilio, de lo que da cuenta Ramón de Mesonero Romanos, que, como se comentó ya, fue durante algún tiempo su bibliotecario, y otros como Rafael de Labra, su primer historiador. Compras, donaciones, suscripciones, han hecho de su biblioteca uno de los centros de consulta más visitados, a lo que no es ajeno el excelente horario: de nueve de la mañana a medianoche, si bien durante mucho tiempo permaneció abierta hasta las dos de la madrugada. A sus salones de lectura acudieron —y no había límite en el número de peticiones— Ganivet, Campoamor, Joaquín Costa, Cotarelo y Mori, Pardo Bazán, Azorín, Pedro de Répide, Francos



Sala de lectura de la Biblioteca del Senado

Rodríguez, Canalejas, Romanones, Unamuno, cuantos en el paso del XIX al XX han dado peso a la cultura y a la política españolas. Y no sólo eso, también dirigieron la institución políticos y literatos importantes que, al tiempo, gobernaban el Estado.

Cuando a comienzos de siglo eran presidente Segismundo Moret y bibliotecario el conde las Navas, que también lo fue de Palacio, éste consideró oportuna una reforma de la biblioteca, que se llevó a cabo en 1906, aumentando la adquisición de libros, reformando los catálogos y ampliando locales. En ese año contaba la biblioteca con cuarenta mil volúmenes; en 1909, se catalogaron más de cuarenta y dos mil, pero se hacía notar la falta de bibliografía científica y el mayor peso de libros de historia, derecho y humanidades.

Si con el paso del tiempo la función y el peso del Ateneo ha disminuido en la sociedad, es cierto que su biblioteca ha seguido manteniendo su importancia fundamental. Además de los ya citados, bibliotecarios suyos han sido personajes como Campoamor, Jacinto Octavio Picón, Julián Juderías, Pérez de Ayala y Díez Canedo.

Biblioteca del Casino de Madrid

De los orígenes de esta institución se tienen pocas noticias. Ramón de Mesonero Romanos y Fernández de Córdova hacen algunas menciones de ella en sus respectivas memorias biográficas, lo que permite suponer, como principios del Casino, las reuniones de un grupo de amigos que tenían lugar entre 1836 y 1837 en una sala alquilada en el café Sólito, que se encontraba en la calle del Príncipe. Estos amigos eran Carlos Latorre, Fernando Fernández de la Peña, Fernando Benavides y el duque de Osuna. Allí, como primera acción del Casino, se suscribieron a varios periódicos.

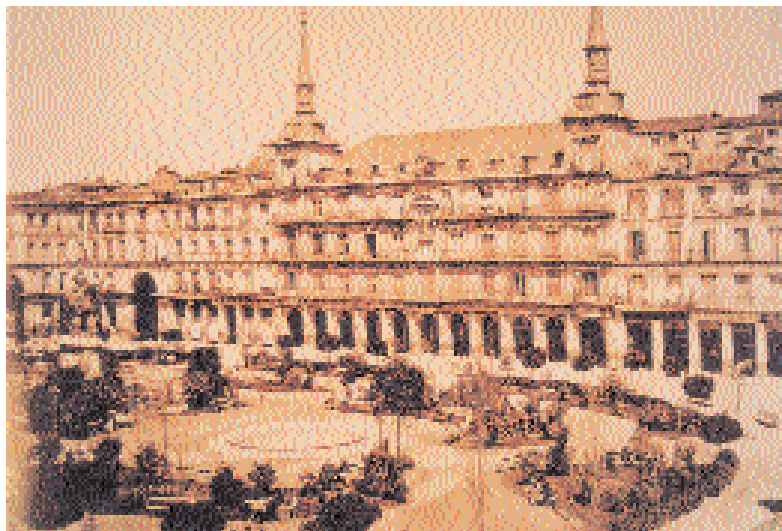
De la misma forma que otros centros, como el Ateneo, las Reales Academias o la misma Biblioteca Nacional, el Casino tuvo una vida itinerante hasta encontrar su sede estable. El aumento de socios obligó a que en 1840 se trasladaran, en la misma calle del Príncipe, al lado del local donde luego se levantaría el teatro de la Comedia. El Casino, que por esas fechas se llamada del Príncipe, por la calle, en 1848 volvió a

moverse, esta vez a la Carrera de San Jerónimo, en la casa del marqués de Santiago, donde se inauguró el café de la Iberia. Un nuevo traslado acaeció en 1880, ocupando el edificio del café Suizo, donde más tarde se levantó el Banco de Bilbao, en la calle de Sevilla, y otro en 1891, al palacio de “La Equitativa”, hasta 1910.

Fue en 1905 cuando comenzaron las obras del palacio en el que se encuentra en la actualidad, en la calle de Alcalá, que terminaron en 1910. El Casino era ya “de Madrid”, desde 1878. A él pertenecieron Natalio Rivas, Antonio Alcalá Galiano, el conde de Mon-



Manuel Azaña, 1932.
Portillo (Col. José Luis Mur)



Plaza Mayor, 1865. J. Laurent (Museo Municipal de Madrid)

tijo, Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, Luis de Hoyos Sainz, José Lladó, Julio Burell, Eusebio Blasco, Octavio Picón, el general Sanjurjo, Leonardo Torres Quevedo, Amado Nervo, Julio Romero de Torres, José Ortega Munilla, “Andrenio”, Juan Valera, Alberto Aguilera, Echegaray, Benlliure, el conde de Romanones y otros.

La biblioteca de este centro tenía ya importancia y era muy rica cuando se instaló el casino en el edificio de “La Equitativa”, como se deduce, entre otras cosas, de que Canalejas, que no era socio, acudiera con relativa frecuencia a ella. Su ambiente tranquilo y concentrado facilitaba el trabajo, a diferencia de lo que sucedía en el Ateneo, donde, con un buena biblioteca a la que asistían importantes hombres de cultura, el entorno era más bien político y dialéctico, bullidor y polémico.

En 1885, su director, Eduardo Chao, publicó el primer catálogo, al que siguió otro en 1896, esta vez por José del Noval. Natalio Rivas, que pertenecía al Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, fue bibliotecario desde 1905, nombrado tras pasar el correspondiente concurso; organizó la biblioteca e hizo el catálogo alfabético. Abandonó su tarea en 1910, al pasar a la Biblioteca del Palacio Real. Más tarde sería director del Archivo Histórico Nacional. Los bibliotecarios que sustituyeron a Rivas desempeñaron una celosa labor en pro de la biblioteca, modernizándola y propiciando su crecimiento.

Como lugar de esparcimiento, en su fondo predominan las obras literarias, a las que siguen las de historia, viajes y arte. Las de referencia y las de carácter científico, considerables, tienen menos importancia. En 1944 la biblioteca ocupaba dos salones y una galería. En el sótano se encontraba el depósito de revistas.

Biblioteca de la Gran Peña

Como el Casino de Madrid, la Gran Peña surge de una tertulia, ésta reunida en el café Suizo, calle de Alcalá, en 1869. Sus fundadores eran militares y, para formar su peña, alquilaron al dueño del café unas salas en el entresuelo que, también en este caso, pronto fueron insuficientes para albergar al creciente número de peñistas. Pasaron a otro piso, en

la misma calle de Alcalá, esquina a la de Sevilla, en 1885. No parece que por entonces se preocuparan de tener una biblioteca. Amueblar la nueva sede costó mucho, de manera que se subieron las cuotas y hasta por jugar al dominó se pagaba. Unos veinte años permaneció la Gran Peña en esta casa, hasta que nuevos problemas de espacio hicieron necesario su traslado.

En 1914 se compró un solar en la Gran Vía, que estaba frente al edificio del Fénix. El proyecto de edificación corrió a cargo de los arquitectos Eduardo Gamba y Antonio Zumárraga, terminando las obras en 1917, cuya inauguración solemne corrió a cargo del rey Alfonso XIII.

En este edificio se habilitaron dos bibliotecas. Una grande con importantes fondos sobre temas militares, y otra, que es el legado de Fernández Durán, formado por más de veintiseis mil volúmenes que incluyen libros raros y publicaciones del siglo XIX francés. Se conservan también importantes cuadros, obra de Emilio Sala, Muñoz Degraín, Sorolla, Lhardy, Villamil y Cecilio Pla. Para consultar sus fondos es necesario solicitar permiso, pues no es biblioteca abierta al público.



La Unión y el Fénix, 1910.
Ch. Franzen (Archivo Monasor)

Biblioteca del Museo Arqueológico Nacional

Este museo se fundó en marzo de 1867 y se ubicó en el llamado Casino de la Reina, en lo que había sido la Huerta del Clé-



Puerta del Sol

rigo Bayo en la calle de Embajadores. El fondo lo constituían el monetario y la colección de antigüedades de la Biblioteca Nacional, y otros objetos acumulados desde los tiempos en que Carlos III patrocinó las excavaciones en Pompeya, por lo que la historia del Museo suele vincularse a estos remotos orígenes.

Fue sin embargo en 1871 cuando se inauguró, siendo sus primeros directores Felipe Monlau y Ventura Ruiz de Aguilera, y en 1892 pasó a su actual emplazamiento en la calle de Serrano, en el entonces llamado Palacio de Bibliotecas y Museos, a la espalda de la Biblioteca Nacional.

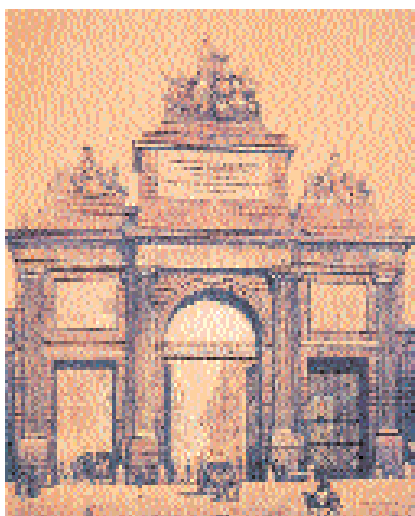
Se consideraba que el lugar no era adecuado y durante un tiempo fue provisional su establecimiento. Como pasaban los años sin que se pensara en su traslado, se hicieron reformas para adecuarlo a las necesidades nuevas. Una muy ambiciosa fue en 1933, que coincidió con una nueva etapa en las actividades de la institución, que pronto se vio suspendida por el inicio de la Guerra. Entonces el Museo se vació y sirvió primero a la Junta del Tesoro Artístico y, terminada la contienda, al Servicio Militar de Recuperación. En 1943 volvió

a instalarse el Museo y se aumentaron sus salas al ceder la Biblioteca Nacional algunas de las suyas.

La biblioteca, que había tenido su origen en un fondo bibliográfico creado cuando se encontraba el Museo en el Casino de la Reina, ha cambiado su situación en el edificio, coincidiendo con las diversas reformas que se han hecho, pero ocupando siempre un destacado lugar, como instrumento imprescindible de trabajo que es. La última reforma fue la que llevó a cabo su entonces director Martín Almagro Basch. Tiene alrededor de cuarenta mil volúmenes, con un fondo antiguo de los siglos XVI a XVIII.

Los primeros datos que se tienen de adquisición de libros son de 1867 y en 1869 Ruiz de Aguilera solicitaba que los duplicados de la Biblioteca Nacional pasaran a engrosar los fondos de la del Museo. Los suyos fueron aumentando por donaciones y por intercambio con otras entidades extranjeras, de lo que hay noticia ya en 1890. El primer inventario o recuento se hace en 1893, aprovechando el traslado del Museo.

Ya en el siglo XX, se compararon bibliotecas particulares especializadas, como algunas de profesores expertos en materias relacionadas con las del Museo. Éste ha sido dirigido por literatos de nota como Antonio García Gutiérrez, autor del famoso *El Trovador*, y Basilio Sebastián Castellanos de Losada, publicista y escritor infatigable, que también trabajó en la Biblioteca de Palacio, y al que se debe una descripción de la Biblioteca Nacional cuando se encontraba en el edificio cercano al convento de la Encarnación, de la que ya se ha hecho mención.



Puerta de Toledo

Bibliotecas Populares

Fue en 1869, aprovechando la apertura ideológica que trajo la Revolución de 1868, cuando Manuel Ruiz Zorrilla, ministro de Fomento, decretó la incautación de las bibliotecas, archivos y demás fondos documentales que pertenecieran a la Iglesia, salvo los que estaban en los seminarios. Gracias a este decreto se evitó que los libreros nacionales y extranjeros continuaran negociando con los bienes culturales del patrimonio nacional, de manera que importantes piezas fueron a parar a la Biblioteca Nacional y al Archivo Histórico Nacional.

Ruiz Zorrilla intentó además reformar la enseñanza, tanto en sus aspectos materiales, como en los de calidad intelectual, y crear centros que difundieran el saber entre la mayoría. A ese proyecto responde la creación de las bibliotecas populares, que habían de levantarse en diferentes pueblos, utilizando como primeros fondos los libros que se encontraban en el depósito del Consejo de Instrucción Pública. Como han señalado los historiadores de

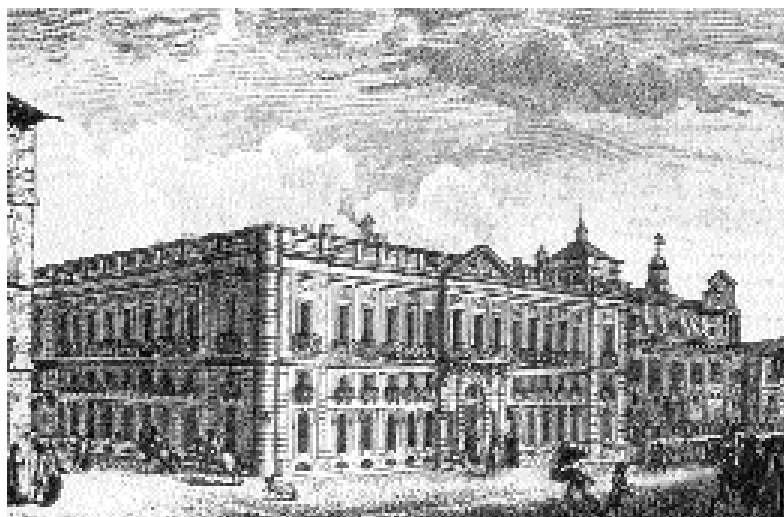


Gobierno provisional tras la revolución de 1868. J. Laurent
(Biblioteca Nacional de Madrid)

estas bibliotecas, es fácil comprender que en la creación de estos centros había un inconfundible estímulo político, nacido de la revolución liberal, que deseaba contrarrestar la justificación de un régimen político amparado en el argumento de la ignorancia popular, ofreciendo los medios para aliviarla.

Aunque el ideólogo de este proyecto fue Ruiz Zorrilla, quien lo desarrolló fue José Echegaray, más conocido como dramaturgo que alcanzaría el Premio Nobel. Estas bibliotecas incluían obras de referencia y las necesarias para facilitar la primera enseñanza en todas sus materias. Se pretendía también que los libros que sirvieran en esas bibliotecas fueran amenos y captaran el interés de los lectores despertando su curiosidad, y que además, mediante la narración de los grandes hechos de la historia patria, se estimulara el sentimiento nacional.

Habían de ser las diputaciones y los ayuntamientos los que mantuvieran las bibliotecas. En un principio, se pensó que fueran veinte, dos en cada distrito universitario, pero pronto se aumentó el número ante la buena acogida de la propuesta. Hubo



Casa de Correos. M. Manuel (Museo Municipal de Madrid)

donaciones, las bibliotecas de diversas corporaciones, como ministerios y academias, cedieron sus ejemplares duplicados y se consiguió un considerable número de volúmenes.

Las bibliotecas las dirigían los maestros, que además habían de ocuparse de los préstamos y estadísticas, y realizar una memoria anual. Se prestarían los libros y se sugería la lectura en público de aquéllos que pudieran ayudar a la educación del pueblo.

Parece que en un primer momento la iniciativa fue bien acogida y se crearon muchos centros, solicitados por diputados y políticos, lo que obligó al ministerio a incluir en sus presupuestos una partida para adquirir libros, pero, al cambiar los alcaldes que las habían solicitado, fueron cayendo en el olvido. La situación se mantuvo así hasta los comienzos del siglo XX, en que la corriente que había querido popularizar la cultura volvió a tener cierto peso, gracias a la polémica sobre la función de las bibliotecas que habían generado las críticas a la labor de Menéndez Pelayo como director de la Nacional. Fue durante el gobierno de Canalejas y gracias a pedagogos como Rafael Altamira, que intervino en las reformas de la enseñanza universitaria y creó, como es sabido, la Extensión Universitaria, poniendo la educación a disposición de los trabajadores, cuando ganó terreno esta postura.

Altamira estableció una biblioteca circulante con delegaciones provinciales, cuyos libros eran seleccionados por el Museo Pedagógico Nacional (Véase la Biblioteca de la Residencia de Estudiantes). Desde otro punto de vista, Antonio Paz y Mélia propugnaba la creación de gabinetes de lectura, intentando conciliar posturas culturalistas y populares.



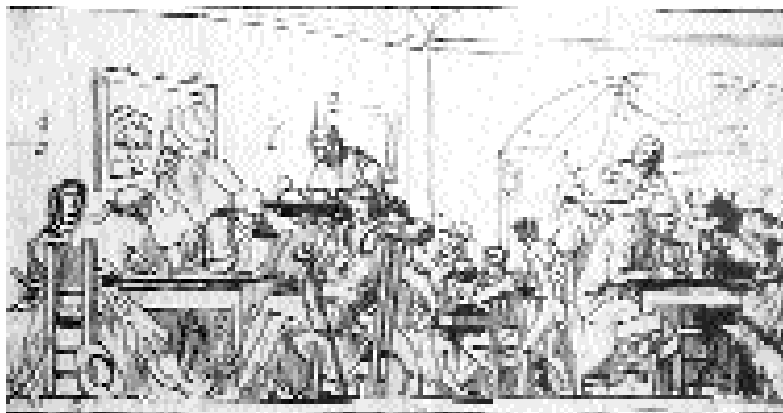
Monlau, *Madrid en la mano* (1850)

El ministro de Instrucción Pública, Amalio Gimeno, haciéndose eco del debate que estaba en la calle, creó en 1911 dos bibliotecas populares que, sin embargo, por diversas dificultades, no se inauguraron hasta 1915. Sus fondos estaban especialmente orientados hacia estudiantes y obreros y se querían fomentar los hábitos de lectura. De forma sucesiva, se fueron abriendo nuevas bibliotecas en diferentes distritos: Chamberí, Hospicio, Latina, y en 1916 se extendieron estos centros a provincias.

De entonces acá las bibliotecas populares han pasado por las vicisitudes y altibajos propios de los centros culturales, a menudo en el abandono y gozando sólo ocasionalmente del favor de los gobernantes.

Biblioteca del Casino Militar, Centro del Ejército y de la Armada

El Ateneo Militar se creaba en 1871 para acoger a aquellos militares con intereses culturales y para difundir entre la población castrense la cultura. Contó con el apoyo en su ideario de la República, pero desapareció después a causa de la guerra carlista. Hay que esperar a junio de 1881 para que se constituya el Centro del Ejército y de la Armada, llamado entonces Círculo de Instrucción y Recreo del Ejército y de la Armada.

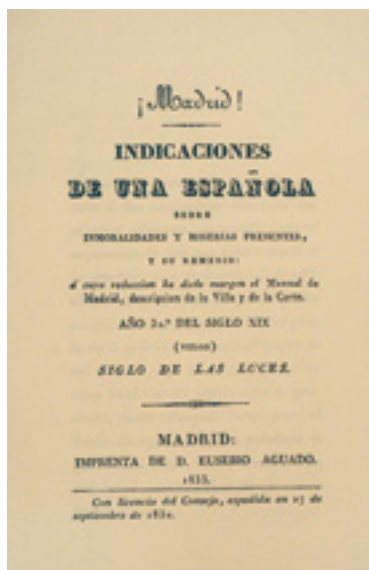


Café de Levante. Leonardo Alenza (Museo Municipal de Madrid)

Su primera sede social estuvo en la calle de Fuencarral, para pasar al año siguiente a la del Príncipe, a cuya inauguración asistió Alfonso XII. Allí permaneció hasta que en 1885 se instaló el Centro en la plaza de Santa Ana, palacio de Montijo, que era propiedad del duque de Alba. Durante todo este tiempo el casino, aún no denominado así, respondía a los vaivenes políticos, tomando posturas independientes y queriendo intervenir en las situaciones creadas, actitud que hubo de ser abortada en diferentes momentos por los mandos militares.

Desde 1886 hasta 1916 el Centro ocupó un palacio en la Gran Vía, de donde pasó a otro, el actual, en la misma avenida con esquina a la calle de Peligros, construido por la institución, que ofrecía clases de esgrima, gimnasia, francés, alemán, inglés, árabe; baños, comedor y biblioteca. Al año siguiente se imprimió una monografía catálogo sobre el Centro, con buena información. La institución tuvo una activa vida cultural organizada alrededor de tertulias y conferencias.

La biblioteca se formó con los donativos de distintos socios y con los fondos que fueron del Ateneo Militar, y creció sobre todo mientras el Centro se encontró en la calle del Príncipe. Entonces se compró la colección del coronel de ingenieros Mariátegui: cerca de mil ochocientos volúmenes de obras publicadas entre los siglos XV y XVIII sobre la profesión militar. A partir de entonces, la biblioteca se fue ampliando, en especial, una vez asentado el Casino en un centro de su propiedad. Los directivos de ella siguieron durante algún tiempo la política de comprar las bibliotecas importantes de los socios fallecidos, con lo que llegó a poseer fondos verdaderamente ricos, que ahora figuran como desaparecidos.



¡Madrid! Indicaciones de una española, 1833

El Centro Militar hizo un contrato con las librerías de Fernando Fe y Fuentes Capdeville para recibir las novedades de interés de asunto castrense. La biblioteca tenía también un alto número de revistas científicas y literarias, así como de periódicos europeos. En la década de 1890 contaba con más de diez mil volúmenes, no todos catalogados, pero sí muy consultados, como se deduce de las memorias anuales, fondos que se incrementaron con la compra de librerías de socios, como la del Teniente Coronel de Infantería Mariano Gallardo, que había dirigido la biblioteca durante algún tiempo. Sus fondos eran sobre todo de carácter científico, aunque poseía una importante sección dedicada a revistas y humanidades.

A lo largo de los años se fueron redactando distintos catálogos y se compraron otras bibliotecas. Posee incunables y manuscritos del siglo XVIII.

Biblioteca Histórica Municipal

Su fundación.

Ramón de Mesonero Romanos

Los orígenes de esta biblioteca se remontan a las nebulosas disposiciones que en 1774 tomó el Consejo de Castilla, según las cuales se veía conveniente contar con aquellos libros, referentes a Madrid, que pudieran ayudar en las labores de archivo y del Ayuntamiento. Pero esta orden no se tuvo en cuenta.

Ramón de Mesonero Romanos, que fue realmente quien llevó adelante su creación, señala en *El antiguo Madrid* que de la *Planimetría general de las casas de esta villa* no se tenían ejemplares en el Ayunta-



Ramón de Mesonero Romanos,
h. 1860. Víctor Manzano
(Museo Municipal de Madrid)

miento, y que en 1833, al ser sustituidos los ayuntamientos perpetuos por los constitucionales, apenas llegaban a una o dos docenas los libros relativos a la capital que poseía el Ayuntamiento. Incluso la Corporación había “cedido a un impresor los autógrafos de los *Autos Sacramentales* de Calderón”.

No fue hasta febrero de 1876 cuando se tomó la decisión de formar inmediatamente la Biblioteca Municipal, lo cual, sin embargo, se llevó su tiempo. Mesonero Romanos, que había sido nombrado cronista de Madrid, fue también designado como director de la Biblioteca, a la que cedió gran parte de la suya propia. Cuarenta años antes había sido bibliotecario de la del Ateneo, y como entonces también redactó su catálogo, en colaboración con Carlos Cambronero, que fue quien finalmente lo terminó y publicó.

La recién nacida biblioteca se instaló en un despacho del Ayuntamiento, donde se almacenaron los libros de Mesonero y los que éste conseguía, mediante donaciones, como la de fondos que se guardaban en la Imprenta Nacional y en los Depósitos de la Instrucción Pública y en las bibliotecas populares, que permanecían cerradas. También donaron libros el duque de Rivas, el conde de Toreno, Quintana, Harztenbusch y cuantos escritores del momento eran amigos de *El Curioso Parlante*.

Pronto fue necesaria una ampliación del espacio que ocupaba la Biblioteca, y el *Corregidorcillo*, como habían llamado a Mesonero en tiempos, consiguió en 1881 que el Ayuntamiento le cediera cuatro salas de la restaurada Casa de la Panadería —que tanto espacio ha tenido en la historia de las bibliotecas madrileñas, pues también estuvo en ella el Archivo de Villa, ade-



Mesonero Romanos,
El antiguo Madrid (1861)

más de las ya citadas—. Mesonero Romanos permaneció al frente hasta que murió al año siguiente, en marzo. El que fuera su despacho se encuentra en la actualidad en el Museo Municipal, calle de Fuencarral, donde también estuvo situada la Biblioteca, antes de pasar a su actual emplazamiento en el cuartel del Conde-Duque.

La etapa de Carlos Cambronero

Tanto Mesonero Romanos como Carlos Cambronero dedicaron obras a la historia y personajes de Madrid, como a la Biblioteca Municipal, de la que redactaron un catálogo.

Carlos Cambronero, que acrecentó los fondos con muchos manuscritos teatrales procedentes de los teatros de la Cruz y del Príncipe, que se encontraban en el Almacén General de la Villa, es pieza clave en la configuración de la personalidad de la biblioteca. Cambronero, del Cuerpo de Facultativos, trabajó primero en la Biblioteca de Palacio y desde 1880 en la Municipal, de la que se hizo cargo en exclusiva tras morir Mesonero. Sin embargo, no fue nombrado director de la misma hasta 1898, por el alcalde, conde de Romanones, y en premio a sus servicios.

En 1902 publicó el catálogo general de la Biblioteca, señalando los libros de Mesonero, muchos relativos a Madrid, que fueron la base de ella: algunos realmente importantes, como los de León Pinelo, Álvarez de Baena, Zurita, Nicolás Antonio, las sátiri-



Derribo del Cuartel de Monteleón en la plaza del Dos de Mayo, 1869. J. Suárez (Museo Municipal de Madrid)

ras del *Duende de Madrid*, contra Felipe V; periódicos madrileños del XVIII, como *El Censor*, el *Correo de los ciegos*, y del XIX: *Fray Gerundio*, el *Semanario Pintoresco Español*, del que había sido fundador, y otros como eran sus colecciones de clásicos franceses, italianos y españoles, además de la Biblioteca de Autores Españoles y muchísimas obras de autores románticos.

La Biblioteca se trasladó en 1898 a los locales de la Escuela Modelo, situados en la plaza del Dos de Mayo y se abrió al público en 1902, en horario de mañana. Aquel mismo año 1898 se recibieron las colecciones de comedias manuscritas y de música, provenientes de los teatros de la Cruz y del Príncipe; fondos de imprescindible consulta para realizar la historia del teatro no sólo en Madrid, como han demostrado los trabajos eruditos de Emilio Cotarelo y Mori, Paul Mérimée, José Subirá y otros más recientes.

Los fondos de la Biblioteca fueron clasificados por Mesonero Romanos según este orden: Libros referentes a Madrid; Historia, biografía y arqueología españolas; Geografía, viajes y descripciones; Ciencias morales, políticas y administrativas; Ciencias y Artes; Diccionarios, Gramáticas y Lingüística; Ingenios matritenses. Cambronero, que falleció en 1913, añadió las secciones Enciclopedia, Teatro y Música.



**Plaza de la Cebada
(Museo Municipal
de Madrid)**

La Biblioteca Municipal en el Antiguo Hospicio

Tras Cambronero fueron Ricardo Fuente (periodista), Manuel Machado, Ramón García Pérez Catalina (archivero bibliotecario) y Federico Carlos Sainz de Robles (también del Cuerpo) quienes dirigieron la Biblioteca Municipal, entre 1914 y 1953.

Ricardo Fuente, según cuenta Sainz de Robles, era republicano y periodista y gran bibliófilo. Por no ser bibliotecario de carrera, dirigió la Biblioteca bajo el cargo de “Director de Investigaciones Históricas”, título que también amparó a Manuel Machado, aunque éste sí pertenecía al Cuerpo de Facultativos. La gestión de Ricardo Fuente fue eficaz, pues consiguió que se destinara como nueva instalación de la Biblioteca el antiguo Hospicio, en la calle de Fuenarral, que se pensaba demoler, y ordenó el mantenimiento de la portada de Churriguera; captó un importante presupuesto del Ayuntamiento y consiguió significativos fondos, como la colección de paremiología (de la que se hablará después), además de completar los de autores de los siglos XIX y XX y desterrar los requisitos burocráticos para acceder a la consulta de los libros, basando sólo con rellenar la papeleta de petición.

Él, junto con Machado y Millares Carlo, archivero, fundó la *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo* en 1924, que a pesar de su prestigio, desapareció recientemente. En esos años, el grupo directivo de la Biblioteca Municipal estuvo integrado por periodistas y escritores, además de contar entre los bibliotecarios de carrera con figuras de indiscutible importancia por sus aportaciones eruditas y bibliográficas, como fueron Millares Carlo y Jenaro Artiles.



Juego de preguntas y respuestas
(Museo Municipal de Madrid)

Manuel Machado pasó a director en 1926, siendo secretario el también poeta y dramaturgo José Rincón Lazcano. Como se sabe, Machado era además crítico teatral de *La Libertad* y famoso trasnochador, lo que provocaba que no llegara a la Biblioteca antes del mediodía. Una vez en ella, según diversos testimonios, se ocupaba de recibir visitas, que solían ser de viejas y jóvenes actrices.

La restauración del antiguo Hospicio, llevada a cabo por el arquitecto Luis Bello, terminó en 1930 y ese año comenzó el traslado de la Biblioteca, a la que se dedicó la planta baja, más la iglesia de Pedro de Ribera. En la planta alta se dispuso el Museo, que ahora ocupa todo el edificio. Desde ese año hasta 1936 la Biblioteca, aunque tenía pocos lectores, fue visitada por investigadores que trabajaban sobre historia del teatro, del libro, de Madrid y de la imprenta, destacando Cotarelo y Mori y José Subirá. Era también destacable el frío que hacía en el edificio, en especial en la sala de lectura, que se encontraba en la iglesia, en la que había que mantenerse con el abrigo y los guantes puestos.

Sainz de Robles comenta que dirigió la Biblioteca en dos ocasiones, aunque sin nombramiento. La primera fue durante la Guerra. Al estallar en 1936, Machado, su director, se encontraba en Burgos. El go-



Plaza de la Cibeles. Isidoro González Velázquez (Museo Municipal de Madrid)

bierno republicano encargó, por tanto, a Sainz de Robles que, como “camarada responsable”, velara por la Biblioteca. Ésta se cerró al público puesto que Sainz había recibido otro encargo: visitar las casas y palacios abandonados y bombardeados para recoger los libros y objetos de valor que la destrucción y el saqueo hubieran respetado. Según la propia declaración de Sainz de Robles, recogió miles de libros de las bibliotecas del duque de Alba, del marqués de Aledo, del conde de Romanones y de otros (Esos mismos libros y objetos fueron devueltos a sus dueños una vez terminada la guerra).

La otra ocasión en que Sainz de Robles dirigió la Biblioteca Municipal de Madrid, a la que había sido destinado como archivero bibliotecario en 1926, fue durante el año 1953, en que se desplomó parte del techo de la Biblioteca y ésta se hallaba sin director, por haber fallecido el que lo era desde 1947: Ramón García Pérez Catalina. A finales de ese año se nombró a Enrique Pastor, que lo fue por muchos.

En el Cuartel del Conde-Duque

Al Cuartel del Conde-Duque pasó la Biblioteca Municipal en 1990, tomando entonces su actual nombre: Biblioteca Histórica Municipal.

En páginas anteriores se ha aludido a las donaciones que algunos patricios hicieron a esta biblioteca. A esas hay que añadir las del actor Ramón Guzmán en 1884, las de Cambronero, el concejal Hilario Peñasco, José Santa María de Hita, José M.^a Sbarbi —académico de San Fernando que regaló fondos musicales, básicamente sacros—, Ramón Carnicer y Luis Rodríguez de la Croix.



**Real Palacio
(siglo XIX)**

En el fondo de teatro, unas nueve mil comedias impresas y manuscritas, casi todas del siglo XVIII, hay un alto número de entremeses de Ramón de la Cruz, y autógrafos de Calderón, Narciso Serra, Bretón de los Herreros, los hermanos Asquerino y Joaquín Dicenta. En el musical, hay obras de Luis Misón y Blas Laserna, importantes compositores teatrales del siglo XVIII, del tenor Manuel García, de Jacinto Valledor y de Antonio Guerrero, entre otros, además de poseer la zarzuela de Barbieri y Bilbao, *Pan y toros*.

Además de la colección de teatro y música, existe la paremiológica (sobre refranes, adagios, aforismos, proverbios, etc.), que reunió el librero Melchor García Moreno, que tenía su tienda en la calle de San Bernardo, y que la vendió a la Biblioteca en tiempos de Ricardo Fuente. Se publicó un catálogo de esta colección en 1918, con apéndice en 1948.

Otra colección significativa es la biobibliográfica, más de cinco mil ochocientos volúmenes reunidos y vendidos a la Biblioteca por el librero Francisco Beltrán y Torres, de la que también hay catálogo, impreso en 1927; y la cervantina, que abunda en traducciones de las obras de Cervantes a diversos idiomas y en ejemplares ilustrados de sus obras. Además guarda un ejemplar de la primera edición del *Quijote* de Avellaneda (1614).



Callé de Alcalá, h. 1890. Moreno (Ministerio de Cultura)

De los fondos existen otros catálogos: el primero, de Carlos Cambronero, con adiciones posteriores; otro, de José Subirá sobre la música; otro más de Mercedes Agulló sobre el teatro, y uno específico sobre los fondos de Ramón de la Cruz, redactado por Carmen Lafuente Niño y por Ascensión Aguerri Martínez.

Del importante surtido de comedias, tragedias, entremeses y música existe un catálogo manual, en el que se ordenan las piezas por el número de sus actos y por su pertenencia a un género u otro (zarzuela, comedia, loa, tonadilla, baile, etc.), en un gran “cajón” que ha quedado en el recuerdo de todos los que han acudido a la Biblioteca.

En la actualidad, la Biblioteca Municipal custodia más de ciento cincuenta y dos mil libros, quince incunables, más de cuatro mil partituras manuscritas, unos cinco mil libros de fondo antiguo (siglos XVI a XVIII), y alrededor de veintitres mil folletos.

Biblioteca Francisco de Zabálburu

En 1877 se terminó de construir el palacio de Francisco de Zabálburu en la calle del marqués del Duero, que corrió a cargo del arquitecto José Segundo de Lema, autor también del panteón de los infantes en El Escorial. La biblioteca se instaló en una zona privilegiada de la casa, sala acondicionada para recibir libros y manuscritos, la misma que ha llegado hasta nuestros días.

El bilbaíno Francisco de Zabálburu publicó, junto con el marqués de la Fuensanta del Valle y José Sancho Rayón, dos tomos de la *Colección de Documentos Inéditos para la Historia*



Gertrudis Gómez de Avellaneda.
Federico de Madrazo
(Museo Lázaro Galdiano)

de España en 1877 y 1892, y más adelante, la *Nueva Colección de Documentos de España y de las Indias*, entre 1892 y 1894.

Como bibliófilo que fue, se preocupó por enriquecer la biblioteca de su palacio y así adquirió, entre otras muchas cosas, los Archivos de la Casa de Altamira y comenzó lo que más tarde sería una completa sección de libros dedicada a temas vascos. Este fondo de la Casa de Altamira reúne documentos desde el siglo XI hasta el siglo XIX, referentes a un número amplio de asuntos que tienen como protagonistas a la Inquisición, al Gran Capitán, a las Indias, así como a Felipe II y sus secretarios. Estos documentos llegaron a la biblioteca en 1877.

Los herederos de Francisco de Zabálburu han continuado su labor, y así, al fondo documental del archivo, que contenía el ya citado de la Casa de Altamira, se le ha añadido el conocido como Colección Miró. Esta Colección fue adquirida en la subasta de la biblioteca y archivo de José Ignacio de Miró en 1878. Sus fondos recogen documentos sobre la Inquisición de Toledo, sobre América, Don Juan de Austria y otros asuntos históricos.

La biblioteca reúne unos dieciséis mil volúmenes aproximadamente, entre los que destacan dos fragmentos miniados del Beato de San Pedro de Cardena, del siglo XII; un cartulario también de San Pedro de Cardena; códices, crónicas, libros de horas, incunables en castellano y otras lenguas; una colección con encuadernación personal del marqués de Moya (siglo XVI); la Colección del duque de Medina de las Torres; y la citada colección de libros vascos.



**Francisco Martínez de la Rosa,
por el duque de Rivas**

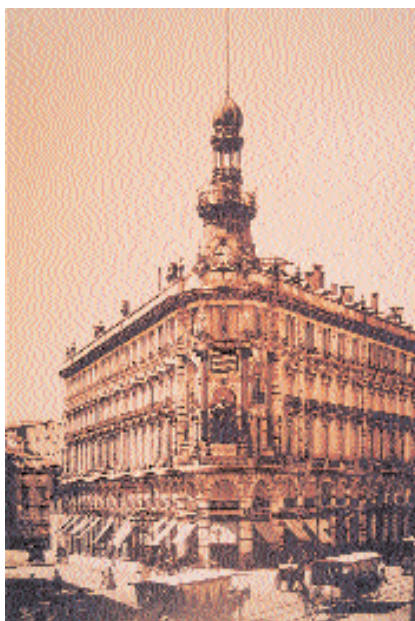
La biblioteca fue acondicionada y mejorada en 1991 y, en la actualidad, está abierta a todos los investigadores que deseen estudiar cualquier tema relacionado con los fondos que allí se conservan.

Biblioteca del Círculo de Bellas Artes

El Círculo de Bellas Artes nació en 1880, cuando un grupo de amigos y profesionales del arte decidió fundar una Sociedad que añadiera a la condición de lugar de tertulia, la de servir a sus intereses profesionales en las Bellas Artes. Este grupo eligió como su director al pintor madrileño Plácido Francés. Francés y los otros veinte fundadores del Círculo se instalaron primeramente en un modesto piso de la calle del Barquillo, pero, conforme se fue afianzando la Sociedad, las necesidades de espacio y de mejor acomodo provocaron el primero de una larga lista de traslados.

Pasó el Círculo por locales análogos al que le vio nacer, en las calles de la Madera y de la Libertad, para volver de nuevo, en 1894, a la calle del Barquillo, aunque esta vez a un local mejor, en el número 11. Desde aquí se trasladó, en 1914, al número siete de la calle de Alcalá, ocupando la casa que había abandonado el Casino de Madrid, en el palacio de La Equitativa.

Pero las cosas mejoraban para el Círculo, que veía cómo se iban quedando pequeñas sus instalaciones. Por ello los socios decidieron levantar su propia casa, proyecto que se



La Equitativa, h. 1895. Moreno (Ministerio de Cultura)

encargó al arquitecto Antonio Palacios. Éste eligió para edificar el palacio del Círculo el solar antiguo de Casa-Riera. Diseñó y erigió el edificio de diez pisos, donde hoy continúa el Círculo, en cuya sexta planta se situó la biblioteca. Ocupa un lugar privilegiado por su ubicación luminosa y tranquila, además de por su distribución, con salas de escritura, estudio, para la prensa y de lectura, amuebladas con butacones con atril. En sus orígenes existía también un salón que se utilizó para jugar al ajedrez.

En 1926 se inauguró el nuevo edificio del Círculo de Bellas Artes, aunque, por distintos motivos, las obras no estaban completamente acabadas.

Lo que diferenció fundamentalmente al Círculo de Bellas Artes de otras entidades de Madrid fue su vinculación con la pintura y la escultura. Allí discutieron y trataron de arte Santiago Rusiñol, Mariano Benlliure y Sebastián Miranda, entre otros.

En cuanto a la música, destacaron en el Círculo compositores como Amadeo Vives, los dos Serrano, Vert y Marquina. Se convocaron certámenes literarios y se celebraron exposiciones, organizados entre otros por Francisco Camba, Insúa, Fernández Flórez y García Sánchez. El planeta de los toros también se vio representado en esta entidad por figuras como Ricardo Torres “El Bombita” y Vicente Pastor.

Cuando en 1972 se terminaron definitivamente las obras, el presidente, Joaquín Calvo Sotelo, y la Junta directiva pusieron en marcha un nuevo plan de financiación. Con renovadoras intenciones, se volvieron a organizar bailes de máscaras como los de Carnaval, que continúan en la actualidad, concursos literarios, exposiciones de arte, conciertos, etc.



Círculo de Bellas Artes (Archivo Regional de la Comunidad de Madrid)

Se impartieron, e imparten, clases de acuarela, dibujo al natural, y, para la biblioteca, se realizaron suscripciones a periódicos y revistas nacionales y extranjeras.

Una de las actividades que mayores beneficios y fama aportó por entonces a la Sociedad fue la corrida de toros al estilo “goyesco”. La primera se dio en 1961 y continuaron todos los años hasta por lo menos 1972. Otras fiestas patrocinadas por el Círculo fueron un torneo medieval, que tenía lugar en la Plaza Mayor, un concurso de romances y otras corridas en la misma Plaza, durante las fiestas de San Isidro.

En la actualidad, el Círculo de Bellas Artes desarrolla una intensa actividad de promoción cultural, desarrollándose en sus salones conciertos, exposiciones y presentaciones de libros.

Su biblioteca es de acceso restringido, destinada exclusivamente a los socios de la institución.

Biblioteca de la Casa Ducal de Alba

Esta biblioteca, de la que se desconocen sus orígenes, cuenta con un fondo de alrededor de dieciocho mil volúmenes, más cincuenta incunables, unos doscientos cincuenta manuscritos de



Jugadores de lotería (Museo Municipal de Madrid)

los siglos XIV a XX y numerosos impresos de los siglos XVI al XVIII. El grueso de su total lo constituyen obras sobre genealogía, arqueología e historia.

Se han ocupado del archivo y de la biblioteca prestigiosos bibliotecarios del Cuerpo de Facultativos, como Antonio Paz y Mélia, su hijo Paz y Espeso, y Paz Remolí, en un arco de tiempo que va desde 1880 hasta 1969. Posteriormente, fue Juan Manuel Hernández quien desempeñó las funciones; era también bibliotecario de la Academia de la Historia y del Museo de Ciencias Naturales.

La biblioteca, como el Palacio de Liria, donde se encuentra, sufrió su casi total destrucción en 1936, perdiéndose muchos fondos. Es lo que sucedió con los musicales recogidos por José Subirá, que desaparecieron en su práctica totalidad. Aunque no fue la única vez que se mermaron fondos y documentos a causa de incendios y otros percances: antes, Menéndez Pelayo se lamentaba de la desaparición de muchos documentos de los archivos de la Casa de Alba.

La época moderna de más desarrollo de la biblioteca se corresponde con el tiempo en que fue duque de Berwick y de Alba Jacobo



San Ginés, 1869 (Museo Municipal de Madrid)

Fitz James Stuart, académico de la Historia y de la Lengua y de Bellas Artes, y vinculado a la Residencia de Estudiantes, así como patrono del Instituto y Museo Valencia de Don Juan. El duque de Alba, lo mismo que su madre, Rosario Falcó y Ossorio, que publicó parte de los fondos que se conservan en el archivo, como los autógrafos de Colón, también dio a las prensas noticias sobre la genealogía de los Montijo.

A diferencia de lo que aún sucede hoy en algunas casas nobles, el duque de Alba, Jacobo Fitz James, hizo accesibles sus fondos documentales y bibliográficos para que pudieran ser conocidos por los eruditos e investigadores del momento, e incluso colaboró con algunos de ellos en esa labor de difusión.

En la actualidad la biblioteca puede ser consultada en horario de tarde, con cita previa.

Biblioteca de la Universidad Pontificia de Comillas

La génesis de esta biblioteca se encuentra en la tradición cultural de la Compañía de Jesús, que tras su expulsión en 1767, regresó a la Península en las primeras décadas del siglo XIX estableciendo las bases de lo que serían sus grandes bibliotecas, como las de Oña, San Cugat y Granada. Así, en 1892, al abrigo del Seminario de pobres de Comillas (Cantabria), se comenzó a formar la que llegaría a ser con los años la biblioteca de la Universidad Pontificia de Comillas de Madrid.

El fundador del Seminario, el padre Tomás Gómez Carral, inició la formación de la biblioteca con la adquisición de otra, de unos siete mil volúmenes, con un buen fondo de Humanidades, Teología y Filosofía. Tras los primeros diez años de vida, se nombró bibliotecario al padre Daniel Solá, con el que se realizaron numerosas suscripciones a revistas religiosas y científicas, además de adquirirse la *Patrología Griega y Latina*.

En 1920 se instaló en Comillas la redacción de la revista *Sal Terrae*, con su nueva biblioteca, que se fundió con la de la institución. Con el transcurrir de los años, los fondos de la biblioteca aumentaron, gracias a las numerosas revistas que llegaban, a los



Puerta del Sol, 1863. Ch. Clifford (Göteborg Konstmuseum, Gotemburgo)

más de cien volúmenes del siglo XVI que se fueron adquiriendo, y a la incorporación de la biblioteca del antiguo Colegio que la Compañía tenía en Medina del Campo.

Con la llegada de la República algunos fondos fueron decomisados, y durante la Guerra Civil el Seminario fue ocupado. Una vez superadas estas circunstancias, se reorganizó la biblioteca, racionalizando su disposición y la colocación de los fondos. En esas fechas, se recibieron numerosas donaciones y préstamos indefinidos, como el de alguna biblioteca privada. Más tarde llegaron las subvenciones del Gobierno, lo que permitió comprar más libros y fundar la revista *Comillas*.

En el año del cincuentenario de la Universidad (1942), se creó otra revista, *Miscelánea Comillas*, que quedó incorporada a la biblioteca y fue nueva fuente de ingresos de libros e intercambios; se adquirieron también los fondos del antiguo colegio de la Compañía en Monforte. Más adelante, se fundaría la revista *Humanidades*.

A pesar de sus muchas adquisiciones, la catalogación de los fondos no se había seguido de forma continuada y ya para esas fechas se consideraba una necesidad urgente. El proceso lo había iniciado

en 1923 el padre Lecina y lo continuó el padre Bustamante. A partir de los años cincuenta se avanzó mucho en la catalogación, pese a que ya eran aproximadamente veinticinco mil volúmenes los consignados en el registro.

En 1968 se inició el traslado de la biblioteca a Madrid, y se distribuyeron provisionalmente los fondos en algunos Colegios Mayores de la Ciudad Universitaria, en espera de la construcción de una sede madrileña. Más adelante fueron a parar a las nuevas instalaciones del Centro académico de Cantoblanco, mientras se terminaba la construcción del edificio destinado a biblioteca. En 1972, cerca de tres mil volúmenes, muchos de los siglos XVI a XVIII, sufrieron las consecuencias de una inundación. Su restauración aún no está terminada, y ha supuesto un enorme esfuerzo económico y de trabajo.

En octubre de 1974 se inauguró el nuevo edificio de la biblioteca, y se inició el proceso de recatalogación. En esas fechas se incorporaron los fondos de la revista *Perficit*, los cuales hacían de ella una de las primeras bibliotecas en Filología Clásica de España. Se produjeron nuevas anexiones, como la del Centro de Estudios Orientales y la de *El Siglo de las Misiones*, creada por Hilarión Gil, cuyo fondo contenía unos ocho mil volúmenes entre libros y revistas. Sin embargo, la hemeroteca de diarios y semanarios se traspasó a la Biblioteca Nacional.

La Biblioteca de Comillas está constituida por la de Cantoblanco, que tiene los mejores fondos, y por las instaladas en la sede de la calle de Alberto Aguilera, que recogen materiales de anteriores centros educativos, como la Casa de Escritores, que dieron origen al Instituto



Larra, *El pobrecito hablador* (1832)

Católico de Artes e Industrias (ICAI). El Instituto Católico de Administración y Dirección de Empresas (ICADE), fundado en 1961, nació con biblioteca propia. Todas ellas se fundieron en la sede del ICAI-ICADE.

En 1978 asumió la dirección de la biblioteca el padre Julián Ibáñez, al tiempo que se sumaban a ella los fondos de la Facultad de Derecho Canónico, y los de la librería jurídica del profesor Luis García de Valdeavellano. Se trasladó la biblioteca al nuevo edificio de cuatro plantas donde están los depósitos de revistas y libros, las salas de profesores, de consulta y de lectura, colocándose en el antiguo edificio la biblioteca de Derecho Canónico y la de Valdeavellano.

La Biblioteca, en su sede de Cantoblanco, supera en la actualidad los cuatrocientos mil volúmenes entre libros y revistas, y es una de las primeras en las especialidades de Religión, Filosofía y Filología Clásica. Además edita boletines bibliográficos sobre Teología y Trabajo Social.

Biblioteca de la Sociedad General de Autores de España, Sociedad General de Autores y Editores

El embrión de este organismo fue el intento de encontrar un medio que regulara el derecho de los autores a la remuneración por el rendimiento de sus obras. La ley de la Propiedad Intelectual, sancionada por Alfonso XII, refrendada por el ministro de Fomento, Francisco de Borja Queipo de Llano, conde de Toreno, del 10 de enero de



Fernández de los Ríos,
El futuro Madrid (1868)

1879, y su reglamento de ampliación, aprobado por decreto del mismo rey, el 9 de septiembre de 1880, dieron legitimidad al derecho de autor en todas las modalidades de artes y letras, y fijaron los términos en los que debía ejercerse.

A partir de aquí y hasta llegar a lo que hoy se conoce como Sociedad General de Autores de España, se crearon algunas otras sociedades, que pueden considerarse antecedentes de la actual. La primera se fundó en 1892 con el nombre de Sociedad de Autores, Compositores y Editores de Música, cuyo mayor accionista fue Florencio Fiscowich. Tuvo por objeto cobrar los derechos producidos por la ejecución musical en lugares públicos y estuvo presidida por Ruperto Chapí.

Por las mismas fechas se creó la Asociación Lírico Dramática, con objetivos similares a la anterior, pero formada tan sólo por un grupo de autores que se reunía en una tertulia. En 1899 se nombró secretario de la Asociación al, entre otras muchas cosas, periodista y dramaturgo Sinesio Delgado, que introdujo algunos cambios.

Ese mismo año, en concreto el 16 de junio de 1899, un importante número de autores, entre los que se contaban Miguel Ramos Carrión, Ruperto Chapí, José Francos Rodríguez, Carlos Arniches, José López Silva y Eusebio Sierra, constituyó la nueva Sociedad de Autores Españoles, a la que se unieron en breve Luceño, Bretón, los Quintero, Chueca y algunos más.

Los problemas en la Asociación Lírico Dramática se sucedían y las actuaciones controvertidas de Fiscowich repercutieron negativamente



Benito Pérez Galdós, h. 1910.
Alfonso (Archivo General de la Administración)

en la imagen de la Sociedad, hasta conducir al alejamiento de Sinesio Delgado. La situación provocó que el 12 de junio de 1900 Florencio Fisco-wich y su afines constituyeran la llamada Asociación de Autores, Compositores y Propietarios de Obras Teatrales, cuyo Consejo de Honor estuvo formado por Pérez Galdós, Eusebio Blasco, Núñez de Arce, José Echegaray, Luis Mariano Larra, Manuel del Palacio y el compositor Fernández Caballero.

La competencia entre ambas sociedades fue la tónica dominante, que no concluyó hasta el fracaso de la nueva asociación de Filcowich. Entonces, la Sociedad de Autores compró el Archivo de éste y el de Chapí.

Se instaló primeramente la Sociedad General de Autores Españoles en la madrileña calle del Florín, número 9 (hoy de Fernánflor). Desde 1900 hasta 1903 habitó en el número 12 del Salón del Prado, después estuvo en el palacio de la señora viuda de Martos, calle de Núñez de Balboa, 14 y, hasta 1932, en la calle del Prado, 24, donde murió para dar vida a la actual Sociedad General de Autores de España, que nació al tiempo que se legislaba el derecho cinematográfico. La asamblea constituyente fue presidida por los tres supervivientes de la institución anterior: Carlos Arniches, Serafín y Joaquín Álvarez Quintero.

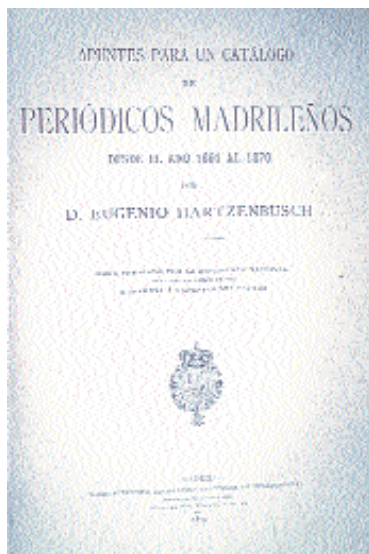
La SGAE arrendó cinco pisos en el número cuatro de la plaza de Cánovas, que preparó para un funcionamiento moderno y eficaz; se crearon además delegaciones regionales y se dispuso la maquinaria necesaria para poner en marcha su ambicioso plan.



Emilia Pardo Bazán.
Joaquín Vaamonde Cornide
(Museo Provincial de Bellas Artes de La Coruña)

En la actualidad, y desde 1950, la SGAE ocupa una casa de la calle de Fernando VI, el palacio Longoria, que se ha atribuido a Gaudí aunque en realidad lo planeó y realizó el arquitecto Josep Grases i Riera en 1905, autor de otras edificaciones y monumentos de Madrid en esa época.

Como es lógico, la biblioteca destaca principalmente en tres materias: Literatura, Teatro y Artes. Posee más de cincuenta mil volúmenes entre libros, manuscritos de partituras y fotografías, y es importante su colección de partituras y materiales de orquesta —legados de diferentes compositores—.



Eugenio Hartzenbusch, *Catálogo de periódicos madrileños* (1894)

Biblioteca del International Institute y de la Residencia de Señoritas

El International Institute for Girls in Spain lo creó en Madrid, en 1903 y en la calle de Fortuny, Alice Gulick; la biblioteca tenía como base de sus fondos las obras de autores clásicos ingleses y españoles, junto a textos de historia española, inglesa y norteamericana. Desde la creación de la Residencia de Estudiantes en 1910, el Instituto se vinculó con ella y con el grupo de intelectuales y profesores de la Junta para la Ampliación de Estudios, estableciéndose un convenio de colaboración en 1917. En 1918 el Instituto Internacional quedaba integrado por la Residencia de Señoritas y el Instituto-Escuela (para los alumnos más pequeños). La colaboración entre el Instituto Internacional y la Junta para la Ampliación de Estudios continuó hasta 1936, con altibajos.



Biblioteca de la Residencia de Señoritas en la calle de Miguel Ángel, 8

Las bibliotecas de la Residencia de Señoritas y del Instituto se fundieron hasta su separación en 1944; desde entonces, la del International Institute ha ampliado y variado sus fondos, que tiene en régimen de préstamo. Tiene también cierta cantidad de libros antiguos.

La Residencia de Señoritas no tenía mucho presupuesto para la biblioteca, de ahí su unión con el Instituto Internacional, relación a la que también llevaban las similitudes ideológicas existentes en ambas instituciones. En todo caso, pronto comenzaron los donativos de los antiguos estudiantes y amigos. La biblioteca era utilizada en los años veinte por un alto número de lectores (habida cuenta que entonces sólo tenían buenos fondos la del Ateneo y la Nacional, a pesar de todo, como ya se ha visto, parciales). Entre las actividades de esta institución estaba un curso sobre catalogación y servicio en bibliotecas, siguiendo el sistema de Dewey. En la actualidad, los fondos de esta biblioteca se encuentran en el Instituto de la Mujer.

Biblioteca de la Casa del Pueblo

La Casa del Pueblo de Madrid se inauguró en 1908 en la calle del Piamonte, y fue el centro obrero más importante de la época, que sirvió de modelo a otros que se constituyeron en diversos lugares de España. Reunió a varias asociaciones obreras, afiliadas a la Unión General de Trabajadores. Contaba la Casa con cooperativa de consumo, mutualidad obrera, cuadro artístico, orfeón, grupo deportivo, teatro y salón café.

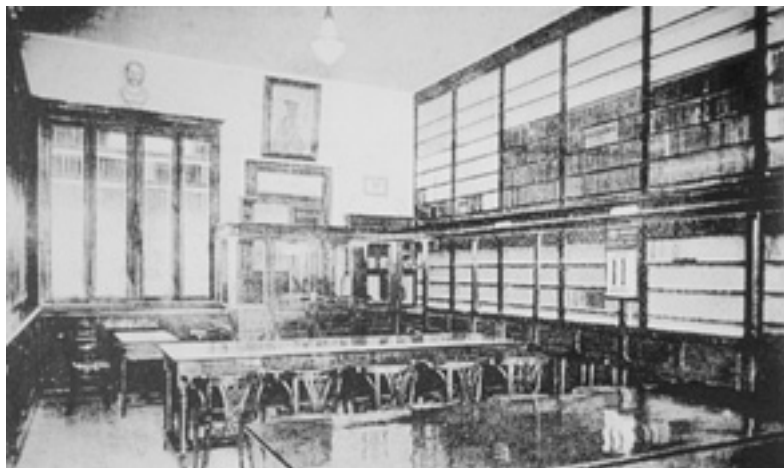
La biblioteca, abierta desde 1909, se encontraba en el segundo piso y permaneció en activo cerca de treinta años; poseía una sala de reuniones con capacidad

para más de seiscientas personas. El núcleo originario de la Biblioteca lo formaron los escasos fondos procedentes de la Biblioteca del Centro de Sociedades Obreras de la calle de Relatores, y tuvo como primer bibliotecario a Vicente Pérez Parapar. En 1930, instalada ya en el tercer piso, se estableció el servicio de préstamo, y contaba con más de seiscientos libros sobre Filosofía, Sociología, Historia, Geografía, Historia Natural, Bellas Artes y, sobre todo, Literatura.

Esta Biblioteca sirvió de centro de reunión del mundo obrero de Madrid. Desde ella se organizaron e impartieron cursos de alfabetización, lecturas públicas, conferencias de personalidades del mundo de la cultura y otras actividades.



Casa del Pueblo.
Detalle de la Biblioteca, 1932
(Fundación Largo Caballero)



**Detalle de la Biblioteca de la Casa del Pueblo, 1932
(Fundación Largo Caballero)**

Sus fondos llegaron a superar los ocho mil volúmenes. Tan floreciente actividad se vio truncada por la Guerra Civil, ya que, a su fin, la Casa del Pueblo fue incautada y más tarde derribada.

La Fundación Francisco Largo Caballero, creada en 1978, pudo recuperar, gracias a una serie de transferencias administrativas, parte del valioso fondo bibliográfico, para su conservación, tratamiento y difusión.

Del fondo de la Biblioteca de la Casa del Pueblo destacan los libros y documentos dedicados a todo aquello relacionado con organizaciones obreras y el mundo de los sindicatos. Así se encuentran algunos testimonios y documentación de los llamados sindicatos verticales, de la FET y de las JONS, además de una veintena de libros de los años cuarenta pertenecientes al Sindicato Nacional del Azúcar, de interés para el historiador actual.

La Casa del Pueblo, además de prestar servicios como biblioteca y lugar de encuentro, publicó dos revistas, el *Boletín del Instituto de Reformas Sociales*, desde 1905 a 1922, y la *Revista Socialista*, de 1904 y 1905. Todo ello depositado actualmente en la sede de la Fundación Francisco Largo Caballero.

En 1993 esta Fundación realizó el Catálogo de la Biblioteca de la Casa del Pueblo de Madrid. Dicho catálogo refleja que, del caudal de cerca de cinco mil títulos que custodiaba, sin contar las colecciones periódicas y otros fondos de su hemeroteca, tan sólo han quedado algo más de mil. Sobresalen de entre este esquilmo fondo la primera edición de *El Capital*, dedicada por su autor, Karl Marx; primeras ediciones, procedentes de la heredada biblioteca particular de Pablo Iglesias, de Baldomero Argente, de Pi y Margal, entre otras, con dedicatorias de sus autores.

El citado Catálogo divide los fondos actuales de la Casa del Pueblo en cuatro secciones fundamentales: la más extensa, dedicada a Literatura; otra sección, que recoge los libros de Ciencias Sociales y Humanidades; una tercera, destinada a libros de obras técnicas sobre Agricultura, Ganadería, Construcción, etc., y la cuarta, con obras relacionadas con la salud y las condiciones laborales. Sin olvidar el Legado de Pablo Iglesias.

Biblioteca de la Casa de Velázquez

Concebida en 1909, en el Institut Français de Madrid, se inauguró en 1928. Fue destruida durante la guerra en 1936 y reinstalada en 1958 en su emplazamiento de la Moncloa. El arqueólogo e historiador Pierre Paris, que también fundó el *Bulletin Hispanique*, fue quien llevó adelante el proyecto, como parte de la red de centros franceses que en el mundo apoyaban el trabajo de artistas y eruditos, pues es característico de estos centros la convivencia de representantes becados para realizar trabajos de investigación y de creación artística.



Escena callejera (detalle), h. 1905.
S. Ramón y Cajal (Instituto Cajal)

La Casa de Velázquez se instaló primero en la calle del marqués de la Ensenada, donde aún permanece el Institut Français, para pasar en 1928 a su actual emplazamiento de la Moncloa, donde sufrió durante la guerra de 1936 las consecuencias de encontrarse en primera línea de fuego, como sucedió también a la biblioteca de la Facultad de Letras de la Universidad Complutense.

Los fondos, que alcanzan los cien mil volúmenes, con una excelente colección de revistas, se especializan en asuntos relacionados con la cultura española, portuguesa e hispanoamericana —literatura, historia, geografía, ciencia, etc.—, siendo destacable además su colección de fotos aéreas de la Península.

A lo largo de su vida ha recibido dos importantes donativos: uno en 1957 del marqués del Saltillo, Miguel Lasso de la Vega, que fue historiador y de la Real Academia de la Historia, y aportó numerosos manuscritos de los siglos XV al XX, libros de genealogía y heráldica y otros raros y antiguos con cuidadas encuadernaciones, y otro de Ignacio Olagüe, con obras del siglo XVII, entre las que hay que reseñar las ediciones de Quevedo.



Bambú, 1934. Estudio Estampa

La biblioteca de la Casa de Velázquez, de libre acceso, así como su revista *Mélanges de la Casa de Velázquez*, es un instrumento indispensable de trabajo para los que se dedican al estudio de la cultura española.

Biblioteca del Instituto y Museo Valencia de Don Juan

Juan Crooke y Navarro, vigésimotercer conde de Valencia de don Juan, fue aficionado a coleccionar objetos relacionados con las artes decorativas; afición que heredó su hija. Ante el aumento de la colección, en 1916 ella y su marido fundaron un Instituto con la idea de conservar y estudiar la colección.

La misión de dicho Instituto es mantener y aumentar sus fondos. El patronato fundacional lo formaron Antonio Maura, el duque de Alba, el fundador de la Hispanic Society, Archer Huntington, y sir Charles H. Read, jefe de sección del British Museum. Una cláusula del documento fundacional señala que si el Instituto dejara de cumplir sus funciones pasaría a depender de la Universidad de Oxford, donde estudió Guillermo de Osma, esposo de la condesa de Valencia de don Juan. Es la razón de que durante la Guerra de 1936 el gobierno inglés protegiera sus fondos.

La biblioteca es menos conocida que el museo, cuyos fondos son mucho más vistosos, pero aquella guarda obras del tiempo de Felipe II de gran importancia, pues proceden de la cancillería de su secretario, Mateo Vázquez. Entre los libros impresos conserva en su fondo antiguo obras raras de arte e historia de los siglos XVII y XVIII. Hay también piezas de los siglos XIX y XX, dedicadas a historia y arte, como instrumentos de trabajo, y revistas especializadas en esas mismas materias. En cuanto a los manuscritos, posee unos ciento setenta, descritos en el catálogo publicado hace unos años. Destacan, entre sus fondos, un *Libro de Horas*, la colección de poesías del napolitano Luigi Tansilo y *El arte de la pintura* de Pacheco.

La joya más preciada es el códice llamado *Toisón de Oro*, que contiene los estatutos y nombres de los cofrades de la orden. Tam-



**Reunión en la casa del conde de las Navas.
Entre otros, Alarcón, Galdós, Menéndez Pelayo, Pereda, Valera y Rubén Darío**

bién se conservan en la biblioteca dos álbumes de caricaturas y retratos, obra de Florit, de los asistentes a las tertulias que a finales del siglo XIX y comienzos del XX reunía el conde en su palacio. Se trata de personajes como Alejandro Pidal y Mon, el conde las Navas, Julián Ribera, Mélida y otros.

Biblioteca Musical del Ayuntamiento

Esta es la única biblioteca musical pública que existe en España, según su historiadora, Juana Espinós. Se estableció en 1919, por iniciativa de Víctor Espinós, para complementar la Biblioteca Circulante Literaria, creada poco antes, y con la intención de facilitar el desarrollo de la cultura musical entre los madrileños, a lo que también contribuían las actuaciones de la Banda Municipal, según la moción presentada al Concejo. Tenía dos secciones: una

docente y otra de cultura y entretenimiento. Comenzó a funcionar en 1920 en la Casa de la Carnicería de la Plaza Mayor, ofreciendo métodos, textos y cuanto pudieran necesitar los aficionados y estudiantes.

El primer catálogo de esta biblioteca apareció en 1922, en el que se difundía el lema de la casa: “Señora, donde hay música no puede haber cosa mala”, palabras que Sancho Panza dice a Dulcinea en el *Quijote*. A este catálogo han seguido otros, como el general de 1946, con adiciones en 1954 y 1973.

Los fondos que el primer catálogo sistematizó, alrededor de tres mil partituras, se habían acopiado mediante donativos de personajes como la infanta Isabel de Borbón, que también hizo cesión al Conservatorio, los condes de Sástago, de las Navas, de Parcent; músicos como Bretón, Serrano, e instituciones como el Círculo de Bellas Artes, la Unión Musical, Orquesta Sinfónica, Academia de Bellas Artes y otras.

Desde 1948 hasta 1958 la Biblioteca Musical tuvo su sede en el Hospicio, junto a la Biblioteca Municipal, a causa de las obras que se realizaban en la Carnicería, donde volvió una vez terminadas las reparaciones. Pudo entonces ofrecer, además, el servicio de discoteca, al tener mayor presupuesto.

Han consultado sus fondos músicos después famosos como los maestros Arbós, Argenta, Frühbeck de Burgos, Odón Alonso, López Cobos; las cantantes Teresa Berganza, Angeles Chamorro; musicólogos como José Subirá, García Matos, Federico Sopena, León Tello, y muchos otros compositores e intérpretes.



Trajes de Madrid
(Costumes de diversos pays.
Museo Municipal de Madrid)



Plaza de Oriente, 1853. Ch. Clifford (Etherton Gallery, Tucson, Arizona)

En la actualidad, y desde 1932, la Biblioteca cuenta con secciones de préstamo de instrumentos y cabinas con pianos, que son dos de los servicios que más aceptación tienen por parte de los usuarios. Desde 1960, funciona el servicio de discoteca, interrumpido años antes, y se ha aumentado una sección dedicada a Museo de instrumentos, partituras, facsímiles y otros objetos relacionados con la música. Posee este Museo originales de Bretón, Falla, Turina, Chueca y ediciones curiosas y antiguas como la de la *Duda* de Antonio Eximeno (1797), la partitura de *Orfeo* de Strawinsky, y otras.

Existe así mismo en la Biblioteca una colección de tema cervantino, en la que se recogen partituras y grabaciones de todo el mundo y de todas las épocas que tienen por motivo el *Quijote*.

Biblioteca del Museo Cerralbo

En 1922 el marqués de Cerralbo, arqueólogo, carlista, amante de las artes y la tradición, lega a la “nación española” su palacio y

los bienes arqueológicos y artísticos que en él se contienen. En el palacio, situado en la calle de Ventura Rodríguez, se encuentran importantes e interesantes objetos, sin ser desdeñable el propio palacete. El museo posee armas, cuadros de Ribalta, el Greco, Ribera, Alonso Cano, Maella, Tiziano, Veronés, Van Loo y otros, tapices, objetos asiáticos y africanos, muebles, tallas.

En vida del marqués fueron famosas las fiestas que dio en ese palacio, que podían superar los mil invitados, a las que asistían intelectuales como Menéndez Pelayo, Vázquez de Mella, Pardo Bazán, Benlliure, Lázaro

Galdiano, Eduardo Dato, Amador de los Ríos, Pérez Villamil, Pidal y Mon. Las fiestas también podían tener motivación cultural y literaria, como la que dio con motivo del tercer aniversario de la publicación del *Quijote*.

La biblioteca se encuentra en el piso alto, junto al despacho. Contiene más de siete mil volúmenes dedicados a historia y arte, geografía y geología, fotografía —el marqués fue uno de los pioneros en el uso de este medio en sus excavaciones—, catálogos de museos y subastas. Las obras dedicadas a arqueología son muchas, casi todas con anotaciones del propio Cerralbo. Tiene también colecciones de monedas, medallas, y sellos de plomo de los reyes de España. Como curiosidad, se encuentra en un facistol, dentro de una láurea de talla dorada, la última carta que le escribió Menéndez Pelayo felicitándole por haber recibido el Premio Martorell en el Concurso Internacional de Arqueología, celebrado en Barcelona en 1911. La obra con la que ganó este premio se halla manuscrita en la biblioteca.



Emilio Castelar. Sorolla
(Congreso de los Diputados)

Biblioteca del Museo Romántico

El marqués de la Vega Inclán fundó este museo en 1924. Antes había fundado o reconstruido otros centros de interés cultural, como la casa de Cervantes en Valladolid y la del Greco en Toledo. El marqués, coleccionista, militar y viajero, potenció el turismo en España, estando al frente desde 1911 de la Comisaría Regia de Turismo.

El museo se asentó en el palacio de los condes de la Puebla del Maestre, edificio del siglo XVIII, sito en la calle de San Mateo. Antes, hacia 1922, se pensó y solicitó por parte del marqués y de Ortega y Gasset que tuviera su sede en el Hospicio de la calle de Fuencarral. Su objeto era acoger muebles y enseres (adornos, sedas, papeles pintados, marqueterías) producidos en un arco de tiempo que abarcara desde 1808 hasta 1860, desde la Guerra de la Independencia hasta la de Africa. Se recogían por tanto muebles de los estilos fernandino e isabelino, aunque también había espacio para los neoclásicos del XVIII.

Como el marqués de Cerralbo, el de la Vega Inclán, a su muerte, donó al Estado su museo y posesiones. Las distintas salas reproducen ambientes cotidianos de la vida diaria en una casa burguesa del siglo XIX, aunque contiene también espacios monográficos, como el dedicado a artistas y literatos, o aquella sala que acoge algunas pertenencias del periodista Larra.

Como el marqués de Cerralbo, el de la Vega Inclán, a su muerte, donó al Estado su museo y posesiones. Las distintas salas reproducen ambientes cotidianos de la vida diaria en una casa burguesa del siglo XIX, aunque contiene también espacios monográficos, como el dedicado a artistas y literatos, o aquella sala que acoge algunas pertenencias del periodista Larra.

La biblioteca de este museo compra cuantas publicaciones aparecen sobre el período romántico, que en este momento rondan los catorce mil volúmenes, y tiene un fondo especial dedicado a las revistas de aquella época, como el *Semanario Pintoresco Español*, *El Museo de las Familias* y otras.



Isabel II, 1860. Martínez Hebert (Patrimonio Nacional)

Bibliotecas del Consejo Superior de Investigaciones Científicas

El CSIC fue creado en 1939, aprovechando parte de la infraestructura de la antigua Junta para la Ampliación de Estudios y del Centro de Estudios Históricos, que dirigió Ramón Menéndez Pidal y en el que colaboraron desde Menéndez Pelayo y Ramón y Cajal hasta Américo Castro, García Solalinde y otros.

El Consejo está organizado en institutos y centros y cada uno de los institutos que lo componen tiene su biblioteca especializada. Cuenta, por tanto, con las específicas de cada uno de ellos y con dos bibliotecas generales, una en su sede de Medinaceli—formada con los fondos de la del antiguo Centro de Estudios Históricos—, y otra en la de Serrano, de nueva creación. A

estas hay que añadir la de la Residencia de Estudiantes, que es la del antiguo Museo Pedagógico Nacional, y la del Real Jardín Botánico. Sobre las bibliotecas del CSIC hay poca información y no se posee aún un estudio que dé cuenta de su historia.

Biblioteca General

La Biblioteca General de la sede de Serrano se creó en 1940, junto con la Junta Bibliográfica que debía ordenar y coordinar los servicios bibliográficos del CSIC, para lo que se fundó una Escuela de Auxiliares de la Investigación. La biblioteca se instaló en 1946 en el llamado “edificio central” de la sede de Serrano, 117; construcción de fachada neoclásica, obra de los arquitectos Fernández Vallespín y Fisac.



José Subirá, *Junta para ampliación de estudios* (1924)

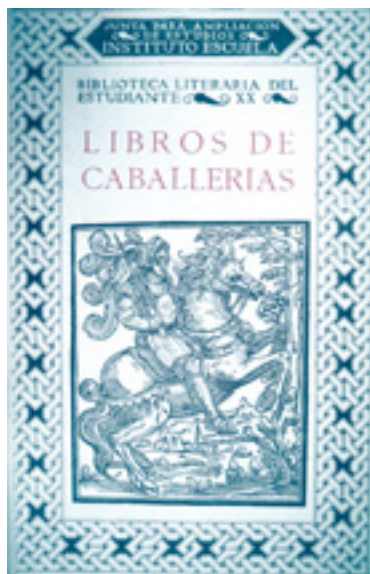
Su ubicación no responde a un proyecto que previera un espacio determinado para la biblioteca, quizá como resultado de pensar que cada instituto tendría la suya propia especializada. Su creación parece consecuencia de la necesidad de unificar criterios y sistemas organizativos ante la disparidad de los asumidos por las distintas bibliotecas de los institutos. Su primer director fue Amadeo Tortajada.

Durante muchos años, hasta la creación del ISOC, además de ser un centro de lectura, coordinó las peticiones de las obras que solicitaban los institutos, formó a los auxiliares bibliotecarios en su Escuela e informó de los movimientos bibliográficos.

Entre 1948 y 1950 llegó a la Biblioteca el llamado fondo oriental, donado por Juan Roger, y constituido por más de dos mil quinientos libros, que se aumentó posteriormente. Se guarda también el valioso archivo de Francisco Rodríguez Marín, cervantista, taurófilo y director que fue de la Biblioteca Nacional. En la actualidad, su sala de lectura y otras dependencias suyas han sido convertidas en espacios administrativos y de gestión.

Biblioteca General de Humanidades

Esta biblioteca es heredera, en gran parte, de la del Centro de Estudios Históricos, y se encuentra en el actual Centro de Humanidades del CSIC, calle del duque de Medinaceli, 6. Tiene valiosos fondos del siglo XIX y anteriores, entre los que destaca un muy cuantioso surtido de folletos propagandísticos sobre Napoleón y la guerra de 1808, así como sus colecciones de revistas. Parte de sus materiales está siendo tratado informática y digitalmente.



Libros de caballerías (1924)

Se conservan también libros de registro de la época del Centro de Estudios, en los que constan las peticiones que hacían los investigadores del Centro, por lo que es relativamente fácil seguir la historia de las adquisiciones, saber quiénes solicitaban los libros y ver los intereses de los investigadores.

Sus fondos alcanzan los setenta y dos mil volúmenes, a los que hay que sumar las revistas, más de mil trescientos títulos. Es un biblioteca especializada en lengua y literatura españolas, historia de España y del arte y otros temas relacionados con las humanidades: filosofía, antropología, geografía. Complementan estas materias fondos referentes al libro y a su administración:

biblioteconomía, historia del libro, documentación y referencia.



Historiadores del los siglos XVI y XVII (1964)

Biblioteca Hispánica

En 1941 se creó el Consejo de la Hispanidad y su biblioteca, la Biblioteca Hispánica, interesándose sobre todo en personajes como Colón y los Reyes Católicos y en lo relacionado con el descubrimiento y conquista de América: crónicas, libros de viaje, etc.

En 1947 se establece el Instituto de Cultura Hispánica en el edificio que todavía ocupa hoy bajo el nombre de Agencia Española de Cooperación Internacional, organismo creado en 1989. La biblioteca, por tanto, se centra en todo lo que tiene que ver con las relaciones culturales hispanoamericanas y con Filipinas. Al tipo de obras ya señalado, se unen recopilaciones de leyes y documentos y

obras historiográficas. Por ejemplo, el *País del oro* (1869) de Urbano Manini; *El Orinoco ilustrado y defendido* de Gumilla; la *Conquista de las islas Molucas* de Argensola y otras obras de Morga y Martínez de Zúñiga.

Además de la adquisición mediante compra, la biblioteca consigue fondos gracias al intercambio de las publicaciones del Instituto y de su revista, los *Cuadernos Hispanoamericanos*, que durante muchos años dirigió José Antonio Maravall. De esta forma llegaron a España las obras de los españoles exiliados, por canje entre instituciones y con editoriales comerciales.

Se aumentaron los fondos mediante la compra de bibliotecas particulares y de donaciones. La Biblioteca Hispánica ha adquirido algunas importantes relacionadas con Filipinas, Cuba e Hispanoamérica. La más destacada de éstas es la colección Graíño, formada por Antonio Graíño con libros sobre América y Filipinas. Alcanzaba los cuatro mil volúmenes. La Biblioteca Nacional compró la parte relativa a Filipinas y en 1947 el Instituto de Cultura Hispánica lo referente a América. Destacan varios catecismos de los siglos XVI a XVIII impresos en Perú, la primera edición del *Concolorcorvo* y crónicas, así como las siempre interesantes y útiles para el investigador guías de forasteros, en este caso de Lima, México y La Habana en los siglos XVIII y XIX.

Importante es también la colección que perteneció a José de Velarde y Nareda, Intendente General de Filipinas en los años de la independencia. Son trescientos cuarenta libros con obras de finales del XIX, como la primera edición del *Noli me tangere* de José Rizal, publicada en Berlín.



**Músico callejero (detalle), 1925.
Alfonso (Col. Carlos Carnicero)**



Redactores de *El Fígaro ilustrado*, 1895 (Archivo RTVE)

En 1969 pasó a la Biblioteca la de José M^a Chacón y Calvo. Casi tres mil quinientos volúmenes de asuntos variados, pero entre los que se encuentran ejemplares autografiados por autores de la Generación del 27, revistas cubanas y cartas del propio Chacón y a él dirigidas por personajes como Alfonso Reyes.

Eugenio d'Ors también donó mil quinientos libros en la década de los cincuenta, con autógrafos de Lezama Lima, Victoria Ocampo y otros autores sudamericanos.

La biblioteca está informatizada desde 1988, cuenta con alrededor de quinientos mil libros, diez mil publicaciones periódicas y es de acceso libre.

Biblioteca del Museo Lázaro Galdiano

En 1951 el palacio de Parque Florido, situado en la calle de Serrano se convirtió en el Museo Lázaro Galdiano, siendo su primer director José Camón Aznar. También trabajaron en la biblioteca Antonio Rodríguez-Moñino y Felipe C. R. Maldonado. Se había terminado la construc-

ción del palacio, que fue residencia de José Lázaro y familia, en 1907. En él intervinieron sucesivamente los arquitectos José Urioste, Joaquín Kramer y Francisco Borrás Soler.

Como se sabe, José Lázaro Galdiano fue coleccionista y bibliófilo, además publicó algunos trabajos bibliográficos de interés, como los relativos a *Los incunables bonarenenses* de su biblioteca y a *Un supuesto breviario de Isabel la Católica*, que se encontraba en el British Museum, lo que explica el alto número de documentos relativos a los Reyes Católicos que encierra su biblioteca. Este último trabajo surgió de la serie de conferencias que dio en el Ateneo sobre falsificadores de obras de arte y bibliopiratas.

Se ha destacado que la suya es una biblioteca de bibliófilo, en la que abundan las cuidadas encuadernaciones, los códices persas, libros del siglo XVI, catálogos, pero también se hallan numerosos manuscritos, libros sobre derecho, historia y literatura, obras de referencia y monografías diversas. Su amor a los libros le llevó también a publicar en 1936 el catálogo de la *Exposición de la estética del libro español*, organizada por él e inaugurada en París. En 1926 y 1927 habían aparecido los dos primeros volúmenes del catálogo de su colección, en el que, junto a obras de arte, aparecen relacionados libros, manuscritos, encuadernaciones, etc.

La biblioteca tiene un fondo antiguo de casi tres mil libros de los siglos XVI a XVIII, cerca de mil manuscritos, cincuenta y seis incunables y casi cuarenta mil libros, con especial atención al arte y a la arquitectura.

En los últimos años se están publicando numerosos trabajos sobre sus fondos y recientemente un catálogo.



Antonio Cánovas del Castillo
(*La Esfera*, 1915)

Biblioteca Islámica

Dependiente del Instituto de Cultura Hispánica, hoy Agencia Española de Cooperación Internacional, se fundó en 1954 esta biblioteca, coincidiendo con la creación del Instituto Hispano-Arabe de Cultura. El encargado de acopiar el fondo bibliográfico sobre dicha materia fue el padre Félix M^a Pareja, que consiguió tener la mejor biblioteca sobre el tema en España.

En 1974 el Instituto pasa a depender del Ministerio de Asuntos Exteriores y la biblioteca consigue presupuesto propio. Es en esos años cuando se asienta en el edificio de la calle de Juan XXIII, y la biblioteca gana en espacio. En 1988 el Instituto Hispano-Arabe de Cultura adquiere la denominación de Instituto de Cooperación con el Mundo Árabe y se inicia una nueva etapa. La biblioteca publica desde 1986 una revista, que es de gran utilidad para el intercambio de fondos bibliográficos, así como para los investigadores. Actualmente la biblioteca y el Instituto se encuentran en la avenida de los Reyes Católicos.



Puerta de Alcalá, 1857. J.M. Sánchez (Biblioteca Nacional de Madrid)

Esta biblioteca especializada posee obras y ediciones de famosos arabistas como Dozy, Levi-Provençal, Ribera, Asín Palacios y García Gómez. Además guarda una colección de catálogos de manuscritos, como el de Casiri sobre los del Escorial, y gramáticas antiguas, como la de Cañes, de 1775, y otras de los siglos XVI y XVII.

Biblioteca de la Fundación Universitaria Española

La Fundación Universitaria Española, FUE, fue creada en los años cuarenta, siendo su primer director Luis Morales Oliver en 1948. Desde 1953 acogía becarios que vivían en sus instalaciones; actividad que perduró hasta finales de los años sesenta, en que la FUE se dedicó a conceder becas para realizar trabajos de investigación.

La Fundación, que tiene su sede en la calle de Alcalá, dirige sus esfuerzos al desarrollo de los aspectos humanísticos de la ciencia, siguiendo el lema que campea en su escudo: *Sub balitu fidei, in altum progrediari* (“Bajo el aliento de la fe, progresaré hacia lo alto”). Patrones de la institución han sido destacados profesores, como el ya citado Morales Oliver, Francisco Cantera y Pedro Sainz Rodríguez.



Proyecto de ampliación de la Castellana (*La Esfera*, 1915)

La biblioteca se fundó en 1972 y está especializada en Humanidades. Tiene cien mil libros, unos sesenta mil de fondo antiguo, manuscritos, etc. Destacan en sus fondos el archivo relativo a la II República, el archivo de Campomanes y el fondo Pedro Sainz Rodríguez, con unos treinta mil volúmenes de libros antiguos dedicados a mística, en lo que era especialista, y otros aspectos de la cultura literaria española.

Biblioteca de la Fundación Juan March

La Fundación Juan March fue creada el 4 de noviembre de 1955 por el financiero Juan March Ordinas (1882-1962), como entidad cultural y benéfica de carácter privado y naturaleza permanente. En sus estatutos aparecen como objetivos crear y sostener premios de cultura, instituir becas, propulsar la investigación científica e intensificar las relaciones científicas, culturales y artísticas entre España y los demás países.



Benito Pérez Galdós lee su discurso de ingreso en la Real Academia Española en la casa del doctor Tolosa Latour, 1897. Ch. Franzen (Col. Enrique Sáenz de San Pedro)

Se pueden establecer tres etapas en la historia de la Fundación. La primera iría desde su nacimiento en 1955 hasta lo que podría llamarse la consolidación del organismo en 1970. La segunda etapa se caracterizó por una nueva línea de acción orientada sobre todo hacia el terreno científico, durante la que empezó a realizarse una labor editorial, mediante varias colecciones que se mantienen en la actualidad. Entre ellas destacan la dedicada a la “Crítica Literaria”, la llamada “Pensamiento Literario Español”, “Tierras de España”, la “Serie Universitaria” y los “Ensayos”.

El tercer período comenzó hacia mediados de los setenta, con el traslado de la sede de la calle de Núñez de Balboa al nuevo emplazamiento de la calle de Castelló, en 1975, concebido con la distribución y aprovechamiento de un moderno centro cultural. El proyecto y decoración del edificio se debió al arquitecto José Luis Picardo. Fue durante esta tercera fase cuando se abrió al público la biblioteca, instalada en la segunda planta con tres zonas de lectura: una común, otra para trabajos en equipo y seminarios, y una tercera con cabinas individuales.

La biblioteca posee diversas clases de fondos. Por un lado, las memorias finales de todos los trabajos realizados por los becarios desde 1957 y las publicaciones de la propia Fundación. Por otro, contiene una Biblioteca General de la Ciencia, otra dedicada al tema de las Fundaciones —con libros, memorias e informes de fundaciones españolas y extranjeras—, otra con fondo general heterogéneo, y una completa biblioteca sobre teatro español del siglo XX, abierta al público en 1977 y que, tan sólo tres años después, ya poseía veinticinco mil volúmenes.



Puerta del Sol, 1857. Ch. Clifford (Museo Municipal de Madrid)

Hay que añadir a este fondo de textos teatrales españoles del siglo XX numerosos bocetos originales y más de dos mil fotografías de decorados y figurines de destacados escenógrafos españoles.

La biblioteca cuenta, asimismo, con una sección de ciento cincuenta revistas, así como otra dedicada a fotografías, discos y casetes.

En la actualidad, el centro sigue fiel a los mismos principios sobre los que se fundó, organizando seminarios, conciertos, conferencias, exposiciones de arte, etcétera.

Biblioteca de la Fundación Antonio Maura

La Fundación se creó en 1972 y su biblioteca tiene parte de los fondos de la personal de Antonio Maura, que está repartida entre su Fundación, la Academia de la Historia y el Colegio de Abogados, y la biblioteca de su hijo, Gabriel, con obras desde finales del siglo XVII. A estos fondos, desde 1987, se han añadido los que forman la llamada “Biblioteca de trabajo”, en la que ingresan impresos relacionados con el archivo de la Fundación y con la figura de Maura en sus diferentes facetas: personal, referente a sus cargos políticos, al Partido Conservador.

Está especializada en Derecho, Política e Historia; cuenta con más de quince mil libros, unos cien de fondo antiguo, planos, mapas, revistas, periódicos y un importante número de fotografías.



Antonio Cánovas del Castillo.
Luis Madrazo
(Congreso de los Diputados)

Biblioteca de la Fundación Pablo Iglesias

El 15 de octubre de 1977 se inauguraba la Fundación Pablo Iglesias, con la asistencia de Felipe González, Alfonso Guerra, Carmina Virgili, Bruno Kreisky y Olof Palme. La Fundación quería recabar toda la información referente a las organizaciones socialistas que, durante la Guerra de 1936 y la época franquista, se había dispersado, si no perdido. Se recuperaron archivos de preguerra del Partido Socialista Obrero Español, de la UGT y de la Agrupación Socialista Madrileña (1889-1939) que, hasta entonces, se encontraban depositados en el Archivo Histórico Militar de Madrid. A estos se sumaron archivos y documentación de particulares como Largo Caballero y de organizaciones desarrolladas en el exilio.

Además de la recuperación de estos materiales, la Fundación (que había tenido un antecedente en la Institución Pablo Iglesias, iniciativa de la Sociedad de Obreros Albañiles “El Trabajo” durante la Segunda República tras la muerte del líder socialista) se



Mitín de Pablo Iglesias, 1915. Alfonso (Centro Nacional de Arte Reina Sofía)

planteó difundir desde su sede el pensamiento socialista organizando coloquios y publicando. Así surgió la editorial Pablo Iglesias y revistas como *Leviatán*, *Letra Internacional*, *Cuadernos de Alzate y Zona Abierta*.

A medida que la Fundación crecía, los fondos aumentaban y la documentación hubo de repartirse, según su especificidad, en tres secciones: archivo, biblioteca y hemeroteca.

El primero reúne la documentación relativa a las organizaciones socialistas y a sus figuras más representativas. A ella se añadieron las donaciones sobre anarquistas y comunistas. Se hallan los archivos de la Organización Revolucionaria de Trabajadores, de la Unión General de Trabajadores, del Partido Obrero de Unificación Marxista y de la Organización Comunista Octubre, entre otros. El archivo guarda además fotografías, películas, carteles, banderas, estandartes, memorias de socialistas y los archivos de Besteiro y Amaro Rosal, entre otros.

La biblioteca cuenta con más de quince mil volúmenes, catalogados e informatizados. Dadas las características de la Fundación, los fondos se especializan en Socialismo, Movimiento Obrero y Política. El catálogo se divide en las secciones: Socialismo Español, Anarquismo Español, Comunismo Español y Republicanismo Español.

La hemeroteca reúne las revistas que edita la Fundación, así como un buen fondo de periódicos. Las publicaciones periódicas se agrupan en razón de las organizaciones políticas y sindicales que las editaron.



**Proclamación de la República,
14 de abril de 1931. Benítez Casaux
(Col. López Salvá)**

Biblioteca de la Fundación José Ortega y Gasset

Como otros centros a los que ya se ha hecho referencia, la Fundación Ortega y Gasset es una institución privada dedicada, desde su creación en 1978, a la promoción de actividades culturales dentro del ámbito de las Ciencias Sociales y las Humanidades. De la Fundación dependen cuatro instituciones, todas ellas orientadas a la investigación y la docencia: el Instituto Universitario Ortega y Gasset, el Centro Español de Relaciones Internacionales, la *Revista de Occidente* y el Programa Internacional de Estudios Hispánicos, Latinoamericanos y Europeos.

Entre los servicios más importantes que ofrece la Fundación se encuentran los prestados por su Archivo y Biblioteca. En cuanto al Archivo, reúne documentación escrita y fotográfica procedente de los fondos de José Ortega y Gasset y de miembros de las familias Ortega Munilla-Gasset y Spottorno Topete, ya que el Archivo tiene como objetivo servir a la investigación orteguiana. Toda esta documentación —manuscritos, correspondencia, notas y bibliografía— ha sido microfilmada y catalogada.



Apertura de las Cortes Constituyentes de la Segunda República, 14 de julio de 1931. Alfonso (Centro Nacional de Arte Reina Sofía)



Benito Pérez Galdós. Fresno (*La Esfera*, 1915)

La Fundación conserva, asimismo, el Archivo de José Luis Ruiz de Arana, duque de Baena, de interés para el estudio de la historia española más reciente. También se encuentra el archivo de la Residencia de Señoritas, inventariado y catalogado. Completando el Archivo se halla el fondo documental sobre Ortega, que se enriquece constantemente con nuevos datos y aportaciones que afectan a la proyección actual de Ortega y Gasset. Por ello se continúa elaborando una bibliografía orteguiana universal, que recoge sus múltiples ediciones, así como los estudios que se realizan sobre él.

La Biblioteca tiene su origen en la colección personal de José Ortega y Gasset, cedida por sus herederos, a la que se han ido sumando los legados de otras instituciones y bibliotecas particulares. Está formada por tres secciones: el fondo de libros, las publicaciones periódicas y la fonoteca. El fondo de libros cuenta en la actualidad con cerca de cuarenta y cinco mil volúmenes, cuyas recientes adquisiciones se centran en materias como lingüística, historia contemporánea, América Latina, Relaciones Internacionales,



**Caída de Belmonte tras entrar a matar (detalle), h. 1920. Baldomero
(Archivo Aguayo)**

Administración Pública, sobre la figura de Joan Maragall, economía europea, estudios europeos y gestión cultural.

Las colecciones de revistas, algunas de ellas difíciles de encontrar hoy día, pertenecieron a la biblioteca de José Ortega y Gasset. Las publicaciones periódicas actuales se agrupan en las áreas de Ciencias Humanas y Sociales, y proceden en su mayoría de Gran Bretaña, Alemania, Hispanoamérica y Estados Unidos.

La fonoteca recoge las grabaciones de seminarios, conferencias y otros actos celebrados en el Instituto, que se encuentra situado en la calle de Fortuny, 53.

En la actualidad, la biblioteca contiene unos cuarenta y cinco mil libros, alrededor de cien publicaciones periódicas, más de seiscientos registros sonoros, unas ocho mil quinientas microfichas y abundantes informes de investigación.

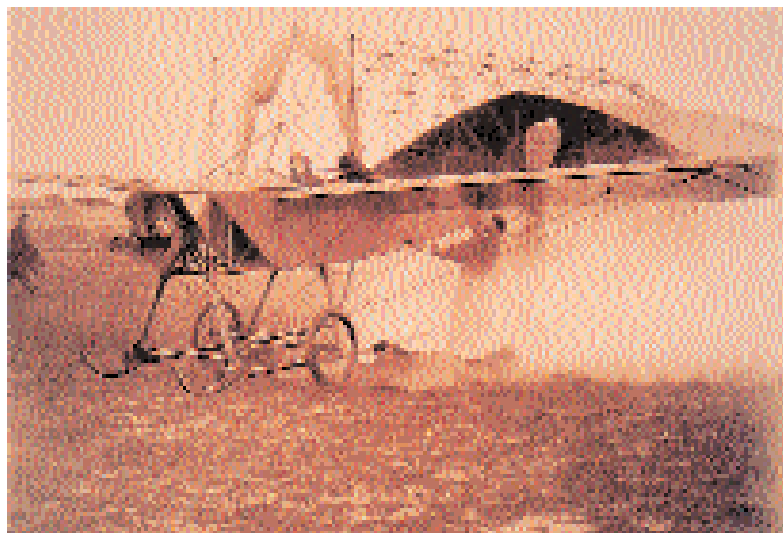
Ambos, Biblioteca y Archivo, fueron declarados en 1995 Bienes de Interés Cultural por la Dirección General de Patrimonio Cultural de la Consejería de Educación y Cultura de la Comunidad Autónoma de Madrid.

Biblioteca de la Residencia de Estudiantes

En 1987 el CSIC donó al Centro de Documentación de la Residencia de Estudiantes la biblioteca del Museo Pedagógico Nacional, unos treinta y cinco mil volúmenes con valioso fondo antiguo que aumentaron los ya existentes en la biblioteca de la Residencia. El Museo se había fundado en 1882 y fue su director Manuel Bartolomé Cossío. Durante sus años de existencia desarrolló una labor de renovación de la educación española dirigida a introducir innovaciones. La institución nació vinculada ideológicamente al liberalismo y al krausismo, así como a la Institución Libre de Enseñanza.

El Museo se concebía como un centro de investigación y educación. Entre sus innovaciones se cuenta la de introducir en 1887 las primeras Colonias Escolares. Además de Cossío, en el Museo destacaron las figuras de Ricardo Rubio, Rafael Altamira, Blanco Suárez, Luis Gutiérrez del Hoyo, Luis Simarro, Ignacio Bolívar y Lorenzo Luzuriaga.

Como ya se dijo, su biblioteca alcanza los treinta y cinco mil volúmenes, además de poseer más de diez mil folletos y tres cente-



Busteed y Kindelán en el aeródromo de Cuatro Vientos. J. Zegrí (Col. Rivas-Pombo)

nares de revistas. Sus fondos se centran en asuntos pedagógicos, aunque no exclusivamente. En sus comienzos, la biblioteca acogió materiales del Congreso Pedagógico Nacional, celebrado en 1882; de diferentes partidas presupuestarias y de donaciones. Más tarde llegaron otros procedentes del Ministerio de Fomento y de la biblioteca de la Dirección General de Instrucción Pública. En aquellos años era la biblioteca más visitada, después de la Nacional. En 1934 fue propuesta como Centro de Documentación Español.

Se organizaba en tres secciones: especializada en pedagogía, de cultura general, y de revistas. Tuvo su sede en el actual Instituto Lope de Vega de enseñanza media, entre las calles de Daoiz y San Bernardo, hasta que en 1932 se trasladó a la Castellana, al edificio que ahora ocupa la Escuela Superior del Ejército. En 1941 se creó en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas el Instituto San José de Calasanz de Pedagogía, desapareció el Museo y su biblioteca se instaló en el recién creado Instituto de Pedagogía del CSIC. Al extinguirse este Instituto, fue cuando pasó la biblioteca a la Residencia de Estudiantes.



Tutilimundi. Grabado por Ortego

El Centro de Documentación de la Residencia conserva casi todos sus fondos, ahora distribuidos en las secciones de Pedagogía, libros escolares e infantiles, manuscritos y raros de los siglos XVI a XIX, y revistas.

Biblioteca Regional de la Comunidad de Madrid

Esta biblioteca, también llamada Biblioteca Pública Salamanca, está especializada desde su fundación en 1988 en bibliografía referente a Madrid y su Comunidad en todos los aspectos. Constituyen sus fondos alrededor de veinticinco mil obras de tema madrileño, recopiladas desde el siglo XVII, además de otro considerable contingente de libros, publicados en Madrid, que llegan por la vía del Depósito Legal, alcanzando unos trescientos mil volúmenes. En



Manuel Godoy, Príncipe de la Paz.
Grabado por Selma
(Museo Municipal de Madrid)



Santi boniti e barati
(*Los gritos de Madrid*, 1798)

cuanto a periódicos y revistas, su hemeroteca la forman alrededor de mil quinientos títulos, en los que se incluyen los boletines oficiales de la Comunidad y de las otras autonomías.

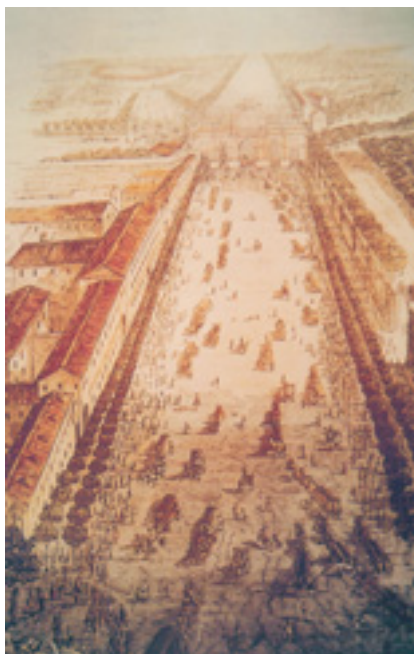
En esta biblioteca se guardan también libros que en su momento no pasaron la censura y ejemplares de colecciones y editoriales prohibidas, así como documentos relacionados con la Comunidad Autónoma, como carteles, videos, etc.

Biblioteca de la Casa de América (Palacio de Linares)

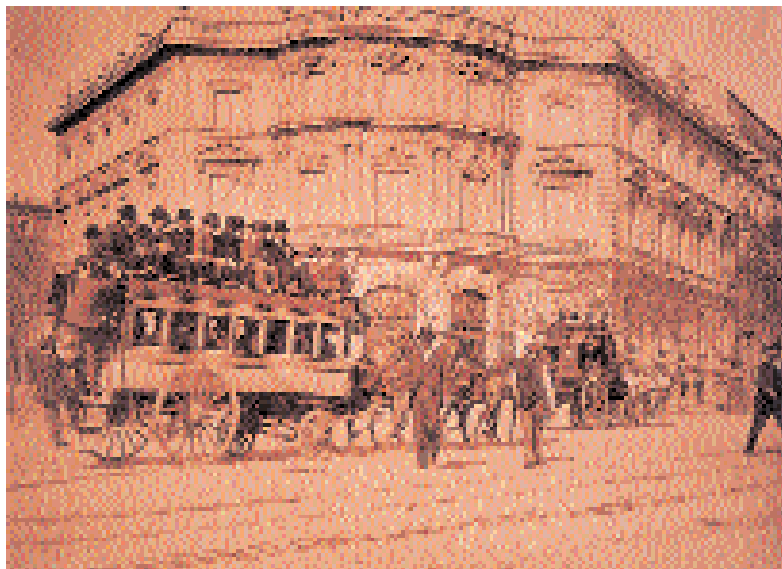
La Casa de América se abrió en 1992 con el objetivo de estrechar los vínculos de amistad, solidaridad y cooperación entre la Comunidad Iberoamericana y el pueblo de Madrid, y para llevar a cabo todos aquellos proyectos y actos culturales que fomenten esas relaciones e impulsen la imagen y el desarrollo de España en Hispanoamérica.

Tiene varias secciones, como son el Ateneo americano, las de música, teatro, cine, literatura y otras, además de una Biblioteca de Referencia, con guías, directorios, documentación cultural y un servicio de consultas del repertorio iberoamericano en las bibliotecas españolas. Su sede está en el Palacio de Linares, en la plaza de la Cibeles.

El lugar donde se encuentra el Palacio fueron los terrenos, cercanos al Pósito, donde estaban los Molinos de Plata del rey. Estas construcciones se derribaron



Calle y Puerta de Alcalá en el siglo XVIII



**A los toros, el Palacio de Linares al fondo, h. 1880
(Museo Municipal de Madrid)**

durante la década de 1860, años en los que se construyeron distintos palacios a lo largo del Paseo de la Castellana, en el que ahora sólo quedan el de Linares y el del marqués de Salamanca, actual sede del Banco Hipotecario, que había sido construido a mediados de siglo, según un proyecto de Narciso Pascual i Colomer, arquitecto real y autor de algunos de los centros a los que en esta guía nos hemos referido, como el Congreso de los Diputados.

El Palacio de Linares se empezó a levantar según proyecto de Carlos Colubí en 1872 (aunque hay quien piensa que es obra de un arquitecto francés); más tarde se hicieron cargo de las obras Manuel Aníbal Álvarez y Adolf Ombrecht. La costosa decoración se llevó a cabo entre 1878 y 1884. Contaba el palacete con los más avanzados lujos y comodidades: gas, calefacción, electricidad, teléfono, cuartos de baño, timbres, sistemas interiores de comunicación mediante tubos ocultos en las paredes, ascensores hidráulicos, etc.



**Plaza de toros de la Puerta de Alcalá, 1854. A. Guesdon
(Museo Municipal de Madrid)**

Tanto el marqués como la marquesa tenían una biblioteca junto a sus habitaciones, decoradas con motivos alegóricos relacionados con la música y la literatura y con retratos de figuras de las letras. Recogió el marqués de Linares en su casa una selecta colección de obras de arte, hoy dispersa, como los libros que formaban las bibliotecas (que parece no eran muchos). En la del marqués había cuatro bustos de mármol y una estatua de Dante sentado, más cuatro retratos, a cargo de Manuel Domín-



Manuel Domínguez, *Alegoría de la literatura* (Palacio de Linares)

guez, de Garcilaso de la Vega, Calderón de la Barca, Francisco de Quevedo y del historiador Juan de Mariana, y una alegoría de la literatura, dedicada a Cervantes y al *Quijote*. Los retratos, que entroncan con la tradición ya señalada al tratar de la biblioteca del Escorial, fueron tomados de los grabados de la serie *Retratos de los Españoles Ilustres*, iniciada en 1788 por la Real Calcografía.

Este Palacio es un buen ejemplo de muchos otros, ahora inexistentes, contruidos por la nueva aristocracia adinerada, que fundó su posición en la bolsa, la banca y los negocios inmobiliarios. Un grupo de familias que construyeron sus nuevos palacetes alrededor de Recoletos y la Castellana, dando pie a que esa zona se llamara el “barrio de los banqueros”.



**Manuel Domínguez,
Garcilaso de la Vega, Calderón de la Barca, Quevedo y el padre Mariana
(Palacio de Linares)**

Llega hasta aquí esta guía histórica, que ha intentado dar cuenta de aquellos establecimientos bibliográficos de interés. Si no están todos los que son, sí son todos los que están. En algunos casos se han dado sólo botones de muestra, como en las bibliotecas de museos, reales academias y fundaciones. En otros se han pasado por alto, como en los ministerios e institutos (British Institute, Istituto Italiano, etc.).

- AA.VV. *El libro de la Academia*, Madrid, Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, 1991.
- Francisco AGUILAR PIÑAL, *La Real Sociedad de Económica Matritense de Amigos del País*, Ayuntamiento de Madrid, 1972.
- Gregorio de ANDRÉS, *Real Biblioteca de El Escorial*, Madrid, Aldus, 1970.
- *La fundación del Instituto y Museo Valencia de don Juan*, Ayuntamiento de Madrid / Instituto de Estudios Madrileños, 1984.
- Carmen AÑÓN, *Real Jardín Botánico de Madrid. Sus orígenes: 1755-1781*, Madrid, CSIC, 1987.
- Luis de ARMIÑÁN, *Biografía del Círculo de Bellas Artes: (1880-1973)*, Madrid, Círculo de Bellas Artes, 1973.
- Claude BÉDAT, *L'Académie de Beaux Arts de Madrid 1744-1808*, Université Toulouse-Le Mirail, 1973.
- Biblioteca Francisco de Zabáburu*, Madrid, XVIII Congreso Internacional de Bibliofilia, 1993.
- Juan CABRÉ AGUILÓ, *Museo Cerralbo*, Madrid, Imp. de Jesús López, 1928.
- El marqués de Cerralbo*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1996.
- Carlos CAMBRONERO, *Catálogo de la Biblioteca Municipal de Madrid*, Madrid, Imp. Municipal, 1902.
- Vicente CASTAÑEDA Y ALCOVER, *La Real Academia de la Historia (1735-1930)*, Madrid, Tip. de Archivos, 1930.
- Joaquín COLL Y ASTRELL, *Monografía histórica del Centro del Ejército y de la Armada*, Madrid, Imp. de la Admón. Militar, 1902.
- M^a Pilar CUESTA DOMINGO, "El Depósito Hidrográfico", en *Descubrimientos y cartografía*, ed. Jesús Varela Marcos, Tordesillas, Seminario Iberoamericano de Descubrimientos y Cartografía, 1998, pp. 89-98.
- Fernando CHECA, "El lugar de los libros: la biblioteca de El Escorial", en *El libro antiguo español*, III, eds. M^a L. López-Vidriero y P. M. Cátedra, Salamanca, Un. de Salamanca / Patrimonio Nacional / Sociedad Española de Historia del Libro, 1996, pp. 101-112.
- Svend DAHL, *Historia del libro*, Madrid, Alianza Ed., 1972.

- Jean-Marc DELAUNAY, *Des Palais en Espagne, L'École des hautes études hispaniques et la Casa de Velázquez au coeur des relations franco-espagnoles du XX^e siècle (1898-1979)*, Madrid, Casa de Velázquez, 1994.
- M^a del Carmen DÍEZ-HOYO, "La Biblioteca Hispánica y América", *Cuadernos Hispanoamericanos*, 584 (1999), pp. 52-62.
- Joaquín de ENTRAMBASAGUAS, *La Universidad Central*, Ayuntamiento de Madrid, 1972.
- Hipólito ESCOLAR, *Historia del libro*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez / Ediciones Pirámide, 1984.
- *Historia de las bibliotecas*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez / Ediciones Pirámide, 1985.
- Juana ESPINÓS, *La creación de la Biblioteca Musical*, Ayto. de Madrid / Instituto de Estudios Madrileños, 1984.
- Nuria FRANCO FERNÁNDEZ (ed.), *Catálogo de la Biblioteca de la Casa del Pueblo de Madrid (1908-1939)*, Comunidad de Madrid, 1998.
- Fundación Juan March (1955-1980)*, Madrid, La Fundación, 1980.
- José Luis GARCÍA BROCARA, *La Biblioteca de la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País en 1975*, Madrid, Real Sociedad Económica Matritense, 1978.
- Luis GARCÍA EJARQUE, *La Real Biblioteca de S.M. y su personal (1712-1836)*, Madrid, Asociación de Amigos de la Biblioteca de Alejandría / Tabapress, 1997.
- Eusebio GIL (ed.), *La Universidad Pontificia Comillas, cien años de historia (1892-1992)*, Madrid, Universidad Pontificia Comillas, 1993.
- Miguel GISTAU FERRANDO, *Monografía y Catálogo de la biblioteca del Centro del Ejército y de la Armada*, Madrid, Taller de El Imparcial, 1917.
- Publio LÓPEZ MONDEJAR, *Madrid. Laberinto de memorias*, Madrid, Lunberg, 1999.
- Matilde LÓPEZ SERRANO, *Biblioteca de Palacio. Encuadernaciones*, Madrid, Afrodisio Aguado, 1950.
- M^a Luisa LÓPEZ-VIDRIERO, "La librería de Cámara en el Palacio Nuevo", en *El libro antiguo español*, III, cit., pp. 167-183.
- Agustín MILLARES CARLO, *Introducción a la historia del libro y de las bibliotecas*, México, FCE, 1983.
- José MONTERO ALONSO, *Historia del Casino de Madrid y su época*, Madrid, I. G. Afanías, 1995.
- M^a Isabel MORALES, Alicia GIRÓN y Elena M^a SANTIAGO PÁEZ, *Nueva guía de las bibliotecas de Madrid*, Madrid, ANABAD, 1979.
- Miguel MORÁN y Fernando CHECA, *El coleccionismo en España*, Madrid, Cátedra, 1985.

- Carmen MUÑOZ DEL RÍO, *Casa de América: rehabilitación del Palacio de Linares*, Madrid / Barcelona, Quinto Centenario / Electa, 1992.
- Enrique PARDO CANALÍS, *El Palacio de las Cortes*, Ayuntamiento de Madrid / Instituto de Estudios Madrileños, 1971.
- Justo PÉREZ DE URBEL, *Los monjes españoles en la Edad Media*, Madrid, Ancla, 1945, 2 vols.
- Revue Internationale d'Histoire Militaire*, 9 (1950). Número dedicado a la "Aportación de España a los estudios y trabajos sobre Historia militar comparada".
- Federico ROMERO, *Las sociedades de autores*, Ayuntamiento de Madrid, 1973.
- Antonio RUMEU DE ARMAS, *Origen y fundación del Museo del Prado*, Madrid, Instituto de España, 1980.
- Manuel SÁNCHEZ MARIANA, "La formación del fondo bibliográfico de la Biblioteca Real pública", en *El libro antiguo español*, III, cit., pp. 265-277.
- Federico Carlos SAINZ DE ROBLES, "Breve historia de la biblioteca del Ateneo de Madrid", *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, 7 (1971), pp. 383-400.
- *La Biblioteca Municipal de Madrid*, Ayuntamiento de Madrid / Instituto de Estudios Madrileños, 1973.
- Vicente SALAVERT, *La biblioteca del Congreso de los diputados*, Madrid, Congreso de los diputados, 1983.
- Juan H. SAMPELAYO, *Pequeña historia de la Gran Peña*, Ayuntamiento de Madrid / Instituto de Estudios Madrileños, 1972.
- Valentín SAN ROMÁN Y COSTERO, *Casino de Madrid. Cultura y Biblioteca*, Madrid, Gráficas Yagües, 1945.
- José SIMÓN DÍAZ, *Historia del Colegio Imperial de Madrid*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1992, 2 vols.
- Federico SOPEÑA IBÁÑEZ, *Historia crítica del Conservatorio de Madrid*, Madrid, Ministerio de Educación y Ciencia, 1967.
- Amadeo TORTAJADA FERRÁNDIS, "La Biblioteca General del Consejo", *Biblioteca General*, 1 (1949), pp. 5-16.
- Marcel TROULAY, "La Bibliothèquede de la Casa de Velázquez", *Bulletin des bibliothèques de France*, 19 (1974), pp. 53-63.
- Juan Antonio YEVES, *Cánovas y Lázaro: dos bibliófilos de fin de siglo*, Madrid, Fund. Lázaro Galdiano, 1998.
- Alonso ZAMORA VICENTE, *Historia de la Real Academia Española*, Madrid, Espasa, 1999.
- Carmen de ZULUETA y Alicia MORENO, *Ni convento ni college. La Residencia de Señoritas*, Madrid, CSIC, 1993.

ÍNDICE ALFABÉTICO DE LAS BIBLIOTECAS

Biblioteca de Cortes	96
Biblioteca de Francisco de Zabálburu	125
Biblioteca de Humanidades del CSIC	150
Biblioteca del Ateneo Científico, Literario y Artístico	103
Biblioteca del Casino de Madrid	106
Biblioteca del Casino Militar	115
Biblioteca del Centro del Ejército y de la Armada	115
Biblioteca del Círculo de Bellas Artes	127
Biblioteca del Colegio Imperial	39
Biblioteca del Congreso de los Diputados	96
Biblioteca del Depósito Hidrográfico	89
Biblioteca del Instituto y Museo Valencia de Don Juan	143
Biblioteca del International Institute	137
Biblioteca del Monasterio del Escorial	26
Biblioteca del Museo Arqueológico Nacional	109
Biblioteca del Museo Cerralbo	146
Biblioteca del Museo del Prado	91
Biblioteca del Museo Lázaro Galdiano	153
Biblioteca del Museo Naval	86
Biblioteca del Museo Romántico	148
Biblioteca del Observatorio Astronómico	83
Biblioteca del Palacio de Linares	168
Biblioteca del Real Conservatorio Superior de Música	93
Biblioteca del Real Jardín Botánico	81
Biblioteca del Senado	101
Biblioteca de la Casa de América	168
Biblioteca de la Casa de Velázquez	141

Biblioteca de la Casa del Pueblo	139
Biblioteca de la Casa Ducal de Alba	129
Biblioteca de la Fundación Antonio Maura... ..	159
Biblioteca de la Fundación José Ortega y Gasset	162
Biblioteca de la Fundación Juan March	157
Biblioteca de la Fundación Pablo Iglesias	160
Biblioteca de la Fundación Universitaria Española	156
Biblioteca de la Gran Peña	108
Biblioteca de la Real Academia Española	69
Biblioteca de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando	75
Biblioteca de la Real Academia de la Historia... ..	73
Biblioteca de la Real Sociedad Económica Matritense	78
Biblioteca de la Residencia de Estudiantes... ..	165
Biblioteca de la Residencia de Señoritas	137
Biblioteca de la Sociedad General de Autores de España	134
Biblioteca de la Universidad de Alcalá de Henares	23
Biblioteca de la Universidad Central	23
Biblioteca de la Universidad Pontificia de Comillas	131
Biblioteca de los Reales Estudios de San Isidro	39
Biblioteca General del CSIC	149
Biblioteca Hispánica	151
Biblioteca Histórica Municipal	117
Biblioteca Islámica... ..	155
Biblioteca Musical del Ayuntamiento	144
Biblioteca Nacional	48
Biblioteca Pública Salamanca	167
Biblioteca Regional de la Comunidad de Madrid... ..	167
Bibliotecas Populares	112
Real Biblioteca	45
Real Seminario de Nobles	39

Este libro se terminó de imprimir
el 9 de febrero de 2001

Esta guía, dirigida al curioso e interesado, da cuenta de un aspecto de la vida madrileña poco conocido, el de su bibliotecas. Acostumbrados al protagonismo de los autores, los espacios que han guardado sus obras han pasado desapercibidos muy a menudo. Y sin embargo, es posible encontrar un nutrido número de bibliotecas madrileñas, privadas y públicas, donde parte de nuestro patrimonio nacional se ha salvaguardado para todo aquel que quisiera conocerlo. El recorrido cronológico por las bibliotecas de Madrid supone, además, un paseo insólito por la historia de la ciudad, y comprobar de qué manera las circunstancias políticas, bélicas e ideológicas han influido en la vida de dichos centros.

El recorrido muestra los cambios que sufre la sociedad y cómo se reflejan en el mundo del libro. Aparte de perder la biblioteca su significación como lugar simbólico (que todavía pudo encontrar Borges), es posible comprobar el modo como la cultura se convirtió en un bien social, que se mostraba en ateneos, liceos, conservatorios y bibliotecas

María Angulo Egea, es profesora de lengua y cultura española en Duke University (USA). Sus publicaciones sobre temas madrileños se refieren a la prensa, al teatro breve y popular dieciochesco (sobre tonadillas, música, actrices y cantantes) y a los sainetes de Arniches.

Joaquín Álvarez Barrientos, es investigador del CSIC. Ha centrado su labor investigadora en distintos asuntos de la cultura madrileña y española de los siglos XVIII y XIX, especialmente en los relativos a la historia, el teatro y la narrativa. Recientemente ha publicado *Madrid en la novela, 1700-1850*, *La República de las Letras en la España del siglo XVIII* y en colaboración la autobiografía de José Antonio Armona, alcalde de Madrid en tiempos de Carlos III, y las *Memorias de un setentón* de Mesonero Ramos.



CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN

Comunidad de Madrid

ISBN 84-451-1971-0



9 788445 119716